3 1761 04439 6992

UNIV. OF
TORONTO
LIBRARY

OBRAS COMPLETAS
DE
AMADO NERVO

OBRAS COMPLETAS
DE
AMADO NERVO

TOMOS PUBLICADOS

I.—PERLAS NEGRAS.—MISTICAS
II.—POEMAS
III.—LAS VOCES, LIRA HEROICA Y OTROS POEMAS
IV.—EL ÉXODO Y LAS FLORES DEL CAMINO
V.—ALMAS QUE PASAN
VI.—PASCUAL AGUILERA.—EL DONADOR DE ALMAS
VII.—LOS JARDINES INTERIORES.—EN VOZ BAJA
VIII.—JUANA DE ASBAJE
IX.—ELLOS
X.—MIS FILOSOFIAS
XI.—SERENIDAD
XII.—LA AMADA INMOVIL
XIII.—EL BACHILLER.—UN SUEÑO.—AMNESIA.—EL SEXTO SENTIDO
XIV.—EL DIAMANTE DE LA INQUIETUD.—EL DIABLO DESINTERESADO.—UNA MENTIRA
XV.—ELEVACION
XVI.—LOS BALCONES
XVII.—PLENITUD
XVIII.—EL ESTANQUE DE LOS LOTOS
XIX.—LAS IDEAS DE TELLO TELLEZ.—COMO EL CRISTAL
XX.—CUENTOS MISTERIOSOS
XXI.—ALGUNOS.—CRÓNICAS VARIAS
XXII.—LA LENGUA Y LA LITERATURA. (Primera parte.)
XXIII.—LA LENGUA Y LA LITERATURA. (Segunda parte.)
XXIV.—EN TORNO A LA GUERRA
XXV.—CRÓNICAS.

DE CADA TOMO SE HAN IMPRESO CIEN EJEMPLARES EN PAPEL DE HILO

TEXTO AL CUIDADO DE
ALFONSO REYES
ILUSTRACIONES DE MARCO

N4566

OBRAS COMPLETAS DE AMADO NERVO — Volumen XXV

CRÓNICAS

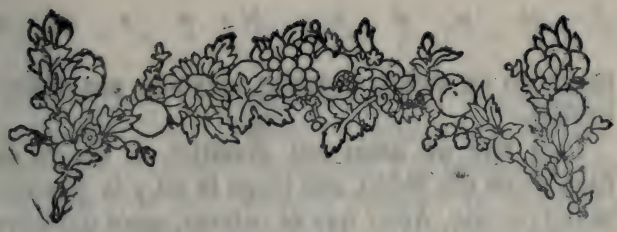
357794
28. 11. 38.

BIBLIOTECA NUEVA — MADRID

ES PROPIEDAD
DE LOS HEREDE-
ROS DEL AUTOR

TODA EDICIÓN
FRAUDULENTA
SERÁ PERSEGUIDA
POR LA LEY

PG
7217
N5A325
1930
v. 25



DIVAGA DIVAGANDO

HAY en el léxico de la vida palabras que tienen alma de angustia y vestidura de desolación; pero acaso ninguna más expresivamente triste que ésta: «Sin hogar», sobre todo cuando se pronuncia en las últimas riberas de la edad. Las modernas ideas sociales pretenden arrojar del Santuario erigido por seculares costumbres al matrimonio. El matrimonio, se dice, es la sola institución acaso que no ha evolucionado ahora que todo evoluciona y se adapta. El matrimonio presupone un imposible: el amor eterno, y un absurdo: la harmónica marcha paralela de dos caracteres. El matrimonio es el paraíso de hoy y el infierno dantesco de mañana; es Paolo y Francesca, leyendo hoy con la misma mirada húmeda el libro embelesador, en sus primeros capítulos de la vida, y glosándolo con besos, y enlazados después fatalmente, horriblemente, eterna-

mente en un abrazo siniestro, apretado por el torbellino.

Para que un amor sea inmortal, se afirma, es fuerza que sea ilícito, que tenga la sal y la pimienta del pecado. Amor que se ostenta; amor que abre la ventana para que caiga sobre su idilio un pedazo de día; amor que tiende el plumaje al oro del sol y sonríe a la vida que pasa, porque la vida lo sanciona; amor que muestra a las miradas cordiales el tálamo fecundo de sus besos... es desabrido primero, intolerable después. La malicia literaria excogita sus argumentos; la malicia histórica la ayuda. Se escarba con pluma aviesa en el acervo del pasado, y se arrojan sobre el papel novelas vertiginosas de romántica grandeza, que no han tenido por teatro el plácido y tranquilo teatro doméstico. Y se procura ocultar, ocultar como vulgaridades que harían prueba plena en contra los santos edenes conyugales de tantas mujeres que han pasado por la existencia como esas doncellas rubias e inmateriales de las baladas escandinavas: sin proyectar una sombra en el hielo resplandeciente de su camino.

✠

Cuestión de temperamento y cuestión de inmoralidad. Los hombres, según los versos imperecederos de Sor Juana Inés de la Cruz, hemos manchado el espejo y sentimos luego que no esté claro. Quisimos hacer de buen tono el delito y lo he-

mos logrado. Quisimos imponer el donjuanismo, antes atrabiliario, ridículo y escandaloso, hoy discreto, despiadado y calculador, y lo hemos impuesto. Mas ni la malevolencia humana es absoluta y el Bien tiene aún su heredad en la tierra y proporciona venturas al hombre de buena voluntad. Hay un lote de almas escogidas para quienes la rectitud es un camino sembrado de rosas y la inflexibilidad un canon; almas que mitigan el pesimismo del observador y del filósofo, que predican aún la lógica del Universo, que tienen destellos, que alumbran con su dolor o con su alegría y que con gran asombro de la mezquina sabiduría humana, tan orgullosa como impotente, aciertan siempre; porque ahí donde la malignidad, que todo lo pesa y calcula, se estrella, ahí la inocencia, que nada sabe, halla la vía de la verdad y de la dicha.

Para esas almas se ha hecho el hogar; para esas almas se ha hecho la paz, que es la herencia más alta, la inefable herencia de la misericordia infinita.

La ciencia social podrá fulminar el connubio eterno de dos almas; la ciencia de los espíritus blancos, vestidos de fe y de esperanza, que es una ciencia que nadie estudia, pero que muchos saben, lo abonará siempre.

Hay dos clases de caracteres para quienes la honestidad de un afecto no supone la muerte del mismo: los altos y los humildes. Un pobre de espíritu y un Víctor Hugo son capaces de fabricar santuarios con los amores íntimos y benditos: el primero fabricará una capillita inmaculada para rezar a una

virgen sonriente y fraternal; el segundo levantará una basílica prodigiosa *(L'art d'être grand-père)* con sillares de diamantes, con pórfidos gráciles que se empinan para besar el azul con oros eternos y mármoles de tersura milagrosa.

Y un día se abordan las lindes del camino de la muerte. Allá quedó el ave del paraíso desplegando al sol el absurdo policromo de sus alas; allá quedaron los sueños de grandeza como harapos de pabellones de guerra descoloridos y flotantes al azar de todos los vientos; quedó allá el cofre vacío y herrumbroso en que como joyeles guardamos nuestras vanidades, y es la hora del balance rígido y del triste examen. Llevaban los que saben mucho, los que analizan la vida, los epicúreos por vocación, llevaban como los otros, los humildes, los ignorantes, los buenos, un ánfora para llenarla de agua celestial en todas las fuentes que borbotan suavemente en los senderos, y el ánfora está vacía. Pusieron en ella embriaguez, y la embriaguez fué como un enorme sueño negro del que despertaron con sed. Bien quisieran pedir a los otros, a los que marchaban con la cántara plena de fresca agua y desatando al viento sus canciones, la piedad de algunas gotas. Pero ya desaparecieron. Sobre los verdes joviales de las laderas proyectaba su silueta; pero ya no están allí. Se recostaron sonrientes en el seno de Dios, después de haber reposado la cabeza en el hombro de los únicos afectos que duran.

Ya acertaron los ingenios; y hallaron los cándidos la verdadera clave de la vida... y los sapientes

antes de bajar a la sombra sin fronteras giran en derredor la vista, giran la vista en la estancia desmantelada de amores: un gato negro, rebelde al cariño y dócil a la voluptuosidad, enreda sus ronrones sobre un cojín de seda. Unos libros estériles de verdad se duermen empolvados en el estante, y de lejos viene la risa indiferente del ama de llaves, que charla en la despensa.

El hogar era verdad; los ingenuos tenían razón. Ya no se puede empero reconstruir la vida. Aguarda el barco negro con el negro remero. El sol se pone y las velas enlutadas parecen alas de buitre que se estremecen.

Pasan las sonrisas de las cortesanas envejecidas; pero no disuelven la sombra... ¡Son tan tristes!

1900

CRONICAS DE LA SEMANA

LAS POSADAS

Las posadas van siendo ya *Mexican curiosities*. Los grandes anuncios que en Estados Unidos convidan a los desocupados a venir a México, enumeran entre los muchos encantos que los excursionistas encontrarán en nuestro país, *the classical posadas*. Nuestras lindas «primas», cuando llegan en la segunda quincena de diciembre, se procuran dos cosas: una piñata y una invitación para posadas. La piñata... se la llevan a Estados Unidos en una caja especial y la combinan con los cortinajes de una puerta... y en cuanto a las posadas, guardan la velita y el juguete, como recuerdo, en la cajita de laca, entre la refinada atmósfera de un perfume exquisito.

Una de estas últimas noches, en una casa amiga, se guía yo en los rostros de dos americanas, ele-

gantísimas por cierto y bellas como una tentación, las impresiones producidas por el espectáculo de las posadas.

Las dos, entre curiosas, tímidas y risueñas, se habían unido a la procesión que recorría el jardín, y cantaban, cantaban como todos el viejo y litúrgico *ora pro nobis*, con un acento primorosamente exótico, interrumpiéndose de cuando en cuando para exclamar:

—*Delightful!*

Y la verdad es que el espectáculo era delicioso, en efecto, como todo aquello en que la infancia pone su divino embeleso... Los santos peregrinos abrían la marcha, llevados en andas por dos chiquillos rubios como la miel y escoltados por un batallón de bebés, en cuyas manecitas liliales temblaban las velas minúsculas, teñidas de rosa. Venían después las muchachas, las blancas adolescentes en cuyos ojos sonrosaban ya, como los celajes en el orto, los presentimientos del primer amor... y cerraban la marcha las mujeres, las bellas y soberbias mujeres, cubiertas de sedas y de diamantes, las bellas mujeres a cuyas almas muchos ojos masculinos, desde lejos, glosando los ingenuos villancicos, pedían posada...

—*Delightful indeed!*...

—*My dear*, cuando vuelvas a Boston, a Nueva York o a Chicago, pon de moda entre las *fashionable* este encantador ilogismo de las posadas. Haz que sea el *dernier cri* en el barrio rico de tu ciudad, el año que viene. Tendrán tales cosas el raro

y lejano prestigio del Sur... del *good old Mexico*... Pon de moda este encantador ilogismo de una posada... ¡Ah! si tú quisieras dármela, aun cuando fuera por breve tiempo, en el encantador, caprichoso y raro refugio de tu corazón...

II

¿QUÉ ES NOCHEBUENA?

Un lagartijo conocido mío colocaba en un coche una buena cantidad de bultos: paquetes de dulces *surprises* de papel multicolor, latas de conservas, botellas de diversas sectas y nacionalidades, desde el católico moscato hasta el protestante vino del Rin, todo ello para la indispensable cena de Navidad; esto frente a un gran almacén de ultramarinos, resplandeciente e invadido por una elegante multitud. Pasaba yo por ahí, y e gomoso me detuvo.

—¿Adónde va usted?

—A casa.

—¿No quiere que lo lleve en mi coche?

Acepté y nos colocamos, como Dios nos dió a entender, entre un kilo de pasas, dos latas de ostras de Corpus Christi, varias categorías de quesos y un jamón tan rico... que ya quisieran algunas bellas damas de la capital parecérsele en sus futuros cuarenta años (que en Dios y en mi ánima deseo lleguen lo más tarde posible).

Ibamos conversando en el camino de aquello de que se puede conversar con un gomoso, cuando se me ocurrió decirle:

—Oiga usted, y a propósito de Nochebuena... ¿qué significa, en suma, esta fiesta? ¿Qué es lo que celebran el 24 de diciembre? Yo veo mucha gente, mucho entusiasmo, muchas vendimias. Las tiendas de ultramarinos están repletas de compradores. Las familias instalan árboles, organizan posadas; en las iglesias se dice a media noche una misa llamada «del Gallo»... y yo no acabo de averiguar a cuenta dé qué se hace todo esto... ¿Que usted no sabe qué es lo que se celebra? Hace mucho tiempo que quería preguntarlo a alguien que supiera más que yo, y no me acordaba de hacerlo en el momento oportuno...

Mi amigo se atusó el bigote con aire de preocupación manifiesta, levantó los ojos al cielo... del coche, y después de una considerable pausa me respondió:

—Le diré a usted... yo no entiendo mucho de estas fiestas religiosas. Sé sólo que se trata de una fiesta importante... Voy a las posadas, y ceno y bailo en la Nochebuena. Eso es todo... Creo que andan en el asunto unos «santos peregrinos», y he leído de un viejo que viene y trae juguetes a los niños... De chico me acuerdo que en el colegio me hacían tonto en eso... Pero, la verdad, en el fondo no sé de qué se trata... voy a preguntarle a mamá. Ella es muy devota y lo ha de saber. Ya «me entró» la curiosidad...

III

ANTÍTESIS TERRIBLE

Todo el mundo está en Plateros y en el Refugio. En los almacenes hay árboles, los aparadores parecen altares. Una alegría bulliciosa invade la ciudad. Hemos convenido en que debemos estar alegres, y nos alegramos, maquinalmente, tradicionalmente... sin acordarnos del niño celeste que tiritaba sobre la paja de un establo hace diez y nueve siglos.

Y mientras la Nochebuena transcurra entre rumor de cantos, de panderetas y de risas, yo pienso en una noche... que no es «buena»... a pesar de ser la misma... en la que extiende sus alas tenebrosas sobre dos ejércitos, allá en la tierra helada de la Manchuria, en esa Mukden metrópoli del horror y de la carnicería...

Transcurre ahí la noche divina en que vino a la tierra quien dijo a los hombres: «Amaos los unos a los otros», sin júbilos ni estruendos. Las estrellas quedan silenciosas en el vacío y contemplan a dos ejércitos acampados, a poca distancia uno del otro, siempre en acecho, protegidos por formidables trincheras. Hace frío, mucho frío, el frío de veinte grados bajo cero, aliado de los rusos... el frío que combatió con Napoleón... y lo venció, a él, al invencible. Frecuentemente las ambulancias recogen

soldados, a quienes es preciso amputar una pierna o un brazo, que se congelan...

Hace frío, mucho frío, y a la tenue luz de los astros y de los fuegos disimulados en el campamento, se ven inmóviles, protegidos por rebordes y taludes, los negros cañones de acero... Y agazapados, aquí, ahí, en todas partes, en una extensión de algunas millas por cada lado, hay muchos, muchos hombres, cerca de un millón de hombres, que no se conocen, que no se odian, que no tienen motivos personales para hacerse daño; pero que se destrozan sin misericordia día y noche, hace muchos meses, para unirse después, frecuentemente, al pie de la trinchera, en el surco, en el vallado, en la falda de la colina, en el fondo de la barranca, en el conciliador y tranquilo regazo de la muerte.

¡Ah! para ésos no hay Nochebuena... para ellos no nació el buen Jesús que dijo: «Este es mi mandamiento: que os améis, como yo os he amado...» Los unos, los japoneses, ignoran la santa fiesta cristiana de la paz y del amor; los otros, los rusos, religiosos por excelencia, y, dentro de su calendario y su Sínodo, observantes y sumisos, piensan sin duda con nostalgia en la inmensa patria lejana, donde las Marías y las Fedoras, las Tacianas y las Anastasias, las Alejandras y las Catalinas los esperan en vano...

Y ante aquella «Nochebuena» trágica, me olvido de este júbilo ambiente que se desborda por todas partes y siento que invade mi alma una oleada de amargura y de piedad...

IV

ITALIA VITALIANI

La señora Vitaliani sigue noblemente venciendo las esquiveces del público y adueñándose de todas las simpatías. Los más exigentes hállanla «anticuada, pero bella». Pertenece, en efecto, a la tragedia clásica. A la solemne, severa y rítmica escuela de la Ristori. Como buena actriz que comprende la necesaria evolución de todos los géneros, y más aún que de los géneros, de los públicos, hoy más frívolos, más atareados en diversas cosas, más renuentes a ese espectáculo de la fatalidad dominadora de todo, según la comprensión trágica por excelencia, más amigos de sazonar el llanto con la ironía, la Vitaliani ha procurado meterse dentro de esta comedia de ahora, en la que aun en los momentos supremos hay una sonrisa, una nota de sol, de gracia y... aun de ridículo (como en la vida); pero esta mujer bellamente triste, no sabe reir sino a medias, pone en todas las cosas una expresión de melancolía altiva que las exalta, pero las descaracteriza. No está ella hecha para el vulgar enredo de los sucesos modernos. Ella vive y se mueve dentro del dolor antiguo, dentro del gesto de las estatuas...

Sin embargo, en esa intensa pero suave tristeza de *Come le foglie;* en esa pieza otoñal que narra y

muestra la desbandada de una familia sin voluntad, empujada y barrida por el viento... hasta que una voluntad poderosa, la de Máximo, se sobrepone al desastre y recoge piadosamente las hijas dispersas, la Vitaliani ha estado tan bien como en sus mejores piezas.

Anoche, la velada fué para nuestra clase media, para nuestra buena y fecunda clase media. Efectuóse la primera de las funciones populares organizadas por la Subsecretaría de Instrucción pública en esta temporada dramática, y muchas almas ingenuas lloraron con María Antonieta, con la mujer de dolor, que más que María Estuardo merece el dictado inglés de *queen of tears*... ¡reina de las lágrimas!

V

¿QUÉ FUÉ DE NUESTRO CIELO?

Antes se decía «el cielo azul de México», como se decía las nieves de los Alpes, los lagos de Escocia, las arenas del Desierto. El cielo azul de México era de un carácter eminentemente nacional; algo que había que ver; un azul que era nuestro orgullo, tan legítimamente como los colores de nuestra bandera. Los poetas ausentes exclamaban: «¿Cuándo volveré a ver, oh México, tus cielos azules!» Según ellos, Italia nos tenía envidia... *(Povera Italia!)*. Mas hoy, amiga mía, necesito asomarme a

tus pupilas para recordar aquel suave azul de nuestros cielos mexicanos...

El azul de nuestros cielos ha pasado... como pasan tantas cosas azules... tus ensueños, los míos, los de Juan, los de Pedro... y la seda de aquel tu traje del invierno pasado, que duró tan poco y costó tanto dinero.

Nuestro cielo está ahora siempre lleno de brumas, como el cerebro de un borracho: las estrellas se asoman apenas como luminosos rostros de novias vistas a través de cortinajes...

Hace un año que no sabemos lo que es azul celeste...

«Al que quiera azul celeste, que le cueste.»

A nosotros nos ha costado ya un año de lluvias, de nubes, de brumas, de polvo... y a pesar de eso no nos vuelven nuestro azul, nuestro inmaculado, nuestro divino azul celeste. ¡Nos han robado nuestro cielo azul!

¡Oh amiga, deja que me refugie en el azul de tu alma!...

¿Por qué no me refugias en tu alma de vidente?
Me han dicho que los astros su luz copian en ella...
Si dejas que yo asome la faz como a una fuente,
quién sabe si en las noches veré pasar mi estrella..

VI

LA OPOSICIÓN DE MARTE

Hoy, 8 de mayo, el planeta Marte está en oposición con relación al Sol, es decir, que entre él y el astro del día habrá una distancia de 180 grados, la mitad de los en que está dividida la esfera celeste; o lo que es lo mismo, que Marte llegará hoy al zenit a las doce de la noche, mientras que el Sol, en el hemisferio opuesto, llegará al zenit a las doce del día.

Todos los que se preocupan de las divinas cosas del cielo, han podido ver, noche a noche, levantarse más temprano al maravilloso planeta rojo, en quien están fijos en estos momentos todos los telescopios del mundo.

Es imposible que pase inadvertido ese prodigioso globo engastado ahora como un rubí en la constelación de Libra.

Hace muchos años que Marte es el más poderoso signo de interrogación de nuestro sistema planetario, porque todos sabemos que si fuera de nuestra tierra la vida animada ha podido refugiarse y fructificar en alguno de los mundos que rondan al Sol, sin duda que Marte es ese mundo.

De Mercurio sabemos poco; pero su enorme proximidad al Sol nos hace suponer que si ha surgido ahí la vida, debe revestir formas rudimentarias.

De Venus sabemos poquísimo también. El resplandor terrible de sus nubes deja apenas adivinar manchas vagas que no han servido todavía de una manera precisa para definir su rotación. Sabemos que es casi igual a la tierra en volumen, que tiene una atmósfera más densa que la nuestra, grandes mares y altísimas montañas y que está en condiciones de habitabilidad... Lo demás pertenece al imperio de la conjetura.

De Júpiter y Saturno sabemos que son mundos en formación, el uno con sus siete satélites conocidos; el otro, Saturno, con sus diez lunas (la última de las cuales acaba de ser descubierta por el astrónomo americano Guillermo Pickering).

De Urano y de Neptuno casi nada adivinamos. Flotan en las riberas del sistema; lejos, muy lejos, inmensamente lejos...

Pero de Marte sabemos tantas cosas, que nos hacen morir de curiosidad.

Todo en él denuncia una humanidad superior, inmensamente superior a la nuestra.

Aunque salido después de nosotros de la nebulosa solar, como es mucho más pequeño que la tierra, se solidificó antes y se encuentra ahora en un período muy avanzado de enfriamiento.

Conocemos su superficie mucho mejor que la de nuestro planeta, pues que vemos, por ejemplo, en cada estío marciano, a través de los telescopios, licuarse el reluciente casco de sus polos, y la configuración de éstos y de los mares que les rodean es familiar a los astrónomos, en tanto que nuestros

polos terrestres, a pesar de todos los esfuerzos de los más audaces navegantes, siguen siendo dos esfinges de hielo...

Sí, conocemos la superficie de ese mundo rojo, en el cual la tierra y la vegetación son de un vivo amarillo, palmo a palmo. Están medidos todos sus mares (que son mediterráneos y, al revés de lo que pasa en nuestra tierra, mucho más joven, inferiores en extensión a los continentes). Hemos dado un nombre a cada uno de sus lagos, de sus golfos, de sus cordilleras, de sus cabos, de sus archipiélagos... y, por último, de sus «canales», de esa red perfecta, matemática, de líneas misteriosas, que a veces se bifurcan, que se cruzan en ángulos rectos o agudos, que invariablemente van de un mar a otro y en cuyos puntos de intersección hay manchas regulares que los astrónomos han llamado «oasis».

Esta red da a Marte el aspecto de un aeróstato; esta red peregrina que ha hecho sudar tinta a todos los astrónomos; esta red que es, sin duda alguna, obra humana, constituye el problema más bello de la cosmografía moderna.

✠

Mientras que un astrónomo americano (Mr. Lowell), con abundancia enorme de razones, sostiene que se trata simplemente de una red de canales para llevar el agua proveniente del deshielo de los polos por todo el haz del planeta, y que la germi-

nación o desdoblamiento de esos canales obedece a la circunstancia de que el agua, al pasar de uno a otro de dos canales gemelos, se encuentra en determinado momento al mismo nivel en los dos, lo cual hace que en tal momento los dos aparezcan visibles, dejando en seguida de serlo el que se vacia; mientras Mr. Lowell—digo—sostiene esto, apoyado en las observaciones de Schiaparelli (el descubridor de los canales), de Madier, Lockyer, Beer, Flammarión, etc., otros astrónomos se limitan a dibujar la red, sin emitir una opinión definida acerca de su origen y dejando envuelto en el misterio al enigmático mundo que hoy preside nuestras diáfanas noches calurosas.

El problema, pues, continúa y continuará quizá por mucho tiempo insoluble; pero si la analogía puede llevarnos a algún razonamiento con visos de certidumbre, nunca mejor que tratándose de Marte este argumento tiene fuerza. En ese mundo, como en la Tierra, las noches siguen a los días con un intervalo casi idéntico. Su año tiene las mismas estaciones que el nuestro, aunque de mayor duración, casi el doble que las nuestras. Posee una atmósfera más pura que nuestra atmósfera, tan diáfana y tranquila que jamás impide la observación de región alguna, del planeta a nuestros telescopios. El agua, o un elemento análogo a nuestra agua, y que, como ella, toma indistintamente las formas de líquido, de vapor, de nube, riega su superficie y circula en su atmósfera... Sus temperaturas permiten, sin duda, el desarrollo de la vida en todas sus formas.

¿Qué nos falta, pues, para creer en esa vida?...

Para nuestro escepticismo falta una revelación: la que un día no lejano, merced a los prodigiosos adelantos de la óptica, ya en forma de signos luminosos, ya en alguna otra, caerá sobre el pasmo de nuestros espíritus, desde ese mundo rojo, y nos dirá:

—No estáis solos: Dios en todos los orbes se ha mostrado fecundo. Vamos a deciros, nosotros, más viejos y más sabios que vosotros, el porqué del dolor, el porqué del progreso, el porqué de la vida... todos los porqués que han martilleado angustiosamente vuestro cerebro a través de los siglos...

Y nos dirán una verdad de cristal, simple, diáfana, clarísima, y nosotros, al oirla, exclamaremos:

¿Y eso era todo?... ¡Y no habíamos podido adivinarlo!

VII

EL 5 DE MAYO

El 5 de mayo pasó con su desfile, que es el arrobamiento del pueblo, con sus iluminaciones y con sus oratorias. El desfile ha variado. Los soldados de hoy están mejor vestidos, mejor equipados; los cañones son del último modelo; los armamentos, en general, homogéneos y perfectos. Las iluminaciones han variado también (¡y cuánto!). ¿Quién hubiera soñado, hace apenas diez años, ese bordado

de luz eléctrica que parece hacer de la inmensa Catedral y del viejo Palacio de los Virreyes una arquitectura fantástica, calada a punzón en el fondo negro de la noche?...

La oratoria y la poesía también han cambiado. Ya no insultan, ya no espumarajean, ya no rabian. La oratoria se mete en historia y en sociología, la lira juega con algunas imágenes brillantes. Ejemplos: las dos hermosas piezas dichas en Chapultepec por los señores Mariscal y Bravo Betancourt.

✠

Pero yo me pregunto, y no respecto del 5 de mayo, sino de todas nuestras festividades patrióticas: ¿Por qué, tras tantos años de versos, nos vemos obligados a confesar todos los que hemos cantado en las tribunas cívicas, que no hay una sola poesía digna de la eternidad?

Por lo que ve al 5 de mayo, entiendo que no ha sido superada aún la oda de Manuel Flores... ¡Y vaya si han llovido versos desde entonces!

¿A qué se debe tal penuria en medio de tal abundancia? En mi concepto, a dos cosas: primero, a que nuestra generación, sedentaria y atenaceada por otros problemas, está ya muy lejos de aquellas luchas que hicieron vibrar el espíritu viril de nuestros abuelos. No comprende, en medio de la paz actual, ni las zozobras, ni los odios, ni los fervores de entonces; y segundo, a que la poesía «tricolor», como la llama Urueta, se ha vuelto rutina absoluta.

Las Juntas patrióticas invitan a los poetas a cantar, no saben bien a bien por qué; porque así se acostumbra, porque hay que llenar un programa. Y los poetas cantan... no saben bien a bien por qué; cantan por no decir que no, porque es la costumbre, porque sí.

Si algún día, quizá con mejor acierto, se celebra en una sola fiesta del año la fiesta de nuestros héroes, si para esta fiesta, donde habrá flores e himnos, se abre un concurso con el fin de elegir el canto más bello y más digno de los grandes de la Patria, quizá se logrará dignificar esa alicaída lira épica y honrar como se debe a las grandes almas que sacrificáronse por la nación.

VIII

ALMAS BLANCAS

Al caer la tarde salen de todas las iglesias, sonrosadas por el calor, con los ojos brillantes por la emoción, oliendo aún a incienso, las «almas blancas», las niñas nevadas que han ido a llevar flores a la Virgen María en este mes mimado del sol, padre de la primavera...

Y las veo pasar como a una bandada de garzas jóvenes; las veo pasar con inquietud... Muy pronto a ellas, convertidas en diosas de un culto furtivo, efímero, veleidoso, irá también a llevarles flores un enamorado..., y después se desparramarán todas

por los senderos de la vida, enfermas unas, pensativas otras, tristes todas, bajo el ineluctable sino que las hizo nacer mujeres...

Salen, salen del templo como de un nido de luz... Allá queda el último suspiro del órgano, el último latido de los cirios... ¡Y se van en bandadas y yo las veo pasar con inquietud!

IX

COMBATE DE FLORES

El combate de flores pasó envuelto en no común entusiasmo y en inusitada magnificencia.

Las mujeres más hermosas y más elegantes de México; las flores más bellas, los trenes más ostentosos, y por la noche la más liberal prodigalidad de luz, hicieron de la Avenida Juárez, de Plateros y San Francisco, algo como un milagroso camino de fulgor y de perfume, algo como un río mágico de un mágico cuento...

Yo diría más, pero no puedo. La gran Prensa cruje. El Mundo aguarda. Después...

X

EL NUEVO MINISTRO

El sábado al medio día, y ante el señor Presidente de la República y su Gabinete, prestó la protes-

ta de ley el licenciado don Justo Sierra, como ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes.

Muy poco tiempo hace que el nuevo Ministerio fué creado, y sólo algunos días que el señor Sierra fué nombrado ministro; pero el país entero sabía que si hay en él un hombre con derecho a regentear los destinos intelectuales, ese hombre era el que un día inolvidable se llamó a sí mismo un «maestro de escuela», el que, maestro en efecto, pero en sentido más alto aún, ha sido llamado por toda la Nación, por toda la América latina, el hombre incomparable que ha sabido y podido realizar el milagro de llegar al propio tiempo a la cima del humano amor. Porque don Justo Sierra es «un maestro bueno» y un buen maestro, un santo social aureolado por el genio, un genio aureolado por la santidad. Es su alma luminosa y serena, inmensa como el mar, pero en ella ni pasa el viento arrugando la superficie en ondas de pasión, ni las nubes llueven sus desolaciones, ni el sol su fuego de fiebre... Es un mar a cuya imperturbabilidad divina asoma el cielo su perenne y jamás mancillado azul, un mar en cuyo cauce no cabe conflagración alguna, sino el ritmo y el compás y la ponderada harmonía de las ondas.

Yo he pretendido esculcar esa alma para encontrar en ella una sombra que la acercase a mi alma obscura... ¡Pero esa alma no tiene sombra! He pretendido atisbar ese océano para distinguir en él la vela negra de un pensamiento desdeñoso o amargo. En esa mar no hay más que velas blancas...

Ningún enemigo, ninguna injusticia, ninguna maldad han logrado envenenar una sola gota de ese raudal cristalino de amor que brota del corazón de Justo Sierra. Si es cierto que el odio es santo, la del odio es la única santidad que falta a este maestro.

Sin duda que es signo de intensa humanidad la intensa pasión: el grande amor, el grande odio: amar al amigo, odiar al contrario. Sin duda que, dentro del criterio del mundo, el hombre hecho así es un hombre completo, en el cual se advierte el eterno contraste de sombra y luz... Justo Sierra, en este sentido, no es un hombre completo: más aún, se aleja de la humanidad: le falta la porción de sombra, no tiene más que luz; como Pedro Schlemihl, ha perdido su sombra... ¡Hay seres así! La humanidad no los define bien porque no puede verlos bien, y no puede verlos bien porque alumbran demasiado. Deslumbran y molestan la retina de nuestro análisis.

Son estos hombres profundamente desconcertadores porque no se parecen a nosotros. Su rareza nos choca e irrita; quisiéramos en la enorme zona de resplandor buscar un ribazo de obscuridad para apreciarlos por contraste; pero no lo tienen y para conocerlos hay que sumergirse resueltamente en ese esplendor molesto.

Intensificad más esa luz, multiplicadla, y tendréis un ángel, un ser de otras humanidades planetarias, llegadas a un ciclo muy más amplio que el nuestro. Multiplicad una de esas almas hasta el herolsmo y tendréis a Dios.

Justo Sierra tiene enemigos. Los tuvo Cristo. Y los tuvo Platón. Y los tuvo Newton. Sí, Justo Sierra tiene enemigos... Pero él no lo sabe. Lo han insultado y herido, pero él no lo sabe...

A un cedro del Líbano fueron a decirle que en la base de su tronco se encontraba una ortiga. El cedro no lo sabía; estaba distraído, mirando al cielo.

A una montaña fueron a decirle que en sus bravas escarpaduras se abría un antro donde se había guarecido una serpiente; la montaña no lo sabía. Estaba distraída viendo pasar, allá abajo, las nubes y bañándose, allá arriba, en la luz del sol...

XI

UN CONCIERTO

La Dirección del Conservatorio Nacional de Música organizó un concierto que se verificó en el teatro Arbeu, ayer en la tarde, y que fué dedicado al señor Presidente de la República.

En este concierto se hicieron con un éxito completísimo las varias composiciones que el profesor Julián Carrillo, pensionado por nuestro Gobierno en Alemania, ejecutó en algunas de las principales metrópolis artísticas del Imperio.

Sin salirnos del terreno puramente musical, tres son ya los artistas notables que recientemente el país ha obtenido, merced al tino de las pensiones gubernativas: Julián Carrillo, que ayer triunfó en el

Conservatorio, después de una lucida carrera en Alemania y entiendo que de triunfos notables en los Estados Unidos; Alberto Villaseñor, el poderoso, el correctísimo, el espléndido pianista a quien toda la República admira y aplaude, hijo intelectual también de Alemania, y Ricardo Castro, que ha logrado en París tan lisonjeros éxitos y que es ya una personalidad artística completa.

Aun cuando no tuviéramos más que estas tres prominentes personalidades musicales, ya ellas hubieran pagado de sobra con un rédito de gloria la liberalidad de la Nación. Pero hay más aún, hay muchas promesas de arte en el futuro, entre ellas Carlitos del Castillo, para quien los maestros de Leipzig tienen ya elogios significativos y cuya excesiva juventud se ha aliado con tanto talento.

A los que niegan la virtud de las pensiones les bastarán estas citas... y el ejemplo del Japón.

El rescripto imperial de 1866 decía en su parágrafo sustancial, con un laconismo expresivo y osado: «Recogeremos en todas las naciones las ideas excelentes para implantarlas en la nuestra.»

Y esta promesa se ha realizado, maravillando al mundo, merced a la prodigalidad de las pensiones. A ellas debe el Japón todos sus triunfos. Imitemos a ese pueblo que se levanta hoy en el orto de las civilizaciones nuevas, con la predestinación más bella sobre su frente.

XII

UN MÉXICO MÁS GRANDE

Se acaba de inaugurar con mucha solemnidad la nueva línea eléctrica de Atzcapotzalco.

El novísimo ideal del «más grande México» va realizándose. Cada pueblecillo del distrito que por la vía eléctrica queda unido a la capital, se constituye en un verdadero barrio de ésta. La fiebre de construcción que nos devora se exacerba y en un instante los huecos se llenan, desaparecen los baldíos y las casitas de todos los estilos asoman entre los árboles.

De México a Atzcapotzalco, por ejemplo, casi no hay solución de continuidad. Hasta los límites de la Tlaxpana las casas se agrupan y aprietan.

Veinte «calles Sur» cuando menos se han formado—y bastante graciosas y elegantes por cierto—ahí donde no había más que potreros. De la Tlaxpana a San Jacinto y a Popotla todo está poblado. De Popotla a Tacuba no hay más que una separación virtual. Viene en seguida la espléndida colonia de *El Imparcial*, con su bellísima calzada y sus innumerables villas, y, por último, Atzcapotzalco, al cual difícilmente reconocería por sus notables progresos un viajero que lo hubiese visto hace cinco años.

La histórica capital del poderoso señorío rival

de los Mexica, es ahora un encanto. Como a un conjuro surgen las villas, con sus grandes jardines y huertas, y su gracia apacible y silvestre.

Decía no ha mucho *El Imparcial* que, en su concepto, la sola forma posible de lucha contra la continuada carestía de las casas era la adquisición o arrendamiento de inmuebles en los pueblecillos del Valle, siempre que la comunicación con la capital sea rápida. Esta última condición se ha llenado, pero falta otra en que *El Imparcial* no pensó: Y siempre que los transportes sean baratos. ¿Qué ahorro posible puede haber viviendo en el campo, cuando el pasaje del tranvía a algunos pueblecillos vale quince, veinte y aun treinta centavos, y merced a eso, una familia tiene que aumentar a sus gastos, para *abonos* solamente, cincuenta o sesenta pesos al mes?

En París con dos centavos puede uno ir muy lejos... Un parisiense puede vivir a muchos kilómetros de la Metrópoli sin sacrificio alguno; más aún, con verdadero ahorro.

Pero en este país, donde un vaso de agua mineral vale quince centavos, y un pasaje de tranvía treinta, el ideal del «más grande México», a pesar de la fiebre de construcción, se desliza lentamente.

1904-1905

LA CUESTIÓN CATALANISTA

Me ha tocado asistir durante tres días a todos los debates, a todas las peroraciones, a todas las defensas y a todas las protestas a que han dado origen en las Cortes los recientes sucesos de Barcelona; ha sido ésta sin duda una de las mejores oportunidades posibles para adquirir la visión exacta de lo que es el Parlamento español.

Dos periódicos de Barcelona, el *Cu-cut* y *La Veu*, catalanistas los dos, venían tiempo ha ofendiendo en sus ataques de separatismo a España, al Gobierno, a las instituciones. Un día se aventuraron en apreciaciones sobre el Ejército, y un numeroso grupo de oficiales de la guarnición barcelonesa decidió escarmentarlos. El escarmiento, organizado conforme a un deliberado programa, «breve, pero compendioso», consistió en quemar cuanto mueble y trabajo había en la imprenta del *Cu-cut* y en

las redacciones de éste y de *La Veu*, en romper las prensas, destruir los archivos, fundir los tipos...

Naturalmente, la exaltación de los ánimos—de todos los ánimos, aunque en diverso modo—ha sido inmensa.

Los unos clamaban contra el Ejército, que se hacía justicia por su mano, como si en Cataluña, decían, no hubiese tribunales, y se indignaban contra el Gobierno, en quien creían adivinar cierto disimulado aplauso, cierta discreta pero translúcida complacencia para con los ejecutores de aquel auto de fe.

Otros, los más, sentían exacerbarse su dolor patriótico ante esa tenacidad catalana que, según la frase de don Eugenio Montero Ríos, pretende arrojar con vilipendio un pedazo de la tierra española a los pies de una potencia extranjera.

Otros acusaban al Gobierno de debilidad, afirmando que de haber sujetado el separatismo a un régimen de rigor, no se hubiera propagado ni diera tan frecuentemente lugar a tales desmanes.

No seré yo quien eche mi grano de sal o de azúcar en el platillo de estos comentarios.

Pero es el caso que, con tal pugna de opiniones, las sesiones de las Cortes tenían que ser interesantísimas, y a ellas acudí puntualmente.

Testimonio del interés que en todos despertaban los sucesos, hasta en los diplomáticos, era lo

concurrido de la tribuna diplomática, casi siempre solitaria y silenciosa.

El Gobierno iba a sujetar a la aprobación de las Cortes un decreto para la suspensión de las garantías constitucionales en Barcelona, como medida represiva, decreto contra el cual había una formidable aura de oposición, y se esperaba que hablasen los primeros oradores parlamentarios de España.

Así fué, y en estos tres días he oído articular períodos, enhebrar apóstrofes, afilar réplicas, aguzar ironías, vertebrar argumentos, así a Maura como a Montero Ríos, así a Romero Robledo como a Azcárate, así a Salmerón como a Burell, a Rodrigo Soriano, a Morote, a Nougués, a Alvarez, a Lerroux, a González Besada, al marqués del Sacro Lirio... A todos, viejos y jóvenes, impacientes o serenos; a los de la oratoria pesada, retórica, pomposa, enfática, castelariana, como la de Mella, y a los de oratoria mordente, desarticulada en breves períodos, apercibida siempre a la réplica, hábil en *impromtus*, como la del notable Maura y la del divertidísimo Rodrigo Soriano.

✠

Este último vale un Potosí como orador parlamentario. Su voz vibrante, metálica, sus actitudes resueltas y, sobre todo, esa su medular idiosincrasia interruptiva, ese don de lo imprevisto, de la interpelación desconcertadora, del comentario in-

cisivo, de la oportunidad para devolver un dardo, de la claridad para definir una situación, de lo «glutinoso», digámoslo así, de su dialéctica, para escabullirse de las argumentaciones de sus adversarios, hacen de él uno de los ejemplares de *leader* de combate más curiosos y más formidables al propio tiempo.

¿Qué se ha dicho en estos tres días?

Mucho, si se atiende a la extensión y brillantez de los discursos; poco, si se atiende a sus resultados.

Se ha combatido con encarnizamiento el proyectado decreto de suspensión de garantías; se ha removido de *fond en comble* el problema catalán; se ha revuelto bien con el cucharón oratorio el líquido de vehemencias poéticas que arden en esta hirviente marmita de la cosa pública española; se han sacado a relucir todos los defectos, todos los errores, todos los desaciertos de este o de aquel partido; se ha dado rienda suelta a todos los pesimismos nacionales respecto del presente y del porvenir de España; se ha planteado quizá la crisis—en este caso la tercera ya desde que subsiste este Gobierno—del actual Gabinete, y, por último, se ha aprobado ese decreto de suspensión de garantías, que, según unos, es imprudentísimo y va a enconar odios, a encender acaso la guerra civil, y según otros, es indispensable para ver de dar un golpe de gracia al separatismo.

Por mi parte—y continuando sin hacer comento ni apreciación alguna respecto de la situación, la-

mentando, sí, que ésta se agrave, deseando de todo corazón que se solucione de la mejor manera para España—, no puedo menos de felicitarme, sin embargo, por haber tenido la oportunidad de asistir a debates memorables y por haberme hecho cargo, de un solo golpe, de lo que es la oratoria parlamentaria española.

Hay que notar que aquí todo el mundo es orador, hasta el portero, hasta el limpiabotas, hasta el que vende periódicos en la Puerta del Sol.

✠

Ese trastabilleo, esa dificultad, esa anemia de léxico, ese arduo buscar de la frase, que entre nosotros hace que llamemos orador a quien logra siquiera expresarse, si no con fluente verba, siquiera sin tropiezos, aquí casi no se conocen.

Todo el mundo es orador, sobre todo «en caliente». El que comienza con cierta vaga vacilación, cinco minutos después va que vuela en rauda elocuencia por esos amplios espacios de la oratoria política.

Cierto que de todas las facultades mentales, de todos los géneros literarios, éste es el más ejercitado en España.

¿Pero qué falta nos hace a nosotros por allá soltar la lengua y, sobre todo, no subirnos en trípode de ninguna clase para hablar, sino discurrir, así, sin solemnidad, sin inflamientos, sin períodos torneados y rellenos de énfasis, acerca de aquello que nos interesa e interesa a los demás?

¡Ah! ¡no quiero, por cierto, no es mi ideal, que nos volvamos verbosos: de los pueblos, los mejores son sin duda los que hablan poco; en esto más que en nada es cierta la frase árabe que afirma que «la elocuencia es plata y el silencio es oro»; pero mucho tenemos, sin duda, que aprender de los españoles en el divino arte de exteriorizar con acierto, con elegancia e intención, el nobilísimo y escondido caudal de nuestro pensamiento!

Diciembre de 1905.

LA EVOLUCIÓN DE LA RISA

A *legría*, la simpática revista de Juan Pérez Zúñiga, abrió en días pasados un concurso de cuentos.

Un concurso de cuentos alegres, naturalmente, con premio de cien pesetas.

Dirán ustedes que el premio no era muy tentador. Señal de que son ustedes ricos, porque yo conozco muchos, pero muchísimos literatos a quienes sí tentaría y que por cien pesetas serían capaces de parafrasear toda la Vulgata latina.

El caso es que el premio fué declarado desierto, porque no se encontró entre los trabajos enviados no ya un solo cuento bueno, que no era esto lo esencial, sino un solo cuento alegre.

Todos eran sombríos, trágicos, lacrimosos como una página de Juan Covarrubias.

Había ejecuciones, suicidios, *fieros males*... cuanto horror puede uno concebir en noches de indi-

gestión. Lo único que no asomaba por ninguna parte era el rayo de sol de una sonrisa.

Alegría fué, pues, burlada, y comentando el caso, dice:

«Parece mentira que en un país como éste, en que todo se echa a broma, cuando llega la ocasión de escribirla no haya quien se atreva a consumar el propósito. Pues nada, no nos podemos dar el gustazo de premiar un cuento alegrillo. Unos por falta de esta indispensable condición, y otros por la no menos indispensable—en el concurso y fuera de él—de la gramática; tanto los cuentos malos como los discretos, ninguno merece la gracia y justicia del premio ofrecido, según la respetable opinión de *tres genios* de que hemos echado mano a última hora para que fallaran, constituídos en jurado.

¡Y resulta que han sido los concursantes, y no los tres genios de marras, los que nos han fallado el Concurso!

¡Vaya por Dios! Cuando nosotros no pedíamos gracia para destriparse de risa, sino una alegría modestita como la que puedan dar, por ejemplo, unas castañuelas, tocadas regularmente nada más.»

Si esto hubiese acontecido en México, ya me imagino la andanada de entrefilets filosóficos que habría provocado el fracaso.

«Somos un pueblo triste—habría escrito uno de tantos sociólogos como pululan ahora por Plate-

ros—. Tenemos la tristeza del alcohol. Nuestra raza rezuma refino y melancolía»... etc.

¡Ah! Los españoles no beben. España es uno de los pueblos más sobrios de la tierra, y, sin embargo, la alegría no parece por ninguna parte.

El español es adusto, reposado, con un fondo de melancolía en el carácter.

Ese castañeteo de la vida popular española es una leyenda como tantas otras.

Basta ir a un café y oir las conversaciones. Generalmente se habla del país y del Gobierno; se comenta la última sesión del Congreso o la última corrida de toros; pero en estas conversaciones es más frecuente la exaltación que la risa.

La generación de los Vital Aza, los Sinesio, Jackson Veyán y todos los que hicieron equilibrios en la cuerda floja del chiste, se han ido para no volver.

Yo me alegro, porque su *esprit* era sólo malabarismo de palabras.

Todo eso ha pasado de moda. La verdad es que el público español se ha educado un poco más y prefiere al chiste ramplón el humorismo fino: el *humour* inglés: esa ironía velada y suave que inmortalizó a un Sterne, a un Tackeray, y que Wells maneja tan admirablemente.

En España se lee ya más el humorismo de Jacinto Benavente o de *Azorín*, por ejemplo, que todas las coplas de todos los *Vitales* del mundo: *Azorín* ha destronado a *Aza*.

Esa insinuante sonrisa que va entrándosenos poco a poco hasta el alma: que derroca más ídolos

que todos los sarcasmos, que tan tenue y finamente se burla de las debilidades humanas, que sabe con tanta pericia poner el dedo en la llaga: la ironía de un Anatole France o de un Remy de Gourmont, se abre cada día más campo en los espíritus.

La vieja risita casera, que todo lo cifraba en la vulgar antítesis de Manuel del Palacio, o en la mediocre gimnasia de palabras de los demás *poetas alegres*, resulta absolutamente *démodé*. Su último refugio fué el *género chico*, de donde la desaloja el desdén público.

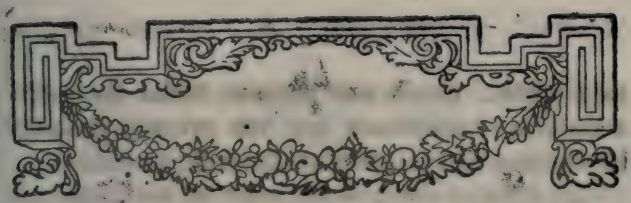
Por lo demás, el *chiste* ni ha sido nunca signo de jovialidad verdadera ni cuadra ya con el estado de los espíritus. Resulta tan extemporáneo como la lamentación.

Antaño había bufones sociales: seres cuya mísera misión era divertir un poco a las visitas, con *colmos*, adivinanzas y, sobre todo, *quid pro quos*.

Hoy ya no se concibe este oficio. Privan las conversaciones por grupos, donde un ingenio discreto y fino corre por la frase, intencionada y elegante. Reina nuestra señora la Alusión, esa Alusión tenue, que muerde con agudos y silenciosos dientecillos de nácar.

Y sobre todo, exigimos del *humour* que sea culto y esté bien informado.

He aquí por qué los cuentos alegres y los escritores a la Vital Aza desaparecen; he aquí por qué no se pudo resucitar el *Madrid Cómico*, y he aquí, por último, por qué fracasó el concurso de cuentos de *Alegría*.



TERRAZAS DE QUITA Y PON

ABRIL trajo las terrazas, esas simpáticas terrazas de quita y pon de la calle de Alcalá, que añaden una vivá y alegre nota nueva al perenne bullicio de la arteria principal de Madrid.

En cuanto se avecina noviembre; en cuanto empiezan a caer fúnebremente las hojas como en el verso de Stechetti; en cuanto el hálito glacial del Guadarrama culebrea zumbando por el nudo de las viejas callejuelas, las terrazas de la calle de Alcalá desaparecen como por ensalmo...

(Es «claro» que digo «las terrazas» por extensión. Lo que desaparecen son las sillas y las mesitas de hierro.)

Y las amplias aceras, vacías de un día para otro, desnudas, melancólicamente espaciosas, causan no sé qué punzante desconsuelo.

La avenida se ve más ancha, más luminosa y

más triste... como nos parecen todas las calles cuando las transitamos por vez primera después de muchos días de enfermedad o de reclusión.

Las agitadas discusiones políticas; los discreteos sentimentales de los adolescentes enamorados, que aguardan detrás de una mesa, con los ojos en blanco, a la novia que sale de las Calatravas; el floreo nutrido de los tenorios «de pico» a las criaditas que pasan contoneándose; los debates literarios y de un corro de autores, y el silencio pensativo de los que gustan de divagar frente al burbujeo de oro de un vaso de cerveza, todo eso, de golpe y porrazo se eclipsa, se desvanece, va a refugiarse en el interior de los cafés... ¡durante el invierno, durante este largo y penoso invierno!

La calle de Alcalá no por esto queda desierta... ¡ah! ciertamente que no. Pero faltan esos islotes de ruido, de tráfago, de baraúnda, que las terrazas forman y sólo se ven detrás de los vidrieras de la planta baja del club de la Gran Peña, las impasibles caras de algunos socios, que con tenaz atisbar se pasan las horas en la misma heroica y apacible inmovilidad de los que en el elegante portal de nuestro Jockey Club de México contemplan púdicamente la «Imperial» y la resonante acera sur de San Francisco...

Pero abril va «empollando» mesas y ruido, a medida que avanza. Primero, tímidamente, en un

café, asoma una mesita con dos sillas; luego, dos mesitas con cuatro sillas, cuatro mesitas con ocho sillas... y un día, sin saber cómo, os encontráis con que toda la acera sur de la calle de Alcalá está invadida por las terrazas.

¡Parece que amanecieron allí... de súbito, quién sabe por qué!

Y el público, semejante a una bandada de golondrinas que encontrase solícitamente prevenido un alero, llega y se instala allí como en su casa y empieza a vivir, ahora al aire libre, si antes en la penumbra umbrosa, esa segunda vida del madrileño de buena cepa, frente a la mesa del café.

✠

En París, las terrazas, las innumerables terrazas, son fijas, salvo aquellas, trashumantes, de las *buvettes* de barrio; y es penoso en esos días en que llueve, o sopla el aliento glacial de enero, ver los alineamientos de sillas y mesas, desocupados, rígidos, fantasmagóricos, a través de la móvil rejilla líquida y oblicua de la llovizna o del polvo que sacuden las alas de los cierzos.

Pero en Madrid no hay tal. ¿Que llegó el invierno? Pues adentro con todo: mesas, sillas, cacharros... y clientes! ¿Que tornó abril? Pues afuera, al aire, a la luz...

Y así la avenida principal de la Corte tiene dos aspectos muy característicos, como si dijéramos

dos *toilettes*: la de casa y la de calle, la de verano y la de invierno.

Y esas mesas de hierro y esas sillas de bejuco, que festinadamente van enfilándose en las banquetas, nos alegran el alma, porque parecen decirnos: «Por fin pasaron los malos días. Los árboles del Retiro estrenan vestido. Las golondrinas revolotean ya buscando casa. El sol funde la hopa nevada de los montes. Esa fría y monótona comadre gris que se llama la llovizna, hermana de la melancolía, madre del tedio, ya no destrenzará sus cadejos sobre la ciudad amodorrada...

»¡Vivamos! ¡Vivamos!...»

X. Y. Y.

DON JAIME DE BORBÓN

Don Jaime de Borbón ha venido a Madrid.

Paseó por la calle de Alcalá, fué a los toros, donde arrojó algunos luises a un matador; comió a la española, estuvo en los teatros de barrio, y se marchó por fin, tranquilamente, a Sevilla y después a Francia.

¿A qué vino don Jaime?

Pues a nada o a todo, es decir, a respirar el aire de España, a que lo calentara este sol, a hablar un poco el castellano, a sentirse en su tierra, como él dice.

¿Traía designios políticos? Ningunos; y hubiera sido pueril traerlos.

El carlismo está más muerto que Lázaro. Algunas mujeres ultradevotas, algunos curas viejos, el señor Vázquez Mella, el «general Maldonado»,

don Dalmacio, y pare usted de contar, o poco menos!

Hubo un momento en la pasada guerra civil en que los carlistas tuvieron, como quien dice, las llaves de la Península.

Dominaban, en efecto, en las Vascongadas, en Navarra y en Cataluña, a todo lo largo de la frontera; pero o no supieron o no pudieron aprovechar este momento, y las últimas esperanzas de un trono se han desvanecido en perspectiva lejana.

Podía, pues, don Jaime pasear por España a su sabor y talante, sin que se le molestase. Quién sabe si hasta aconteciera que *una bella mañana* se le presentase en su domicilio u hotel el jefe de la Policía y le dijese:

—Caballero, mi presencia aquí hará comprender a usted (o a su alteza, para no apearle el tratamiento) que la Policía sabe de su presencia en España. Puede usted ir adonde quiera, tomar el sol en la Puerta *del ídem*, arrojar luises de oro a los toreros, comer magras en tomate, calamares en su tinta y arroz a la valenciana, aplaudir a Loreto Prado en el *cine* y hasta hablar de política. La Policía espera únicamente de S. A. que procurará no llamar excesivamente la atención en Madrid hacia su persona, a fin de que no haya ni el menor pretexto para invitarle amablemente a volver a Francia o a Rusia.

Pienso yo, aunque no tengo vela en el entierro, que don Antonio Maura es bastante inteligente para hacer esto, y pienso también que don Jaime, que se siente más español que la Puerta de Alcalá, aceptaría encantado... si pudiera. Pero allí está su padre, y allí está, sobre todo, la herencia de ideas y de conducta, que pesa quizá más que todos los fardos.

Un *pretendiente* no puede dejar de *pretender*.

Al venir al mundo se ha encontrado entre las ropas de la cuna un legado invisible, pero irrenunciable: la aspiración *oficial*, como si dijéramos, de tres o cuatro generaciones, a este o a aquel cetro.

Hay quien nace para el arte y quien nace para la ciencia, quien nace para la guerra y quien nace para la paz. El primogénito de un pretendiente no puede nacer más que para seguir amando como su padre a esa novia más o menos lejana y deslumbradora que se llama la Corona Real, no puede vivir sino para seguir aspirando *a la mano de doña Leonor*...

✠

Quién sabe si en su fuero interno no cree en sus derechos, ¡quién sabe si no profesa la fe política de sus antepasados! ¡Qué importa! Él vino al mundo para soldar un nuevo eslabón a la cadena de vidas expectantes de sus abuelos.

Está obligado a hacer durar una existencia más la hereditaria e invencible esperanza...

Si tiene partidarios debe militar, si ya no los tiene se hará llamar *Majestad* por su ayuda de cámara, y vivirá en París, en Bruselas, en Venecia o en San Petersburgo, según la corona a que aspire.

Esta es la ley, lo propio para un príncipe Víctor que para un Felipe de Orleans o para un Carlos de Borbón, y ésta será la ley para don Jaime, a menos que un día tenga el valor civil de arrojar lejos de sí el grillete de tradición y de volver a España como un simple español que trae a ella su contingente de actividad y de paz...

Don Jaime ha dicho ya *que él es católico a su modo*, con gran espanto de su padre. ¿Quién sabe si no dirá mañana *que él es carlista a su modo?*

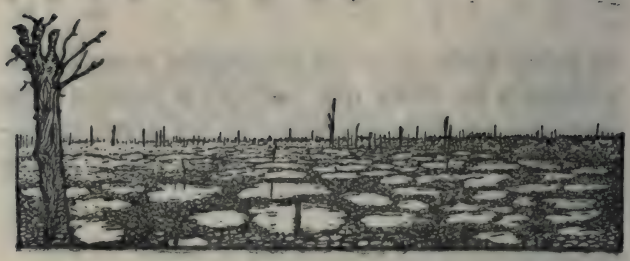
—¿Por qué cree usted en la Biblia?—le preguntaron a Talleyrand.

—En primer lugar, porque soy obispo de Autun —respondió.

Don Jaime es *carlista*, en primer lugar, porque es hijo de *don Carlos;* pero quién sabe si un día, cuando el solitario de Venecia baje a la tumba con su herencia de tres generaciones de anhelos, don Jaime no será, antes que todo, *jaimista*, es decir, él mismo; un hombre libre que quiere vivir en un país libre...

No en vano han agitado su cabellera negra las auras modernas. Don Jaime sabe que los monarcas absolutos ya no son de este siglo; ha oído rugir al león revolucionario en las estepas rusas, ha presenciado las nuevas orientaciones constitucionales

de países hasta ahora tan refractarios como China y Persia a las ideas que trabajan el planeta; y ha visto ponerse definitivamente el sol sobre los sepulcros de los Felipe II, de los Luis XIV y de los Napoleón.



EL TIRO DE PICHÓN

CONFIESO que no soy un hombre elegante y que me gusta poco la caza. El espectáculo de la bestia que sufre, no acierta, precisamente, a complacerme. Soy un enamorado de las bestias, y, si fuese rico, algo bueno y práctico idearía en su favor.

Pero, en fin, encuentro que el hombre que sale de su domicilio con una escopeta y un perro, que recorre llanas, franquea vallados, escala peñascos, asciende a las lomas, se interna en los bosques en busca de caza; que afronta a las veces peligros serios y se proporciona serias fatigas, merece topar con un buen venado y tiene el derecho de matar un bello jabalí.

Lo que no podré jamás abonar ni aplaudir, por más que sea hábito de grandes señores, es este afán de matar por matar, de formar rimeros de aves muertas, de hacer carnicerías de ciervos, en parques

cerrados, sin peligro alguno, sin fatiga, sin habilidad siquiera ni destreza.

Bien sabéis cómo cazan los castellanos de Europa. En sus dominios se cría especialmente, abundantemente, caza para su diversión.

No imaginéis que tienen que buscarla. Durante determinada época del año, las aves empollan a granel y las reses paren en abundancia, a fin de que los señoritos puedan divertirse en otra época determinada, matando el mayor número de bestias posible.

Cuando empieza la estación de las grandes cacerías, casi no podéis ya andar por las veredas de un parque, sin provocar, a cada instante, el vuelo de los faisanes; las siluetas de los ciervos pasan fugitivas por todas partes; no hay matorro en que no se yergan, como absurda floración, las orejas temblonas de las liebres...

⊠

Todos aquellos animales son casi domésticos. Se les ha criado para el señor.

El señor llega con sus amigos, y se empieza por espantar a las pobres bestias; se les hace converger a determinados puntos, y se les mata.

Es un verdadero ejercicio de puntería, que no tiene el menor riesgo.

Hay cazadores que se instalan en una mecedora, con una arma espléndida, de precisión incomparable, entre las manos, y hacen fuego continuamente

sobre las tupidas bandadas de aves que manos expertas obligan a levantar el vuelo.

Se trata de saber quién mata más.

Por la tarde se cuentan las piezas; hay tres, cuatrocientas, quinientas...

Es aquello un enorme montón de carnes y de plumas aún palpitantes, que saturan el ambiente del olor de la sangre.

No se sabe qué hacer después con tanta caza.

Se envía a las cocinas del castillo, a la villa o granja; los lacayos tienen buena parte, los perros también; se desperdicia mucho, porque hay mucho.

Los señores se cambian de ropa, se visten para comer y bajan al comedor a yantar entre espaldas desnudas y flores entreabiertas, contentos, tonificados por el ejercicio.

Hoy por hoy, priva el tiro de pichón.

Todo el mundo—es decir, todo el mundo elegante—acude en Europa al tiro de pichón.

Las damitas más lindas, más monas, más espirituales, toman parte con armas que son un encanto, una preciosidad, un juguete... ¡Ah! ¡y que no marran, que no marran casi nunca!

¡No os imaginéis que esto del tiro de pichón es algo así como coser y cantar! ¡Ah! ¡no! tiene sus «queveres».

¿Deseáis saber cómo se efectúa?

Sería una injuria y una presunción eso de que yo creyese que iba a enseñaros lo que es el tiro de pichón.

Pero, en fin, como en cada país tiene sus variantes más o menos ligeras, bueno será que os diga brevemente cómo se lleva a cabo ahora en Madrid.

Imaginaos a los tiradores y tiradoras en fila, en un hermoso campo, con esas armas bibelots, con esas armas de que os hablé y que son toda una monada.

En frente, a 20 metros como mínimum, a 27 como máximum, hay alineadas también 5 cajas.

Dentro de cada una de esas cajas hay un pichón.

La caja se abre por diversos procedimientos. Figuraos uno de los más sencillos: por ejemplo, que tiene simplemente una especie de puertecita.

El tirador dice: «Pull». La caja se abre, sale el pichón desorientado, deslumbrado, torpe, y antes de que pueda emprender el vuelo, una bala, la bala de una de esas monadas de fusil, lo deja sin vida al pie del cajón.

Y se abre luego la caja núm. 2, y así hasta la quinta.

La mayor parte de los tiradores hacen sus cinco puntos. Las tiradorcitas suelen marrar; pero no mucho.

Os aseguro que aquello es muy divertido. Las risas y las conversaciones «aladas» van y vienen. Al caer la tarde, hay aquí y ahí, mientras se los llevan, montoncitos de blancura; parecen montoncitos de nieve: ¡son montones de alas, montones de plumas!

Todo ello para qué sé yo dónde.

Los caballeros y las damitas tornan a casa, comen y van al teatro o hacen visitas.

Os aseguro que es muy divertido...

X. Y. Z.

NUESTROS HERMANOS LOS POBRES

NUESTROS hermanos los pobres son insoportables en Madrid (Dios me perdone esta poco caritativa expresión), son casi más insoportables que en México.

No se puede salir de casa, ni dar un paso en la calle, ni detenerse en un aparador, sin que nuestros hermanos los pobres se confabulen para acosarnos, para asediarnos, para cercarnos.

Las voces lastimeras tienen toda la gama de la súplica y a veces de la conminación. El emplazamiento ante el tribunal de Dios sigue frecuentemente a la negativa.

Ahora bien, la negativa se impone algunas veces, siquiera algunas veces; de otra suerte vaciaríais vuestra bolsa sin lograr satisfacer a todas las manos que se tienden. En las calles populosas, cuando menos la mitad de los que pasan son mendigos.

La proporción de ciegos es enorme. No he visto país donde haya tantos ciegos o donde anden sueltos tantos ciegos... Unos tocan la guitarra, otros el violín, éstos el triángulo, aquéllos la mandolina, los de más allá cantan, y sólo en la Carrera de San Jerónimo, de las once a la una de la mañana, pueden verse y oírse dos murgas, estacionadas la una cerca de la Puerta del Sol y la otra cerca de la plaza de las Cortes, que «ejecutan», en la estricta acepción de la palabra, aires de la *Tosca*, de la *Bohemia*, de *Carmen* y de algunas zarzuelas de género grande, de pía recordación, tales como *Jugar con Fuego*, *La Tempestad*, etc., y esas murgas están exclusivamente compuestas de ciegos.

✠

Nuestros hermanos los pobres han llegado aquí, como en México y en Italia, al heroísmo de lo patético. Saben deciros cosas como para hacer licuarse en llanto a las piedras:

—Señorito, mire que tengo mucha necesidad; mi padre está condenado a muerte, mi madre está agonizando, mi hermano tiene cáncer, mi tío ha quedado manco.

—Señorito, no tengo leche y mi hijo se muere de hambre.

—Señorito, por la madre que le llevó en sus entrañas, por los huesos de su padre, una «perrita»... siquiera un centimito...

Y recuerda uno a la fuerza aquellos muchachos

atezados, ñoños, entecos, canijos, casi desnudos, que en México le asaltan con este plañido articulado y esta prodigalidad de diminutivos:

—Jefecito, un centavito para mi panecito...

✠

En cuanto a las bendiciones que siguen por la calle al que da limosnas, tienen una expresión y una ampulosidad absolutamente orientales. Nuestros hermanos los pobres os dicen:

—Que Dios bendiga su trabajo, señorito; que todo aquello en que ponga la mano le salga bien, que nunca le falte dinero, que en su casa reine siempre la salud... etc.

Y os alejáis pensando que si es cierto que los deseos y las bendíciones de nuestros hermanos los pobres se realizan, que si es exacto que Dios paga por ellos y cumple sus promesas, ya podéis dormir tranquilos y no buscar más los bienes de este mundo, que «por la tronera os han de entrar».

Cierto que tal conducta es arriesgada y que podríais levantaros tan pobres como os acostasteis, pero no hay que desalentarse: quiere esto decir simplemente que Dios ha resuelto no pagaros aquí, sino en la otra vida, lo que nuestros hermanos los pobres os han prometido. Se trata, pues, como si dijéramos, de cheques contra la eternidad, pagaderos en oro imperecedero de gloria.

Esto es por lo que respecta a nuestros hermanos los pobres «ostensibles». Pero hay otros que piden

cuando se presenta la ocasión y son, muy especialmente, los billeteros.

Bien está que no compréis el billete: vosotros no creéis en la lotería, no sois partidarios de esa aleatoria riqueza que suele entraros por la ventana con un número premiado. Está bien. El billetero no discute. Vuestras opiniones son respetables. Él confiesa que opina de otra manera. Confiesa que cree en la lotería y que la encuentra moralizadora; de lo contrario, ¿vendería billetes? Pero sin duda que vos estáis en vuestro derecho no gustando de la lotería.

Pero sí podéis darle una «perra» a guisa de transacción. Quédase él con sus opiniones, vos con las vuestras. Quédase él con una «perra» más, vos con una «perra» menos... Una «perra» lo arregla todo.

Yo encuentro que tal conducta de los billeteros de Madrid es más culta que la de los billeteros de México. Los de México no transigen; hay que comprarles el billete. No tiene uno el derecho de no ser amigo de la lotería. Peor para vosotros si sois reacios: os seguirán por la calle, no importa qué cantidad de kilómetros, desde el café Colón hasta San Lázaro, hasta que os convenzan de que debéis tomar un billete.

Y digo yo: ¿por qué abundan tanto en Madrid nuestros hermanos los pobres?

¿Porque hay gran miseria en España? No es cierto.

¿Porque se han perdido las cosechas? No, señor.

¿Porque falta labor? Tampôco.

Por la misma razón por la que han abundado en diversas épocas en México. Por ese decisivo, ese enérgico, ese invencible, ese definitivo horror al trabajo, que es ya casi «medular» en nuestro pueblo.

No busquéis el mal en otras fuentes.

Hay que añadir que el madrileño, como el mexicano, con una fatal generosidad, con un pernicioso desprendimiento, protege la mendicidad callejera, prodigando sus «perras» en las calles y en los cafés.

En vano los editorialistas le dicen: «Da para asilos, para talleres, para escuelas...» Él sigue dando «perras» en la calle, como el mexicano centavos.

De donde resulta que la mendicidad es aún un pequeño oficio lucrativo, que tiene la ventaja de ejercerse al aire libre, bajo la misericordia de este cielo y el chorro de oro de este sol...

X. Y. Z.

Febrero de 1906.

EL REY ESTÁ ENAMORADO

SÉPALO todo el mundo, ha dicho un periódico—y todo el mundo (aquí) lo ha sabido—este matrimonio del Rey no es un matrimonio de conveniencia: es un matrimonio de amor.»

«El Rey está enamorado, profundamente enamorado.»

«El Rey está enamorado»—repitió todo el mundo, entre incrédulo y contento.

«Entre incrédulo», vamos, porque cuando tal se decía, el Monarca apenas había visto una vez en Biarritz a la princesa Ena, a quien conocía vagamente *(le coup de foudre, quoi!)*.

«Entre contento», porque eso de que los hombres a quienes el azar de la fortuna, de las ideas ambientes, de las circunstancias, del nacimiento, ha colocado por encima de nosotros, estén sujetos «también» a amar, a sufrir, a gozar, como cualquier

otro mortal, halaga la lógica, el buen sentido y las tendencias igualitarias de la multitud.

En cuanto a los reyes, a pesar de este parentesco con «los demás», que pregonan ciertos actos fatales de su vida, como el dolor y la muerte, según sabios autores, acaban por creerse de tal manera distintos de la humanidad, acaban por sentirse de una esencia tan diversa, que se perturba su cerebro para siempre.

«Es casi imposible—dice un sagaz psiquiatra italiano que ha estudiado bien la cuestión—, es imposible que el cerebro de un rey sea un cerebro normal.»

Desde muy niños, se les enseña a hacerlo todo de distinta manera que a los demás, se les hace creer que Dios mismo los ha ungido, que son monarcas por derecho divino, que la humanidad y ellos son cosas aparte. Si esto no se les dice «explícitamente», se les da «implícitamente a entender». Los hombres todos se acercan a ellos con una caravana, con una zalema, con una semigenuflexión, con un signo, en fin, de acatamiento y de respeto: éstos, porque son súbditos (escépticos o ingenuamente creyentes en el tal derecho divino, pero súbditos al fin); aquéllos, por galantería, por obedecer a la rigidez de un inflexible protocolo. Sea como fuere, el caso es que un rey no ve más que cabezas encorvadas o dispuestas a encorvarse.

¿Qué resulta de todo ello? Pues que el cerebro de un hombre no puede humanamente resistir tal unanimidad de homenajes, tal deslumbramiento...

y casi siempre se perturba (según el sabio italiano cuando menos).

Leí en cierta ocasión que un gran duque ruso (y eso que no era más que un gran duque) decía, ingenuamente, sencillamente, sinceramente, sin la menor sombra de *pose*, a uno de sus hermanos:

—«Nosotros y los hombres.»

Sabido es que a los emperadores romanos, en los solemnes momentos de representación en que toda la majestad del trono y toda la majestad de Roma pesaba sobre ellos, un esclavo, disimulado, a sus espaldas susurrábales al oído:

—«Acuérdate de que eres mortal...»

A fin de que el vértigo del poder no fuese prueba harto ruda para su cerebro.

La prueba es ruda, y rudísima en efecto. Y como si ella no bastara, se le añade la formidable complicidad de una historia fabricada *ad hoc* para los soberanos.

En Alemania, por ejemplo, se enseña en las escuelas que Dios sacó el mundo del caos... para los Hohenzollern; que formó los continentes y los mares... para los Hohenzollern; que creó a Alemania en el centro de' Continente para que ejerciese, por medio de los Hohenzollern, una divina, una providencial hegemonía en el mundo; que hizo a Prusia después—merced a los Hohenzollern—más fuerte y poderosa que sus hermanas, a fin de que las tutoreare, por ministerio de un Hohenzollern, llevándolas a obtener la supremacía universal.

Una cita más:

En las instrucciones que el Cardenal Cisneros envió a Carlos I, antes de que ocupase el trono de España, el ilustre purpurado decía entre otras muchas cosas al que más tarde fué tan ilustre rey... «El Rey nuestro señor debe seguir las pisadas de sus predecesores de Castilla: es a saber, que no consienta «que nadie» se le atreva a hablar familiarmente sin grande reverencia y humildad, y también que el Rey nuestro señor tenga «tanta majestad» que dé a besar la mano a todos los grandes y prelados «de cualquier condición que sean», salvo a los cardenales (el que daba el consejo era cardenal); y para hacerles honra «nunca se quite el sombrero de la cabeza.»

Bueno, pero eso era antes, se me responderá. Ahora asistimos a la bancarrota de la realeza.

Los reyes, salvo dos o tres autócratas, son constitucionales y comprenden que un rey constitucional no es más que una figura decorativa que satisface o equilibra a los diversos partidos...

¿Y creéis, responderá algún psicólogo, que en familia se les hace convenir a los reyes en que no son más que eso?

No pensáis que sus padres y familiares (a veces «más papistas» los segundos que el Papa) les dirán éstas o parecidas palabras:

«El mundo, trastornado por falsas ideas disolventes, se atreve a negar la realeza por derecho divino.

»Atraviesan los monarcas una mala época. Pero tú no olvides que eres de distinta esencia que los

otros; tú eres el rey; tú eres el ungido del Señor. Sólo Dios está encima de ti...!»

—«Dios es mi primo — decía el moribundo delfín del cuento de Alfonso Daudet — y tendrá que tratarme conforme a mi rango.»

—¡Pero habrá reyes razonables! — exclamará el lector.

Y yo exclamo con el lector: —Pues es claro que hay reyes razonables, hombre; la teoría del sabio italiano, como todas las teorías, dista mucho de ser absoluta.

¿Qué rey más razonable que ese viejecito que acaba de morir—Cristián IX—llamado afectuosamente «el abuelo de Europa»?

¡Sin duda que hay reyes razonables! Ahí está Oscar de Suecia.

Y aquí está—¿por qué no hacerle justicia?—este simpático, vivaz y afable muchacho que se llama Alfonso XIII y que ahora se halla enamorado.

¡Cuánta divagación para llegar a este punto, ¿eh? Pero los psicólogos italianos, esos sutiles psicólogos italianos que se meten en las almas de los reyes como Pedro por su casa, tienen la culpa de todo!

Decía, pues, que el Rey está enamorado de la princesa Ena y que la princesa Ena está enamorada del Rey.

Este gentil adolescente, apasionado hasta ahora

sólo por un gran juguete: el automóvil, se ha encontrado en un recodo de la vida con el amor. Y cree lo que todos los hombres creemos cuando tenemos ¡ay! veinte años: que nadie había amado antes de nosotros ni amará como nosotros, que hemos inventado eso, que nos tumultúa dentro del alma, que para nosotros bajó del cielo, solamente para nosotros, el misterioso sentimiento que nos inquieta.

—¡Las cosas que nos va a decir, las impresiones que nos va a contar en cuanto vuelva!—decíame ayer un joven marqués amigo del Monarca—. Nos va a contar que ha descubierto el amor...—añadía sonriendo.

La otra noche, en una comida de la familia real, se desfloraban actualidades alegre e indiferentemente, cuando el Rey, que no atendía a la conversación, exclamó de pronto:

—¿Pero nada me dicen ustedes de mi novia?...

Entonces empezaron todas aquellas bocas cortesanas a entretejer una guirnalda de elogios.

—Que es rubia como la mañana.

—Y alta como un junco.

—Y buena como una bendición.

El Rey se puso en pie, cogió una copa de champaña, la levantó en su diestra, y así, y con los ojos llameantes de emoción, permaneció en silencio.

Todos los comensales, en pie también, imitaron su actitud y se unieron a aquel brindis mudo...

No se oyó ni un rumor.

No profanó aquel silencio exquisito, aquel expresivo silencio, la trivialidad de palabra alguna.

Y como ésta fué una bella delicadeza, y como estas delicadezas sólo las inspira el amor, yo voy creyendo también que el Rey está enamorado, que el Rey ha vuelto a su palacio—«le palais de la Belle au Bois dormant»—como le llama por su situación frente al más encantador paisaje, y por su silencio bajo las noches estrelladas, un escritor francés amigo mío—; ha vuelto a su palacio, digo, malherido de amor, y que en esta vez no presidirá el matrimonio esa dueña quintañona que se llama la «Razón de Estado», sino un coro de doncellas que cantarán como en las nupcias del divino archipiélago:

«Ven, ¡oh Himen!
¡Oh Himeneo!»

Marzo de 1906.

EL QUE VIENE

PARA abril, cuando todo renazca y palpite con la invasión de la Primavera, los Reyes de España esperan a su primer hijo: al que, Dios mediante, se llamará o «Fernando Octavo» si es varón, o «Victoria Primera» si es mujer.

En Madrid se empieza ya a trabajar en el hatillo, que será hecho por la mayor cantidad posible de talleres, a fin de beneficiar al mayor número posible de obreras.

Sabido es que las de Madrid son verdaderas hadas en las labores de la aguja. ¿No se ha dicho siempre, por ventura, que las hadas saben hacer cosas admirables?

Hay una gran porción de mujeres madrileñas empleadas en las finas y penosas labores de blanco: muchachas que por jornales míseros bordan pañuelos, camisas, sábanas, etc., ya en los talleres, ya en los conventos. Porque ahora, como siempre,

las monjas se distinguen en los trabajos de paciencia. ¡Claro! ¿No la tienen para vivir en el claustro sin ver nunca la luz del sol más que tamizada, escatimada, robada por las celosías?

Yo, «joven relativo», no soy aún bastante viejo para, sin embargo, acordarme de las monjas de México. Se fueron cuando me traían al mundo. Pero conocí algunas de sus obras, de una nimia perseverancia, de una minuciosa y admirable inutilidad.

Por ejemplo, cierta virgen de trapo, «Copia» de la Inmaculada de Murillo, de medio centímetro de altura, y sin que le faltara una pestaña. Y asimismo una docena de danzarines, también de trapo, seis «hombres» y seis «mujeres», que cabían en una avellana y que había que contemplar sobre un plato blanco, moviéndolos con un alfiler.

¡Buena reverenda hubo que se quedó ciega después de legar a la posteridad seis Purísimas de aquéllas, seis avellanas de éstas, y docena y media de corporales, cíngulos, amitos... y sobrecamas de remiendos! ¡Benditos tiempos!

Se pensaba en Dios esgrimiendo una aguja mágica entre los finos dedos amarfilados. Se vivía una dulce vida contemplativa, cociendo en el horno panecillos ideales. «Suspiros de monja» se llamaban los más tenues.

Gira que gira, el torno los arrojaba al mundo, a quienes esperaban en la portería.

La voz gangosa de la vieja tornera, masculladora de incomprensibles latines, se oía al otro lado

de aquel hueco cilindro de palo, diciendo, por ejemplo:

—Este platón de rosquillas es para Su Alteza Serenísima. Dígale, hermano, que aquí la encomendamos a Dios noche y día.

Y entre «suspiro y suspiro» de monja y entre rosquilla y rosquilla, Dios sabe cómo «Su Alteza Serenísima» revolvía a México.

Por las tardes, de cada convento surgía el clamor de una campana, saturando la paz de la ciudad de unciosa y vaga melancolía.

¡Benditos tiempos! Todavía no corrían por las endiabladas calles de la gran Tenoctitlán mil automóviles (cifra exacta) ni impedían los trenes eléctricos el excesivo e inconsiderado aumento de población...

Ahora, ¿adónde irse para encontrar a Dios?

¡A qué yermo, a qué Tebaida no llegarán resoplando las locomotoras! ¡No llegarán aullando las sirenas de las «júat» y de los «Mercedes»!

¿Dónde está el quieto amparo propicio al deliquio...?

¡Buenas monjas, en qué rincón de sombra, decídmelo por vuestra vida, se puede aún estar en éxtasis!

✠

En Madrid hay innumerables conventos. Yo, que gusto tanto de mezclarme a este trajín ensordecedor de la vida moderna, con tal de poder tornar a

mi soledad así que me plazca, he recorrido algunas veces, mientras se desvanecen las tardes, las empinadas callejuelas de ciertos barrios, del de Segovia, por ejemplo, a los cuales asoman las ventanas de las celdas. He visto, como en *Las tres fechas*, de Bécquer, manos pálidas que cuidan de tiestos anémicos, por entre la angosta abertura de las celosías.

He visto también, en los barrios nuevos, donde hay conventos espaciosos a pleno sol, un canario saltarín a quien da cañamones una mano mística.

En esos conventos, en lentas horas de silencio, se trabaja actualmente una parte del hatillo del heredero de los Alfonsos y de los Fernandos, de los Carlos y de los Felipes.

«Antaño—dice un escritor—un príncipe hispano podía permitirse la satisfacción de vestir sólo con géneros nacionales. Córdoba le ofrecía terciopelos; Valencia, admirables sederías; Salamanca y Segovia, paños; y le era fácil llevar—como el patriota conde de Benavente—«de fino lienzo gallego los puños y la gorguera, unos y otra guarnecidos con randas barcelonesas».

»Hoy, muertas aquellas industrias, es fuerza moderar las aspiraciones de proteccionismo, dándose por satisfecho un soberano con que las confecciones, bordados y labores no sean producto del extranjero.»

Y no lo serán y las habrá admirables, porque a las ágiles manos mueven hoy estímulos poderosos.

Veintiún años hará, cuando venga esa primave-

ra que debe traer un príncipe al trono español, que otro hatillo se bordaba y componía: el de Don Alfonso XIII, a quien la Nación esperaba con alternativas de temor y de alegría.

Llegado el mes de mayo de 1896, la ansiedad aumentó porque de un momento a otro debía sobrevenir el alumbramiento de doña María Cristina.

El día 16, por la noche, comenzaron los síntomas.

«Se puso en la Real Capilla Su Majestad Divinísima de manifiesto—dice un testigo presencial de este interesante pedazo de historia—y se avisó a las comisiones que tenían derecho a asistir a la representación del regio vástago. El primer personaje oficial que acudió fué el presidente del Consejo de ministros, señor Sagasta. Entró en la regia Cámara, y dirigiéndose a la Reina, que tenía reclinada su cabeza en el hombro de su augusta madre, le besó respetuosamente la mano, pronunciando algunas sentidas palabras, que hicieron asomar lágrimas a los ojos de la Regente.

»Hallábanse con la Soberana, además de su madre, la infanta doña Isabel, la camarera mayor, duquesa de Medina de las Torres; la condesa de Sorrondegui, dama particular de la Reina, y la condesa Dann, dama de la archiduquesa Isabel.

»Antes de salir el señor Sagasta llegó el ministro de Gracia y Justicia, señor Alonso Martínez.

»—El momento se acerca—dijeron los doctores Candelas, Ledesma y Riedel.

»En el salón inmediato estaban ya las comisio-

nes. No hacía diez minutos que esperaban con respetuoso silencio, cuando se oyó el débil vagido de un ser que venía al mundo.

»El anciano marqués de Santa Cruz, derramando lágrimas, se asomó a la puerta de la regia Cámara, y con voz conmovida dijo:

»—¡Señor Sagasta, señor Sagasta!

»Entró el presidente del Consejo y salió inmediatamente, acompañado por el marqués y llevando una bandeja con el recién nacido.

»—Señores—dijo con voz entera el señor Sagasta—: un varón. ¡Viva el Rey!

»—¡Viva! ¡Viva!—exclamaron todos.»

Va a hacer, pues, veintiún años de estas cosas; ahora que vuelvan las golondrinas, y una nueva cuna se prepara ya en las reales estancias, para aquel que viene destinado por el azar misterioso de la vida a las angustias de una corona; a ejercer quizá en un día lejano lo que el Emperador de Alemania ha llamado «el duro oficio de rey».

1907.

LA EXPIACIÓN DEL CENTAURO

UNA breve estadística que tengo sobre mi mesa de trabajo, me hace saber que los caballos desaparecen de París.

El primero de enero de este año de 1908 había en la capital francesa «quince mil caballos menos» que en 1907.

Sólo la compañia de ómnibus emplea, gracias a los «autobus», cinco mil caballos menos que en 1997, y los coches de sitio han descendido de 12.300 a 10.400.

Esta pequeña estadística es por todo extremo consoladora, porque nos hace esperar para dentro de muy poco tiempo la supresión de un espectáculo, no por familiar menos terrible: el del metódico martirio de la «más noble conquista del hombre».

Cierto que nuestros pobres «hermanos inferiores» en general, nada tienen que agradecernos; pero en suma, hay algunos, como el gato, que mer-

ced a su gracia, a su elegancia suprema, logran una vida aceptable a nuestro lado.

Sólo el caballo parece condenado a misteriosa expiación.

El propio esplendor de los primeros años de su vida, cuando es «pur sang»; los cuidados de que se le rodea, no servirán sino de terrible contraste con la miseria de sus años futuros.

El caballo raras veces empieza bien, pero siempre acaba mal; y, lo que es peor, acaba lentamente, en un inconcebible infierno.

Se diría que en otra existencia ha pecado mucho.

¡Quién sabe, digo yo algunas veces, si purga el caballo las culpas del centauro!...

¡No sonriáis, amigos míos! Los centauros fueron grandes pecadores. Algunos se convirtieron, entre ellos aquel famoso, a quien cristianó un padre del yermo; pero los más murieron en su pecado de lujuria, de ira y de violencia!

Su estirpe lírica fué castigada en sus degenerados sucesores los caballos. Y el hombre, el viejo enemigo del centauro, encargado fué de este castigo.

Por eso, tras humillar los lomos de la gallarda bestia, gradualmente la llevamos de angustia en angustia, de tortura en tortura, hasta el desastre final de una plaza de toros, donde todavía podrá suceder que el supliciado no muera; que, despanzurrado, molido, sangrando de todas partes, sobreviva para la corrida próxima, a fin de que el cuerno implacable se revuelva aún en sus entrañas...

De todas las bestias, el caballo es la más humana.

Teophile Gautier, en su vieja y admirable descripción de una corrida de toros, nos dice estas palabras inolvidables:

Un cheval mort, est un cadavre; tout autre animal dont la vie s'est envolée, n'est qu'une charogne.

Los naturalistas, por su parte, nos han hecho notar desde hace mucho tiempo ese destello misterioso de humanidad que hay en el caballo.

Mientras los otros mamíferos—nos dicen—miran obstinadamente la tierra, el caballo levanta altivo la cabeza y mira cara a cara al hombre, y clava sus ojos hasta en el cielo mismo...

¡Quién sabe si busca en las nubes las huellas resplandecientes de su abuelo Pegaso, o el relampagueo divino de la cuadriga apolínea!

✠

Enardécese el caballo en los combates como el hombre mismo. Tiembla como el hombre también, ante lo desconocido. Es, por último, como el hombre, un ser nervioso por excelencia. De todas las bestias, además, acaso es la única que tiene conciencia de su hermosura. El caballo sabe que es bello, sabe que se le engalana con brocados, plata y terciopelos, y más orgulloso piafa entonces. Tiene el instinto del gesto patriota, y hasta cuando cae, en la hora suprema, sea en la arena embermejida y resonante, sea en el combate, sabe caer con elegancia...

El caballo es delicado como una señorita y fuerte como un atleta.

Ama el confort con epicureísmo también humano; se embriaga con nuestros vinos generosos y loquea con las burbujas áureas del champagne absorbido... Goloso, seguirá por todas partes la blanca mano que le ofrece el blanco azúcar... Piadoso, calentará con su vaho húmedo y tibio a su amo herido, e inclinará la cerviz para facilitarle ascenso a sus lomos elásticos.

Calígula hizo cónsul a su caballo. ¡Tuvo razón!

Tal vez en virtud de la excelencia de su naturaleza, es tan cruel su martirio.

Pero este martirio, gracias al automóvil, se aproxima a su fin. El caballo desaparecerá pronto del haz de la tierra.

Pronto la estirpe generosa no será ya criada sino para las carreras, para los hipódromos. Luego, un día, la moda seguirá derroteros diversos... Los últimos caballos irán extinguiéndose en los jardines de aclimatación, y por fin no quedarán sino en las estampas.

¡El centauro habrá purgado su delito! e irá a pacer la endiamantada yerba de los Campos Elíseos, al lado del viejo Nesus...

1908.

DEL ENCANTO DE LOS VIAJES

NUNCA ha habido en el mundo mayor avidez por los viajes, y nunca los viajes han sido menos interesantes, más monótonos que ahora.

¿Qué va a ver el hombre que deja su rincón amable, el aliento tibio de su chimenea, el confort suave de sus muebles familiares?

Dondequiera habrá de encontrarse con bulevares plantados de los mismos árboles, y que pretenden asemejarse a los de París, con hoteles más o menos malos e inhospitalarios, que se llamarán, invariablemente, «Hotel de Londres», «Hotel de Inglaterra», «Grand Hotel», «Hotel Astoria», «Hotel de París» u «Hotel Palais».

En todos ellos el viajero habrá de comer, por lo general, mal cocinados y con detrimento de su mísero estómago: *hors d'œuvres* variados, *consommé H* o *consommé R*, sopa *germaine*, huevos *cocotte*, a la *chancelière* o a la *Bechamel;* costillas de car-

nero con chícharos; compotas con crema, y pollos en cualquiera de los tres grados de tisis, fríos o calientes, con berros o con galantinas, en *ragout* o *sautes à la Cévénole.*

✠

En todos los hoteles habrá idénticos criados, con los idénticos fracs e idénticos rostros afeitados, que ni le servirán ni le sonreirán sino pensando en la propina, y que en cuanto la hayan recibido le volverán desdeñosamente la espalda; que examinarán y fiscalizarán todos sus actos, y que en sus tertulias bellacas de cocina, le pondrán como nuevo a murmuraciones y a injurias.

En todas las habitaciones que le toque en suerte, habrá una chimenea de mármol blanco, con un espejo de marco de talla... (o de yeso), y un invariable reloj Imperio, que hace muchos años que no cuenta las horas; una butaca de tapicería donde ha bostezado el esplín de mil viajeros, y un lecho de madera o de metal, donde se ha revolcado el insomnio de otros mil.

Nuestro inquieto turista saldrá a la calle y tropezará con las mismas vejestorias góticas y los mismos palacios estilo Renacimiento italiano, o francés, o español, o inglés. Por dondequiera transplantada el alma eterna de la Grecia, que el «genio» del hombre no ha acertado ni a mejorar ni a variar, ni siquiera a adaptar.

Muchos de estos edificios, de capiteles dóricos,

jónicos, corintios, de ábacos toscanos o de volutas compuestas (porque no hemos podido inventar más), serán Museos: Museos de Pintura (ya nos lo sabemos de memoria), de Escultura (los mismos mármoles mutilados, o sus copias, porque tampoco en esto hemos inventado gran cosa), Museos de Artes decorativas (los eternos mobiliarios Luis XIV, Luis XV, Luis XVI o Imperio, con todos sus accesorios), etc., etc.

El viajero recorrerá las salas embestido por guías y con un Baedeker colorado en la mano. No podrá detenerse ante un cuadro predilecto, porque sus horas y las de apertura del Museo estarán estrictamente contadas, y porque tiene la obligación de ver determinado número de obras maestras. Si no, ¿para qué viaja?

Por la tarde irá a pasear por el Bosque, ese inevitable Bosque, imitación del de Bolonia, que hay en todas las ciudades del Universo Mundo y que ni siquiera tiene el añoso y discreto encanto de nuestro Chapultepec.

Ahí verá desfilar los mismos carruajes con las mismas libreas y las mismas caras aburridas.

Al anochecer se refugiará en un café de moda, donde tomará un refresco hecho de quién sabe qué precipitados indefinibles, y oirá una polca o un vals tocado por tziganos de París o de Nápoles, vestidos de dormanes azules o rojos, con brandeburgos.

No podrá detenerse ni allí ni en ninguna parte, porque hay que llegar a las horas de comida de los

hoteles, a menos de exponerse a comer manjares inconfesables. Además, hay que vestirse... ¡hay que vestirse!

Luego de comer, irá a un teatro, en el cual cantarán cualquier ópera absurda, de esas que, según Flaubert, son como el amor: que lo fastidian a uno, pero a las cuales hay que volver... o bien representarán una pieza en la que invariablemente la mujer le será infiel al marido, acabando el enredo, según la moda del día, ya en duelo, ya en suicidio, ya en reconciliación y banquete.

...Y, por fin, para reposarse, la habitación «aquella», con la butaca de tapicería «aquella» y la chimenea de mármol blanco consabida, y el reloj Imperio que no anda... y hasta otro día.

Quedaba, hasta hace poco, el recurso de los países raros, exóticos, misteriosos. Pero ya no los hay. En Egipto, lord Cromer ha inundado los templos antiguos, merced a colosales obras de irrigación, que vuelven cultivables no sé qué enorme cantidad de hectáreas, y hoy Isis, la enigmática diosa, con su hijo Horus en los brazos, ve temblar melancólicamente su imagen, mientras se derrumba, en el espejo de las aguas...

Por otra parte, Egipto es ya como un bulevar de París. Los mismos hoteles, los mismos ingleses, americanos y rusos. Las Pirámides están alumbradas con luz eléctrica. Cerca de la Esfinge hay una

estación... En vez de la estatua de Memnon, que saludaba cantando la aparición de su madre la Aurora, las locomotoras inglesas lanzan sus chillidos trémulos que turban la secular majestad del desierto...

¿Y Atenas? Un barrio de París.

¿Y Tokío? Haciendo todo lo posible por parecerse a Londres.

¿Y el Niágara? Ya pronto no descrenchará en el vacío su turbulenta cabellera de iris... Todo él moverá turbinas. Se acabó el Niágara también, como se están acabando los canales de Venecia.

Ni la Naturaleza ni el Arte resisten a una fábrica de estampados o de papel de envoltura.

Por donde el negocio pasa, como el caballo de Atila, no crece ni la yerba...

Nos queda algo inédito, sí, en nuestro admirable México: los sorprendentes vestigios, los palacios y ciudades zapotecas y mayas... Ahí aún se puede meditar, aún se puede estudiar, aún se puede soñar. Un divino cielo azul los cobija y una naturaleza poderosa los enmarca y defiende. ¿Por qué la legión de artistas y sabios errantes no los prefiere a un barrio de Pera, a un insípido Bazar del Cairo, a una pobre ruina profanada, catalogada, numerada, de Tebas?

Madrid, abril, 1908.

LA SOMBRA DE UN GRAN REY

El otro domingo, aprovechando la misericordia de un sol que más parecía de mayo que de febrero, fuíme a Segovia a que me enseñaran una vez aún, en el admirable Alcázar, la estancia llamada de Alfonso el Sabio, donde meditó este gran Rey leyendo en el libro de diamante de las noches estrelladas, y que conserva todavía restos de primorosos alicatados, que respetó el incendio.

Llevaba debajo del brazo y me sirvió de lectura durante el camino, haciéndome saborear extraordinariamente la romería, la reciente edición de la *Primera Crónica General o Éstoria de España, que mandó componer Alfonso X*, y que don Ramón Menéndez Pidal publicó en la Nueva Biblioteca de Autores españoles, expurgada cuidadosamente de los errores e inexactitudes de que adolecían las ediciones anteriores, *devolviéndonos así redivivo el más grande monumento literario de la lengua.*

Los estudios filológicos, las depuraciones ligüis-

ticas, las investigaciones sobre los orígenes del idioma, gozan de gran favor en España, y no es la primera vez que en los tiempos recientes se vuelven los ojos de los eruditos hacia el Rey, que con su inmortal crónica *creó la prosa castellana.*

¡Pero, en cambio, qué poco se cuida nadie, y qué poco se han preocupado los sabios, del Alfonso X físico, del Alfonso X astrónomo! Y os aseguro que este Alfonso X es el más notable de todos, el más admirable, el más digno de estudio!

Cuando se piensa en lo que hizo, en el siglo nebuloso en que vivió; cuando se considera el esfuerzo potentísimo con que supo elevarse a las más puras concepciones del universo, se siente por él una gran admiración.

Nunca con más justicia la humanidad ha atribuído a un Rey el dictado de Sabio, después de Salomón; pues fué quizás Alfonso el hombre más instruído de su tiempo.

Las ideas sobre la constitución del mundo, que reinaban en su época (Alfonso X nació en 1221 y murió en 1294), eran absurdas hasta el heroísmo. Los más leídos conocían el Almagesto de Tolomeo y lo creían poco menos que un evangelio.

El Almagesto, o *composición matemática*, era algo así como una enciclopedia de los conocimientos astronómicos del siglo II de nuestra era.

Tolomeo reunió en él cuanto había pensado los antiguos sobre la constitución del Universo.

No era desconocida para Tolomeo la teoría de la rotación y de la traslación de la tierra, profesada por la escuela pitagórica; pero—dice un autor—intencionadamente se afilió al sistema primitivo, fundado en el sentido común, que algunos filósofos modernos han querido tomar como base de su doctrina.

Tolomeo no hizo más que reproducirlo y desarrollarlo.

¿En qué consistía este sistema? Pues sencillamente en suponer a la tierra centro del mundo, haciendo girar alrededor de ella al sol, a los planetas, a las estrellas... a todo el Universo.

Esto, en suma, natural es que se creyera en aquella época y no vale la pena de que en ello se haga hincapié; pero como las consecuencias que de tal sistema derivaban eran desconcertadoras, ya que no se podía prescindir de todos los fenómenos, sobrado visibles, aun para tales tiempos, de la traslación de la tierra, que según la teoría estaba inmóvil, Tolomeo recurrió al peregrino sistema de los círculos excéntricos y de los epiciclos, sustentados por los círculos.

Cada vez que se descubría el efecto de un nuevo movimiento del planeta o de los cuerpos celestes, se recurría a un círculo más.

Estos círculos, según muchos, eran de cristal. En ellos, como a modo de adornos en los biseles de un espejo veneciano, estaban incrustados los astros.

Afortunadamente, los rayos se producían más

abajo; que de otra suerte ¡cuánto destrozo en las alturas! ¡qué quebrantamiento de círculos y epiciclos de cristal! Habría sido el caso de preguntar *quién pagaba los vidrios rotos.*

Alfonso X, heredero del Imperio de Occidente, a cuyo globo de oro prefirió la corona de Castilla y de León, se dedicó desde su infancia a la Filosofía, a la Historia y a las Ciencias abstractas.

Fué él quien mejoró y engrandeció la Universidad de Salamanca y, sobre todo, quien, con la hábil colaboración de los sabios de la Sinagoga de Toledo, compuso las famosas Tablas Astronómicas que lo han hecho inmortal.

Sabido es el odio a los judíos que en aquella época latía ya en todos los pechos. Apenas si se les concedía que la verdad fuese verdad, aunque un judío la dijera. Alfonso X supo, sin embargo, con una grandísima elevación de criterio, sobreponerse a los prejuicios de su tiempo, y reunió un colegio astronómico integrado por judíos, para componer las tablas Alfonsinas.

Estos judíos se llamaban Ibraim-Musa-Jacob Albuena, Joseph Beni-Ali, Samuel El-Conejo, Jehuda El-Conejo, Abu-Ragel e Isaac Ben-Said.

El principal mérito de las tablas, que reemplazaron con ventaja las de Tolomeo, consiste—dice un autor—en la corrección de algunas épocas y en una determinación más exacta de la duración del año.

Cuatrocientos mil ducados costó al Rey la formación de estas tablas, suma enorme para la época, y hay quien afirma que el amor a la ciencia y a la observación exacta, que acusaban, fué el que más enemigos le hizo y el que más tarde llegó a desposeerle del trono, aunque no es ésta una aserción comprobada.

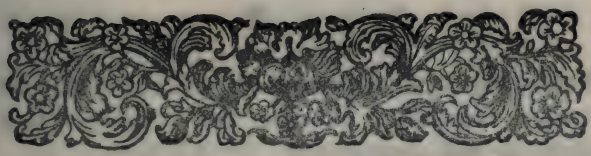
✠

Cuando Alfonso X, llevado por su afición al estudio, se enfrascó en el Almagesto de Tolomeo, cuentan las crónicas que se le indigestó horriblemente.

Por más que el buen Rey se rompía la cabeza, no acertaba a conciliar todos aquellos círculos y epiciclos, y se refiere que un día, harto de tanta complicación y alambicamiento, exclamó con mezcla de sorna y despecho:

«¡Si Dios, cuando creó el mundo, me hubiese llamado a su consejo, las cosas habrían estado mejor arregladas!»

Y mientras pienso en esto, que pasó hace más de seis siglos, contemplo, desde la torre del Homenaje, la luminosa y apacible tierra castellana, por donde manso canta el Eresma, y que se hincha a lo lejos en las primeras ondulaciones del Guadarrama, todo blanco de nieve...



SUPREMO ABRAZO

No temáis la muerte—dicen a los rifeños sus santones—; la muerte es la antesala del paraíso; es la puerta de un gran harem celestial lleno de deleites. En ese harem hay maravillosas fuentes de mármol en que el agua canta a la siesta su canción; hay galerías profundas, llenas de frescura, alfombradas de los mejores tapices de Persia; discurren por ellas mujeres de ojos claros, de gordura prometedora, y un continuo éxtasis transporta los sentidos... ¡qué importa que os mate un perro cristiano si os aguarda tamaño regalo!»

Y el pobre moro, tostado por el implacable sol, harto de comer alcuzcuz y de saborear por todo refinamiento un higo chumbo; el pobre moro, cuya vida ha sido una perenne sed entre las amarillas perspectivas del desierto, se lanza a morir con cierta ansia amorosa. Agazapado tras las chumberas, acecha al español y dispara con precisión ad-

mirable, hasta que el español descubre su escondite y venga, metiéndole el sable por la garganta, la muerte de sus compañeros.

Cae el moro, pero aún en las convulsiones de su agonía sus ojos se iluminan con la claridad de un ensueño, con un espejismo de bienaventuranza.

Las palabras del santón que oyó en cierta tarde, cuando el sol se desplomaba en una catástrofe de oro, dichas con una prolongada y plañidera cadencia, cantan aún en sus oídos, que van cerrándose lentamente a todos los rumores de la tierra:

«La muerte es la antesala del paraíso—clama esa voz de inflexiones lejanas—; es como la puerta de piedras de un gran harem celestial, lleno de deleites. En ese harem hay maravillosas fuentes de mármol en que el agua canta a la siesta su canción edénica; hay galerías profundas llenas de sombra; hay avenidas de datileros penetradas de frescura. Por ellas discurren mujeres de ojos claros, de gordura prometedora, y un continuo éxtasis suspende los sentidos...»

El moro extiende los broncíneos brazos musculosos, y con movimiento de amor los cruza luego sobre el pecho, como si, habiendo asido su ensueño, lo estrechase al morir sobre su corazón...

Abrazado con su quimera, entra en el suave reino de la Inconsciencia... A lo lejos, las gargantas bravas del Gurugú se erizan de muerte; más a lo lejos, albean los aduares... Del otro lado está el mar azul...

El clamor de guerra y de heroísmo va extinguiéndose por fin, lentamente, en el campo español, ante

las primeras estrellas que florecen en un cielo sin mancha.

La chumbera se ha vuelto negra, pero en su negrura hay una claridad que guía a los moros, elásticos y silenciosos, los cuales avanzan con infinitas precauciones, para recoger los cadáveres de los suyos o rematar a sus heridos. Esta claridad es la del jaique del rifeño muerto...

Cuando llegan, éste aparece ante sus ojos en su actitud de perenne abrazo. Sus músculos se han vuelto de acero, merced a la rigidez final, sobre su pecho de bronce... ¡Ya no se le escapará la quimera! Presa la tiene para siempre... Aún su descarnado esqueleto habrá de estrecharla... «Hay galerías profundas, llenas de sombra... Por ellas discurren mujeres de ojos claros... El agua diáfana canta a la siesta su canción voluptuosa...», ¡parece repetir el viento de la noche!

¡Oh buen santón, que supiste dar a la tribu tan poderoso alimento de ensueño: complácete en tu obra! Mira la expresión de esos ojos vidriados: todavía hay en ellos éxtasis; mira el pliegue de esa boca severa... Aún flota sobre ella el fantasma de un beso! Tú sabías bien, ¡oh piadoso entre los piadosos, que si la ilusión es indispensable para la vida, es aún más indispensable para la muerte...! ¡Para la muerte, que es acaso la ilusión suprema!

EL MODERNISMO

No cabe ya dudar de que hay una escuela, una tendencia, una modalidad literaria que se llama o a la que han dado en llamar «modernismo». Yo, menos que muchos, podría negar su existencia, pues que a ella debí la singular predestinación de haber sido durante diez años, cuando menos, agredido en mi país por una infinidad de señores, cuyo ideal sería que todos escribiésemos como Grilo, y a quienes el progreso altera la digestión.

No sé lo que los demás entenderán por modernismo. Malicio que ni en América ni en España nos hemos puesto aún de acuerdo sobre la significación de tan socorrida palabreja; pero por lo que a mí respecta, creo que ni hay ni ha habido nunca más que dos tendencias literarias: la de ver «hacia fuera» y la de ver «hacia dentro». Los que ven hacia afuera son los más. Los que ven hacia dentro son los menos.

Los que ven hacia fuera no perciben sino las grandes líneas, los grandes relieves de las cosas. Los que ven hacia dentro se asoman al alma íntima, arcana, misteriosa, de las cosas mismas.

El hombre no ha sabido, hasta hace muy pocos años, ver la naturaleza. Ha pasado frente a la montaña sin ocurrírsele otras ideas que las de que era grande y estaba coronada de nieve. Ha pasado frente al mar sin ocurrírsele otras ideas que las de que era inmenso y estaba coronado de espumas. Ha pasado bajo el infinito, bajo el aplastante abismo, sin ocurrírsele sino que era azul y que estaba salpicado de astros.

Ha pasado frente al alma humana sin ver más que sus grandes ímpetus, sus grandes pasiones, sus intensos contrastes de luz y de sombra.

De esta rudimentaria manera de ver al mundo han nacido las grandes epopeyas, desde la *Iliada* hasta *Los Castigos*.

De esta infantil manera de ver el alma humana ha nacido la enorme caterva de poetas que en todos los idiomas nos han cantado el amor, los celos, la ira, el valor, la desesperación, la envidia, las grandes luchas, las grandes catástrofes, ¡qué sé yo!

Pero los sentidos de la especie, singularmente los sentidos del poeta, que es el ser representativo, por excelencia, de la humanidad, se han ido afinando y hemos empezado a ver «hacia dentro». Hemos comprendido que las montañas, el mar, los astros no son más que grandes aglomeraciones de materia o grandes equilibrios de fuerza. Que lo úni-

co notable que había en ellos era su desproporción con la pequeñez física del hombre y con la debilidad de nuestra concepción espiritual; que lo verdaderamente grande en el Universo, las fuerzas que lo rigen, y la explicación de sus enormes destinos, está en lo infinitamente pequeño, en lo imperceptible, en lo invisible; que hay rumores más vastos que el rumor del viento, luces más admirables que la luz de los astros, perfumes más suaves que el perfume de las flores; pero que es fuerza dilatar los oídos y los ojos y las alas de la nariz para percibirlos.

Que, por último, todas las cosas tienen una fisonomía especial, una alma, una vida poderosísimas; que es necesario, en el silencio del espíritu, pegar el oído al vasto pecho de la tierra para escuchar os cien mil latidos de sus cien mil corazones; y que seguir cantando al mar, a la montaña, al cielo, así, en bruto, sin contemplar sus tenues e infinitas estructuras maravillosas, sus variadísimas modalidades, la innumeridad de sus matices y el milagroso enredo de sus afinidades secretas, es ofender al cielo, al mar y a la montaña.

Naturalmente, para auscultar estos latidos íntimos del Universo, así como también las íntimas pulsaciones de los nervios modernos, del alma de ahora, hemos necesitado nuevas palabras. Las que nos legaron nuestros padres fueron hechas para designar las grandes líneas, las grandes perspectivas, los grandes relieves de que hablaba yo al principio. Para decir las nuevas cosas que vemos y

sentimos no teníamos vocablos: los hemos buscado en todos los diccionarios, los hemos tomado, cuando los había, y cuando no, los hemos creado.

Las viejas combinaciones gramaticales, los viejos arreglos fonéticos, habían perdido, además, su virtud primitiva. Eran un «sésamo, ábrete» que ya no abría nada. Su poder de expresión estaba agotado. La humanidad pensaba y hablaba con locuciones rituales, con frases hechas, que le distribuían en cada generación los académicos. Hemos creado nuevas combinaciones, nuevos regímenes; hemos constituído de una manera inusitada, a fin de expresar las infinitas cosas inusitadas que percibíamos.

No es posible ejecutar los murmurios de la selva del *Sigfredo*, de Wágner, con dulzainas, chirimías, zampoñas y rabeles; y los escritores clásicos, Cervantes inclusive, no nos podían dar instrumentos para una música que no conocieron, no nos podían legar lo que no tenían en su tiempo.

Ahora bien: a esta imperiosa necesidad de expresión, a esta exigencia de la Naturaleza múltiple, misteriosa y divina, que quería externar para nuestros sentidos, más perfectos ya y afinados, lo mejor de su alma, hasta entonces ignorada, ha respondido un grupo de hombres, a veces inconscientes, pero instintivos; a veces conscientes, seguros de lo que percibían y ansiosos de divulgarlo.

Estos hombres se han llamado: en la cultura francesa, Verlaine, Mallarmé, Moréas, Regnier, Rimbaud, Francis Jammes (los flamencos Rodembach,

Maeterlinck, Verhaeren, etc.); en la cultura italiana, D'Annunzio; en la cultura hispanoamericana, Rubén Darío, Leopoldo Lugones, Enrique Gómez Carrillo, Valle-Inclán, los Machado, Villaespesa, José Juan Tablada, Salvador Díaz Mirón y Luis G. Urbina (en su última forma), Guillermo Valencia, Julián del Casal, José Asunción Silva, etc.

Se les ha apodado «modernistas». Bueno. Lo mismo da un nombre que otro.

Dentro de veinte años, nuevos poetas, más sutilizados, tanto cuanto lo estarán las almas, los nervios y los sentidos de nuestros hijos, dirán y cantarán cosas junto a las cuales nuestros pobres «modernismos» de ahora resultarán ingenua senectud. Y así sucesivamente, porque el mundo marcha a pesar de los que aún escriben acrósticos, a pesar de los gramáticos, de los retóricos y de los comentadores del *Quijote*.

YAGO

YAGO es un símbolo eterno, ubicuo, omnividente, sinuoso, maquiavélico; está como la espina en todos los perfumes. No hiere, pica; no apostrofa, sugiere. En sus ojos, profundamente negros, llamea imperceptible e impreciso un misterioso encono.

¿Por qué sufre Yago con el bien de los otros? Sufre porque él no lo tiene. Ha resuelto vengarse de la propia desventura en la ventura ajena.

Puesto que la vida le ha hecho malo, será más malo que la vida. «Creo en un Dios cruel que me ha creado», dice Yago en el libreto de Arrigo Boito...

En otro tiempo se decía: «No hay paraíso sin serpiente»; hoy se dice: «No hay amor sin Yago.»

«Entre lo que hablamos de un amigo o de una amada—afirmaba Dumas II—y lo que se les refiere, media siempre un abismo de maldad o un abismo de tontería.»

Media sencillamente Yago.

Acaso este siniestro tipo es providencial. Constituye la sombra necesaria para que no nos enamoremos demasiado de la luz.

Las almas confiadas en que florecen el amor, la fe y la esperanza sin esfuerzo, como las rosas, serían capaces de hacer un edén de la tierra y no es bueno que la tierra sea un edén. Por eso en medio de los esplendores de ese amor, de esa fe, de esa esperanza, se realiza la siniestra epifanía de Yago.

Yago no cree en los amores desinteresados que se difunden como las gomas de Oriente, como la canela, el incienso, la mirra y el nardo, sin otro fin que el de perfumar.

Yago rechina los dientes ante la confianza llena de abandono y de gracia de un cariño que dormita sonriendo en el hombro de otro cariño.

Él es quien pone en las almas adolescentes esos dejos de escepticismo absurdo que emponzoña todos los ímpetus sanos, antes de que se haya bebido el cáliz amargo de la vida.

Él es quien nos ha enseñado estas palabras: cautela, desconfianza, duda... Estas palabras constituyen el léxico de Yago.

La fe no puede argumentar con él: porque los argumentos de Yago son tan especiosos como sofísticos; no hay cogitaciones ni voliciones que los resistan.

¡Ay de la flor que se deja besar por un escarabajo!

¡Ay del cariño que se deja besar por Yago!

¡Yago es el mal absoluto, la única sombra sin luz!, y así como no se puede ver a Dios sin morir, asimismo no se puede ver a Yago y ser dichoso.

Doncellita de diez y siete años que sonríes, tras de los claveles y la albahaca de tus macetas, al estudiante pálido y pensativo que pasa... Cuídate de la amiga íntima que te besa en las mejillas: es Yago.

Estudiante pensativo que pasas vislumbrando una flor menos roja entre los claveles rojos del balcón de enfrente, una flor que sonríe... Cuídate del compañero mayor que tú, que anuda su brazo a tu brazo y te tiende una red de curiosidades discretas para que en ella caigan tus confidencias de niño: ¡es Yago!

Alma ayer abierta a la esperanza y hoy víctima de sombra inesperada y extraña... Vela, vela por tu dicha.

Esa sombra es Yago que pasa.

UNA FIESTA DE CABALLEROS MEXICANOS

No, amigos míos, no vamos a hablar de una de esas fiestas de señorones americanos seudo-europeizados que viven la mayor parte de su vida en los Parises, y en cuyos salones *(le monde où l'on s'ennuie)*, veinte o treinta *snobs* aburridos juegan al *bridge*... o hablan mal del dueño de la casa!

Se trata de una espléndida, de una suntuosísima fiesta organizada en Madrid por caballeros mexicanos y caballeros peruanos, en honor de los reyes de España.

De esta fiesta no ha hablado ningún diario de la Corte. Ningún *Montecristo*, ningún *Madrizy*, ningún *Rubryck* ha escrito melífluas crónicas, no obstante que lo visto ha superado en pompa y riqueza a cuanto suele hacerse.

No culpemos, sin embargo, a los suaves cronistas de salones. Por lo que ustedes leerán después, no estaban ellos en aptitud de reseñar la diversión...

Yo sí lo estoy, por dos razones: la primera, por-

que se efectuó al aire libre, en la calle de Bailén, donde se yergue, como ustedes saben, el Real Alcázar, y donde vive también este afable amigo de ustedes; la segunda, porque se me han dado todos los datos, los pormenores todos.

Si los periódicos nada mencionan, débese a que esta fiesta se celebró... hace ya *algún tiempo*, el día de San Ildefonso, Patrón de España y Santo del nombre del Rey, el 23 de Enero... del año de *mil y quinientos y setenta y dos!*

El rey de España se llamaba entonces Felipe II, y los caballeros mexicanos y peruanos que lo obsequiaron encontrábanse en la Corte negociando variso asuntos.

La relación de la fiesta se halla entre los papeles del Conde-Duque de Olivares, maltratados por el fuego; mas no tanto que no haya podido leerse lo que dicen. Estos papeles se encuentran en el precioso archivo de mi distinguido amigo el duque de Alba. Están en las «Relaciones de Ultramar» y acaso no sea inoportuno reproducir siquiera parte de lo que cuentan, por lo curioso y porque acercándonos a la celebración del centenario, viene a pelo toda conmemoración de nuestra bella historia, tratándose sobre todo de desfiles y cabalgatas, que pueden sugerir nuevas ideas a los organizadores nuestros.

Sólo, sí, con perdón del Conde-Duque, modernizaré la ortografía, para no hacer muy ardua la labor de las linotipias, máquinas ultramodernas que no gustan de antiguallas tipográficas.

He aquí, pues, la relación, con su sabrosísimo estilo peculiar:

«La plaza que está delante de Palacio se atajó con tablados señalados a los consejos y grandes y otras personas, dejando un gran cuadro para la fiesta, muy bien aderezado el suelo, y tenía dos puertas, la una junto a San Gil y la otra arrimada al muro fronterizo de las Caballerizas, y toda la gente procuró de ir muy temprano, porque se creía que había de haber gran apretura, por tenerse concedido gran opinión de que había de ser muy buena fiesta.

»Sus majestades el rey y la reina, nuestros señores, se pusieron en la reja grande que está sobre la segunda puerta de palacio, donde estuvieron la serenísima princesa de Portugal y los príncipes de Bohemia y las damas en sus lugares, y todo lo demás de palacio y de la plaza lleno de gente esperando los jugadores, los cuales casi a las cuatro de la tarde llegaron con gran música de trompetas y atabales y menestriles, y vinieron hechos dos alas, cada una de veinte caballeros y cada ala dividida en cuatro cuadrillas. Entraron todos con sus lanzas y adargas. Los de la una ala *eran veinte caballeros de la Nueva España*, y los de la otra eran veinte caballeros del Perú.

»Los del Perú venían vestidos a modo de indios de cierta provincia que hay en aquel reino, con camisetas de terciopelo amarillo y mantas de raso amarillo, con ciertas bordaduras muy anchas de plata, que casi tomaban todos los campos, y en las

cabezas los tocados que suelen traer aquellos indios, que son como albaneses, de terciopelo negro, y una medialuna y una saeta de chapería de plata muy grandes, sobre los capeletes, y muchas plumas en ellos. Delante de los pechos traían una plancha de plata bruñida, y en los brazos brazaletes de la misma plata, y sus máscaras, hechas al natural, como de indios, con sus perlas o piedras en las barbas y gregüescos de terciopelo amarillo y borceguíes colorados con lazos grandes, todos de una misma hechura.

»Los de Nueva España también venían vestidos al modo de aquella provincia, con camisetas de raso encarnado y mantas de terciopelo verde aforrado en raso blanco (1). Las camisetas venían guarnecidas con ciertos bastones y follajes romanos, hechos de chapería de plata, con sus largos de la mesma chapería, que los tomaban todos. Las mantas también estaban guarnecidas con otra chapería de plata, que tomaban desde los codos hasta los hombros, y allí avi... (2), donde se ponían muy grandes plumajes y lo mesmo en las cabezas. Traían todos c (abe) (3) lleras de una mesma manera y máscaras «con sus esmeraldas» en las barbas y gregüescos de terciopelo verde y los borceguíes como los del otro puesto.

»Ninguno de todos cuarenta ovo que no llevase

(1) Los tres colores nacionales de después...
(2) Quemado el papel.
(3) Idem id.

cuatro o cinco caballos con muy buenos jaeces, y los más comprados de nuevo para la fiesta.

»En medio destas dos alas de los cuarenta caballeros venían unas andas, en que traían dos hombres muy ricamente vestidos a modo de indios, que representaban a Moctezuma, rey de México y Nueva España, y a Atabaliba, rey del Perú. Traían las andas ciertos indios, y alrededor dellas venían ciento y veinte indios a pie, la mitad vestidos al modo de México, con flechas y saetas en las manos, y la otra mitad del Perú, con sus máscaras y plumas, tan al natural los unos y los otros, que quien conoce los que allá viven, afirmara ser estos dellos. Todos venían gritando como suelen hacer los indios en sus regocijos.

»Con esta orden parecieron estos dos reyes ante Su Majestad, diciéndose que habían sabido el próspero nacimiento del príncipe don Fernando, nuestro señor, y que venían de sus tierras con aquellos sus vasallos a regocijar tan buena nueva. Su Majestad los mandó subir a un tablado que estaba hecho para aquel efecto, donde estuvieron con sus sombras de plumaje y sus moscadores grandes, en la forma que solían andar los que representaban, y habiéndolos puesto en su tablado, los cuarenta caballeros, habiendo hecho su acatamiento, se volvieron a salir por la mesma puerta de hacia San Gil, por donde habían entrado.

»Fuéronse los cuarenta caballeros por detrás de los tablados hasta la otra parte que estaba junto al muro frontero de las caballerizas, y de allí, con

toda su música delante, hicieron su entrada de juego de cañas, *tan concertadamente y tan como hombres de a caballo, que pocas se han visto en este Reino más dignas de ser vistas, porque todos los caballos que llevaban eran escogidos y ellos muy usados en aquel ejercicio*.

»Después corrieron de dos en dos por toda la plaza, hasta que se les cansaron los caballos y se tornaron a salir por la mesma puerta y tomaron otros, y con sus adargas y varas tornaron a entrar, también corriendo, hasta que vinieron a quedar en los puestos donde habían de jugar.

»Comenzaron, desde luego, el juego, el cual duró tres cuartos de hora, con grandísimo concierto y orden, porque los cinco que salían cada vez no volvían adonde salieron, sino al lugar más bajo en aquella hilera, y en partiendo ellos se llegaban otros cinco a ocupar aquel puesto de donde habían de partir, y los contrarios nunca partían de su puesto hasta que los que venían habían desembarazado y tenían vueltos los rostros de los caballos para retirarse, y desta manera nunca obo desconcierto ni caballos rezagados, y fué mucho no haber algún caballo desbocado que no parase hasta meterse por el puesto contrario, y aunque traían determinación y alientos para jugar una hora entera, como lo suelen hacer en las Indias, pareciéndole a Su Majestad que los caballos andaban muy cansados, mandó que los menestriles los despartiesen, y ansí se salieron todos en buen orden, sin turbar los puestos ni aun sin dejar los compañeros, y toman-

do otros caballos frescos, con sus lanzas y adargas, volvieron a entrar al galope por la puerta y comenzaron entre sí una escaramuza cuan bien ordenada se puede imaginar, y tan semejante a la verdadera, que no faltaba sino alancearse. En la cual se mostraron todos hombres muy diestros a caballo, porque con andar tan mezclados que apenas se conocían, en un punto se tornaban a dividir los puestos, saliendo unos de otros como si nunca se obieran juntado, y desta manera duró buen rato la escaramuza, que a todos pareció cosa muy nueva y muy señalada.

»Sintiendo ya cansados los caballos, se volvieron a salir de la plaza, y tomando otros con varas en las manos, tornaron a entrar en ella y corrieron muchas carreras de dos en dos y de cinco en cinco, y después de veinte en veinte, lo cual duró hasta que les faltó la luz y entonces volvieron a tomar sus Reyes como los habían traído, y haciendo acatamiento a Sus Majestades, se salieron de la plaza, y tomando hachas, anduvieron de la mesma manera por las más calles de Madrid, con gran regocijo y contento de los que no habían visto la fiesta.

»A Su Majestad le pareció tan bien la fiesta, que les envió a agradecer cuán bien lo habían hecho y la obligación que se quedaba de hacelles por ello merced, y en un billete que sobre ello escribió al Presidente del Consejo de Indias, decía tres veces que la fiesta había sido muy buena, y es cosa bien de considerar que de solos los negociantes de aquellas provincias que aquí se hallaron, se haya

podido ordenar una tan lucida y señalada fiesta, *que no hay quien haya visto en Castilla otra más concertada:* que cuanto a la riqueza bien se entenderá que tal fué, pues se cree que les ha costado más de diez mil ducados.»

⊠

¿Verdad que la relación no puede ser más fresca, ágil y vivaz?

¿No veis, merced a ella, las lucidas cabalgatas, como yo las veo desde mis balcones de la calle de Bailén... cerrando, por supuesto, los ojos?

Del relato se desprende que los mexicanos de hace trescientos treinta y ocho años eran ya de los mejores jinetes del mundo.

Sirva esto para que se huelgue, como es debido, el natural orgullo hereditario de nuestros charros de ahora, tan entusiastas devotos de Santiago como los españoles rancios que hicieron ese enorme poema de la Reconquista.

EL ENLUTADO QUE REZA

Un hombre alto, muy moreno, de recio bigote entrecano, cortado a la inglesa, vestido de negro, se pasea lentamente por el bulevar, a la hora febril en que el tráfico y el movimiento vespertinos llegan a su colmo.

Lleva un sombrero hongo guarnecido de blancas cruces de cartón. Su levita es casi talar.

Lee en un libro de horas.

En su rostro hay contracciones penosas que dejan adivinar el esfuerzo que su voluntad impone a su rubor.

Aquel hombre tiene vergüenza de las mil, de las cien mil miradas curiosas que se clavan en él al pasar, como enjambre de alfileres con alas.

Es un místico (a menos que sea un *bluffer*).

Y yo al verle me complazco en creer que, como ciertos viejos santos de la Edad Media que bailaban y cantaban ridículamente en las calles para re-

cibir afrentas por amor de Dios, este hombre alto, moreno y gesticulante, se ha impuesto el tremendo sacrificio de ponerse en evidencia todos los días en la capital del mundo, acorralando y aun atando sin piedad el respeto humano.

Y como nada en la tierra me cautiva y seduce más que la voluntad, la voluntad que sume a los yoguis en sueños catalépticos de cuarenta días, la voluntad ante la cual el universo es de cera, yo admiro a este hombre enlutado.

Alzad los ojos. Por la atmósfera tibia de París (donde los castaños y los plátanos saben ya que llegó la primavera), pasa un aeroplano... ¡dos aeroplanos!

Espectáculo prodigioso que se va volviendo familiar para este pueblo, que no sabe ya asombrarse de nada.

He allí, pues, en la altura, otro esfuerzo de voluntad: la voluntad humana que pasa volando...

Veo la máquina, cuya crepitación distante se adivina apenas.

Bajo los ojos y veo al hombre que por amor a Cristo se pone en evidencia.

¡Dos locos!

El de arriba, con su locura impía de las alas que enoja a los dioses; el de abajo, con su locura de amor, locura mística que San Lorenzo Justiniano atribuye a Dios mismo.

—Vimos—dice—a la Sabiduría, por la magnitud de su amor a los hombres, vuelta loca.

¿Y cuál de estas dos voluntades es superior, mis amigos?

—«La del vuelo», diréis.

¡Es que las dos vuelan!

¡No avaloréis la voluntad por los *resultados prácticos,* sino por la excelencia de la voluntad misma!

El oro vale lo propio cuando adquiere un pan que cuando adquiere un perfume.

Lo esencial es tener voluntad.

En este siglo de abúlicos, yo admiro al hombre que sabe querer.

¿Querer qué?

Cualquier cosa, pero querer algo.

A él sólo toca estimar el prestigio de lo que quiere.

Este enlutado que reza en los bulevares quiere destruir en él su miedo a la risa de los hombres; quiere descargar su espíritu de esos grillos que pone implacable la opinión; quiere libertarse de la humanidad; quiere hincar la lanza de su voluntad en el dragón del *qué dirán:* quiere, en suma, arrancarse a la puerilidad del mundo para poder volar.

¡El otro vuela ya, vuela en su biplano crepitante!

Pero este enlutado volará más alto... ¡donde ya no hay atmósfera!, donde se asfixian nuestros pobres pulmones y sólo se cierne el halcón real del ascetismo...

¡Admiremos a los dos!

¡Los dos son grandes en este París, donde se codean los locos de todo el planeta, a pesar del influjo de la atareada multitud, que sólo desea que no se retarde la hora de la sopa!

ELOGIO DE LA VEJEZ

Una buena amiga, hace muchos años desaparecida, solía, en sus frecuentes y sabrosas pláticas, hacerme el elogio de la vejez.

Ella no era precisamente una vieja. Hallábase más bien en ese período que don Justo Sierra llamó elegantemente «la adolescencia de la ancianidad». Pero había logrado conquistar ya una gran porción de quietud para su espíritu.

—Ustedes, los jóvenes—solía decirme—viven en una perenne zozobra. Todo los inquieta. El brioso caballo de los treinta años, corre—un poco inútilmente—a través de vanos obstáculos. Viven ustedes devorados por el fantasma del futuro. Todo lo vuelven mañana. El hoy, la única realidad, no cuenta, y resbala de las manos febriles sin dejar jugo de nada... Pero llega un día en que os percatáis de que ese mañana ilusorio no es más que un hoy que llega después; que el presente no sólo es padre,

sino imagen y pauta del futuro; que vosotros estáis creando fatalmente ese futuro; que la esperanza loca de bellas cosas, de sucesos inesperados, que palpita en lo más hondo de vuestras entrañas, loca esperanza es...; que lo extraordinario en puridad no existe en la vida; que la verdadera existencia está tramada de una sucesión de días incoloros, de sucesos triviales, de penas comunes... Sólo que para darse cuenta de esto con claridad, se necesita haber pasado ya de la época de turbación y de engaño que se llama juventud. Una vez que se entera uno de lo que digo, a saber: que nada fantástico ni extraordinario podemos esperar de la vida; que el mañana no es ni puede ser distinto del hoy; que no es racional pedir a nuestros días más de lo que ellos pueden darnos, desciende sobre nuestros espíritus una gran paz... La paz, en efecto, no está en la esperanza, sino en no esperar nada.

Confieso que estas ideas me parecían paradójicas, y que, a pesar de ellas, mi miedo a la vejez no se aminoraba.

Sin embargo, no era mi amiga la sola defensora de los años encanecidos.

Riva Palacio había dicho en uno de sus mejores sonetos *que tiene la vejez horas tan bellas como tiene la tarde sus celajes, como tiene la noche sus estrellas,* y, recientemente, como para reafirmar estas cosas, la dulce, la íntima y discreta reina Isabel, de

Rumania, nos regala con un caudal de pensamientos suaves y consoladores acerca de los sesenta años:

«Desde mi primera juventud—dice—he deseado llegar a los sesenta años, porque siempre creí que esta edad era de paz y de olvido.

Heme aquí llegada a ellos, y ahora advierto que esta edad es aún más bella de lo que yo imaginaba. Voy a deciros cómo es, para que os regocijéis, sabiendo que tras una vida larga, y a veces trabajosa, llega para todos una época de íntima serenidad espiritual:

Es como si comenzase para ti una nueva infancia, una vida nueva; es como si dejases lejos, a la espalda, todo cuanto te ha apesarado la existencia. Sólo entonces te parece entrar de veras en el reino de la luz. Es la cesación de todo resentimiento y de todo odio; el perdón para cuantos te causaron daños y dolores: «Bien se ve que no han sabido cuánto mal hacían, pues de otra manera no hubiesen tenido ánimo bastante para hacerlo.» Entonces pasas indiferente junto a las cosas que tanto y por tan largo tiempo has anhelado poseer y ni te atraen, ni las deseas, pues has visto cómo todo es pasajero y nada, en el fondo, necesario.

Cuando te hallas cerca de los sesenta años, sientes la impresión de que ya no te queda gran cosa que aprender en la tierra y de que no has de realizar grandes trabajos como castigo.

Sesenta años son como una corona compuesta sólo de aire y de éter, la cual el buen Señor Dios,

con gran complacencia y con ligera mano, te coloca sobre los blancos cabellos, de suerte que te parece haber ganado tanta paz, que puedes infundirla en el corazón de tus prójimos, como una promesa de aquella otra paz que sonreirá a tu espíritu cuando hayas agotado todas tus fuerzas en mover los pesados molinos, en los que has maquilado toda la vida los granos de oro del deber.

Entonces es cuando llega por fin el verdadero sentido de la alegría, la cual no consiste ya en el hecho de que nada nos quede por hacer, sino en la impresión de que cuanto hagamos podemos hacerlo más ágilmente que en el pasado, de forma que ya no nos ocurra ahorrar nuestras últimas energías, aunque sí podemos reposar de vez en vez y sentarnos y sosegarnos, y recordar y lanzar la vista hacia lo futuro, o lo que es igual, mirar hacia el cielo.»

✠

¿Es sincera esta página? Yo creo que sí; que es de una gran sinceridad. ¿Es exacta? Presiento también que sí; que los dos límites de la vida, la infancia y la vejez, cuando esta última no está abrumada por la miseria o por dolencias físicas excesivas, son como dos playas sosegadas y deleitables, que doran el sol de la mañana y el sol de la tarde, y que entre las dos playas está el caudal turbulento de la juventud, martirizada por todos los deseos y todos los desengaños, por todos los tedios

y todas las tristezas; época de perpetuo tantalismo, en que vamos por el polvoroso camino en carrera frenética detrás del mañana, sin advertir jamás que al margen de la ruta hay frescura de árboles, olor de flores, embeleso de agua límpida que resbala...

El viejo, en cambio, se sienta a la sombra del árbol hospitalario y ve pasar la caravana...

Piensa y obra con supremo sosiego, y ya Budha nos dijo que el supremo sosiego es la suprema sabiduría.

LA CARETA

HACE muchos años, en ocasión en que vivía yo atormentado por hondas preocupaciones, tuve un día, súbitamente, la idea de acercarme al espejo. Durante largas horas, la angustia de mi alma había sido de tal suerte intensa, que me movió la curiosidad de ver en mi rostro la huella que la inenarrable agonía secreta debió grabar.

¡Pero nada! Mi faz angulosa no dejaba adivinar el menor rastro de la inefable pena. Mis ojos tranquilos no mostraban fulgor alguno insólito ni sombra alguna reveladora. Mi fisonomía era la de un hombre sosegado e indiferente, sin más característica que la de cierta vaga y como lejana expresión de melancolía.

¡Qué admirable máscara es el rostro humano!—pensé—. Pueden las borrascas más furiosas barrer todas las arquitecturas espirituales, demoler la fe, la esperanza, cuanto es razón y pretexto para vivir, y la fisonomía no cambiará por eso.

Si es dura o inexpresiva, inexpresiva y dura seguirá siendo. Si acogedora y sonriente, nada bastará a ensombrecerla.

Más aún, casi siempre el aspecto exterior será la contradicción del aspecto interior. Así como el lenguaje sirve para desfigurar el pensamiento, así la fisonomía física sirve para desfigurar la fisonomía moral, con esta diferencia: que el disfraz que la palabra proporciona a la idea es deliberado, y el que la cara proporciona al alma es involuntario y fatal.

Nada más inocente que pretender hallar en la fisonomía los rastros de las pasiones; de los vicios y morbos interiores.

El asesino astuto, cruel, despiadado, tendrá una cara rebosante de crasitud, de color y de bonhomía. El hombre cenceño, gesticulante, de aspecto agrio, de adusta mirada, de rasgos y líneas enérgicos, será un infeliz bonachón, incapaz de decir a nada que no y a quien puede conducirse con un cabello a todas partes.

El de mirada dulce y húmeda será fríamente tirano; el de sonrisa acogedora será imperioso y enérgico, capaz de imponer su voluntad a cuantos se acerquen a la vasta zona de su influjo.

La mujer de apacible mirada azul esconderá odios implacables. La de fieros y fulgurantes ojos ¡será mansa como una cordera!

¡Qué frecuente es exclamar: «Fulano, a primera vista, me pareció antipático. Ahora somos los mejores amigos», o viceversa!

Y en efecto, casi podríamos jurar que aquellos hombres de exterior espinoso y difícil acabarán por ser de los nuestros e iniciarán con nosotros esas amistades que no se quebrantan ni en los dinteles de la eternidad.

Y podríamos casi jurar asimismo que aquellos que nos conquistan con una sonrisa o una mirada, que llegan a nosotros con el gesto más hospitalario, serán mañana nuestros encarnizados enemigos, o, cuando menos, continuarán indiferentemente a nuestro lado el camino de la vida.

Hay hombres gesticuladores por excelencia, que nos inspiran cierta piedad. Van por la existencia retorciendo alma y cuerpo como si les acometiesen terribles dolores.

Desconfiad: nunca un paraíso más completo y perfecto se ha recatado mejor en su alma...

Observad, en cambio, a las gentes que se fastidian, especialmente a los ricos mundanos y fiesteros.

¡Ved qué alegres son sus comidas; qué nutridas sus conversaciones triviales; qué agitado el tiroteo de sus críticas!

Vosotros los envidiáis, y hasta sentís que en vuestro interior algo se subleva demandando justicia. Pensáis que también tenéis derecho a REIR ASÍ...

¡A REIR ASÍ! Si supierais la preocupación de aquellas sonrientes figuras, el desabrimiento de sus almas, la tensión de sus nervios, el cansancio de sus días, la tortura de sus noches!

Todos estos alegres comensales saldrán dentro de breves minutos diciendo horrores de la comida. El *maître d'hotel* los ha envenenado invariablemente; los amos de la casa son unos cursis: «No hay derecho para recibir así», etc., etc.

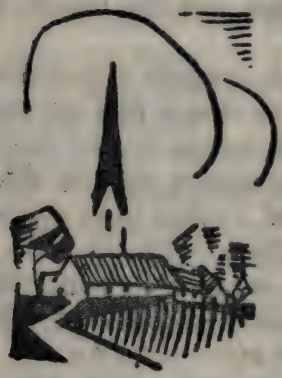
Y de envenenamiento en envenenamiento, de tedio en tedio, amargados por las inevitables preeminencias de los otros, acosados por la inquietud perenne de la Bolsa, por la movilidad de los valores, por las exigencias de un lujo que cada día es más caro, por la dispepsia implacable y por las displicencias del ocio forzado, aquellos rientes y deslumbrantes caballeros que os dan envidia, seguirán flotando en un torbellino de angustias que no imaginó Dante, y sin tener siquiera el derecho a la piedad de los de abajo, que acaso los aborrecen y no imaginarían nunca que lo único lógico sería compadecerlos.

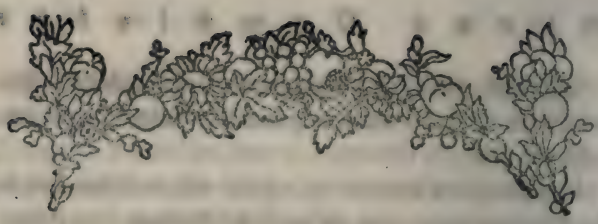
¡Oh, los que por vuestra posición podéis sustraeros a la tiranía social, no es posible que concibáis todo el horror de esta tiranía!

¿Qué sabéis vosotros de tantas pobres mujeres de moda, obligadas a no dormir nunca, a cambiar de *toilette* cinco veces al día, a correr desaladas de fiesta en fiesta, de salón en salón; a recordar todos los santos, todos los cumpleaños, los aniversarios de todos los sucesos; a besar cien pintarrajeadas mejillas femeninas y, sobre todo, a sonreir, a sonreir siempre, en medio de los horrores de la neurastenia, hasta que ésta se yergue invencible y las devora?

Creedlo, amigos descontentos: la máscara humana os engaña aún, a pesar de todo lo que sabéis de ella.

Los paraísos interiores están escondidos detrás de muchas caras que os inspiran lástima. Las grandes felicidades pasan a cada instante a vuestro lado... Pero como vosotros las buscáis entre el estruendo de las opulencias, claro, nunca dais con ellas!





TRES MESES DE ILUSION

He aquí la carta que recibí de mi excelente amigo X. (un «pince sans rire» filósofo, de la mejor calidad):

«A riesgo de disgustar al puritanismo de usted, le acompaño un cheque para que me haga el favor de enviarme la fortuna. Son mil pesetas, y con ellas quiero que me compre usted un entero de la Lotería de Navidad. Cuidará usted de que venga la remisión bajo pliego certificado, para que no haya temor de que una pequeña causa, como sería el decomiso del billete, produzca un gran efecto o defecto: dejarme pobre como soy.»

«¡Estoy avergonzado, amigo mío, de que un varón recto como usted, que desde el predicatorio de la Prensa ha loado el ahorro, sepa que hombres como yo, tenidos por graves y doctos, se dedican a tejer ilusiones sobre un cacho de papel y despilfarren el dinero del «bas de laine»! Pero, ¡bah!

Usted canta el ensueño; pues perdone y explíquese que algo deba sacrificarse a tres meses de rientes espejismos.»

Tan me explico y perdono esto, mi querido X., que a pesar de mi «rectitud» y mis prédicas económicas, año por año me gasto cien pesetas—porque mil es mucho para mí—en comprar la décima parte de una ilusión.

¡Cierto que esta ilusión se escribe con... siete guarismos! Un seis real, omnipotente, y su vertiginoso séquito de otros tantos ceros: ¡6.000.000 de pesetas!

Mi décimo me da derecho a seiscientas mil pesetas, ni una más ni una menos. Yo no quiero lenitivos: *aut César aut nihil.*

Seiscientas mil pesetas al seis por ciento, tipo medio del interés del dinero en nuestra México, suponen una renta anual de treinta y seis mil pesetas, o sean tres mil cada mes.

Eso basta y sobra para un filósofo. Más dinero es la esclavitud; es el deseo absurdo de una posición vistosa; es el círculo dantesco de amigos íntimos, llenos de solicitud, de envidia y de hipocresía; es el automóvil o los dos automóviles con su rosario de calamidades que se llaman chauffeur, neumáticos, bujías, esencia...; es el hotel particular con las odiosas caras rasuradas, que respiran servilismo y bellaquería; es el «importantísimo», la insinuación interior persistente, que nos mueve a creernos superiores a los otros porque tenemos «muchos pesos»; es la tiranía ominosa de los tri-

viales, pero implacables compromisos de sociedad; es el martirio voluntario del estilista, subido sobre columna de oro, de donde todos lo ven, y adonde asciende a buscarle el coro de adulaciones venales; es, por último, el aniquilamiento del secreto único de la dicha: ¡del *aurea mediocritas* cantada por la sabiduría latina!

✠

Estoy dispuesto, sin embargo, si esta suma cabalística de treinta y seis mil os parece negra, a aumentarla hasta cincuenta mil pesetas al año...; ¡pero no más, amigos míos, no más!

¡Oh excelente y discretísimo X., ya ves, pues que tu ambición es desenfrenada! ¡Seis millones! ¿Y qué vas a hacer con ellos, cuitado? ¿En qué rincón de sombra, de placidez y de misterio podrás esconderte en lo sucesivo?

¡Tanto que nos complace a ti y a mí el incógnito, amigo dilecto! ¿Pues por qué hemos deseado vivir en París, sino por eso, por pasar inadvertidos de las turbas, por discurrir a través de hervorosas avenidas, plazas y calles, como todo el mundo, sin que a ningún bobo se le ocurra decir: «Allí va Fulano»?

Tan cordialmente, que desistimos de la gloriola literaria de los aplausos fáciles, que dejan en el alma desabrimientos durables... ¡Y ahora tú, de manos a boca, quieres dar con la fortuna, quieres topar con esa abominación áurea de seis millones!

Quieres ascender a la ruidosa plataforma de una riqueza tan insensata...

¿Estás loco?, o mejor dicho, ¿te has vuelto cuerdo, pobre amigo mío, cuerdo a la manera de los comerciantes y de los banqueros?

¡Oh, dolor!

✠

Pero he aquí que con una sola frase vas a destruir todas mis interrogaciones. Esta frase, debí advertirlo, está escrita ya en tu carta. ¡Tú no pretendes sacarte el premio gordo! ¡Tú no deseas los seis millones; no eres tan tonto! Lo que tú quieres solamente es comprar «tres meses de rientes espejismos» (1).

Estamos ya de acuerdo. Te devuelvo tu crédito. ¿Para qué te sirven a ti seis millones, a ti, que como Beas puedes exclamar: *¡Omnia mea mecum porto!*

En cambio, comprar tres meses de ilusión es un refinamiento incomparable.

¡Por menos que ese trimestre, amigo mío, por mucho menos, los hombres sacrifican su fortuna, su tranquilidad, su reputación, hasta su vida!

¿Qué es la posesión de una mujer amada, por la cual se lucha a veces años enteros, por la cual los hombres se arruinan, se odian, se matan?

Un mes a lo sumo de ilusión. ¿Qué es el poder,

(1) La carta de mi amigo fué escrita en septiembre.

por conseguir el cual los príncipes revuelven mar y tierra?

¡Un mes a lo sumo de ilusión, de deslumbramiento, después del cual empieza a darse uno cuenta de que los tronos están asentados sobre asechanzas y tapizados de espinas!

¿Qué es la riqueza misma sino un mes a lo sumo de ilusión, tras el cual vienen el hartazgo, el hastío, el embotamiento de toda avidez adquisitiva, la muerte de ese placer delicioso que Spencer llamó el «placer de adquirir»?

¡Así, pues, tú, más afortunado que los príncipes, que los millonarios, te compras, por la módica suma de mil pesetas, «tres meses de ilusión»!

¡Cuánta gramática parda sabes!

Durante tres meses, con la imaginación privilegiada que tienes, vas a poseer la riqueza sin ninguno de sus inconvenientes, sin ninguno de sus tedios.

Plácidamente arrellanado en tu *chaise-longue* americana, con los ojos entornados, vas a distribuir tus seis millones: a adquirir cosas estupendas, a viajar, a vivir en jardines dignos de Lenotre...

Sabes, amigo mío, más de lo que te han enseñado.

... ¿Que después se hizo la lotería y no te sacaste nada?

¡Pues mejor que mejor! ¿Qué ibas a hacer con tanto dinero, tú que sabes la ciencia de las ciencias: la de ser feliz?

UN TRINO, SOPLO DE BRISA Y UN RAYO DE SOL

La sombra cuadra con todas las desgracias y con todos los horrores.

En los pliegues de su manto negro se acurrucan las pesadillas.

La luz odia el crimen y no oculta la desgracia; poco le importan los pudores del infortunio.

Por eso los tristes la esquivan para llorar.

Mi madre había muerto. Ahí en medio de la estancia, yacía rígida y severa, sobre un lecho de latón, cubierto con amplios cortinajes ornados de negro.

Yo velé toda la noche junto a su cadáver; y aunque era inmensamente desgraciado, hallaba propicia la sombra que me rodeaba, herida levemente por la luz de los cirios, que la agujereaban como pequeñas espadas de fuego.

Sólo a la sombra podía yo confiar mi dolor sin límites, y cuando me quejaba desesperado, ella sólo

debía recoger mis sollozos en sus pliegues obscuros.

Pero vino la luz; se abrió como el rasado broche de una flor de cielo el alba; y aunque las maderas de la estancia estaban cerradas, por una rendija entró, riendo de mi pena un rayo de sol.

En pos de él poblaron el ambiente gárrulos trinos lejanos.

Y una brisa perfumada y fresca acarició mis cabellos.

Púseme en pie entonces, y con ira no reprimida, con desprecio profundísimo, injurié así al rayo del sol:

—Emisario miserable del cielo cruel, no contento con inundar el espacio de luz, robándome mi sombra, la sombra en que había amortajado mi esperanza y escondido mi mal, entras al lugar donde lloro y ríes. ¡Ríes cuando yo retuerzo mis brazos con desesperación!

Plegue a Dios que el astro de donde emanas se eclipse para siempre. Volviéndome con furia hacia el eco de aquellos trinos, le dije:

—¡Oh, si mis manos pudiesen oprimirte, desbaratarte, aniquilarte!...

Cantas cuando sollozo; me traes armonías ahora que sólo comprendo el grito de la angustia... ¡Así Dios haga enmudecer para siempre la garganta de donde brotas! Después dije a la brisa:

—Maldito soplo, vienes a acariciarme cuando el sufrimiento me abofetea; vienes a dar el beso de Judas a mi frente, tú que convertido ayer en ráfaga

helada hincaste tu filo en el pecho de mi madre para causar la pulmonía... ¡Oh, si tuviese mi aliento el empuje del huracán para aniquilarte!...

Y caí de nuevo sobre mi asiento presa de impotente rabia.

Entonces el rayito de sol, enredándose como hilo de oro en mis cabellos, me dijo al oído:

—¡Infeliz!... Soy la mirada de tu madre que te acaricia desde el cielo.

Y el eco armonioso, cantando a mi alrededor, murmuró:

—¡Impío!... Soy la voz de tu madre que te bendice desde la eternidad.

En cuanto a la brisa, plegó sus alas impalpables sobre mí, y suspiró:

—¡Tonto!... Soy el beso que tu madre posa sobre tu faz para mostrarte que ni en la tumba te olvida.

Y sonreí con el rayo de luz, canté con el eco y suspiré con la brisa.

Y bendije al buen Dios que tiene para todas las almas infortunadas un trino, un soplo de brisa y un rayo de sol.

DOS GRANDES ENEMIGOS DE LOS POETAS

... ese ente radioso y obtuso que se llama el poeta...

(CARLOS REYES,
La muerte del cisne.)

TODOS hemos oído contar que Platón desterró de su República a los poetas, y hay que convenir en que muchas, muchísimas gentes no saben de Platón más que dos cosas:

Primera, que no quería a los poetas.

Segunda, que fué el apologista de ese amor que, derivándolo de su nombre, se ha llamado *platónico*...

Recuerdo de cierto poetá amigo mío que sólo sabía estas dos cosas de que hablo, y que le bastaban para odiar al divino filósofo.

—¡Ese Platón que desterraba a los poetas—decía (1).

---

(1) «Antes, mucho antes que Platón, ya las leyes de Manú, en su formulario de los banquetes mortuorios (Pindâvâhâryaka), veda la presencia en ellos a los poetas lisonjeros.»—Dharma a Capdevila.

Y por el tono de su voz y por la actitud y le gesto, caía uno en la cuenta de que, en concepto de mi amigo, Platón era algo así como un presidente de República, obtuso y tiránico, que no dejaba vivir en su país a ningún «portalira» (como dicen los cronistas cursis).

Pero, ¿es cierto que Platón odiaba a los poetas?

En una de estas mansas tardes otoñales de España, en que después de las tareas obligatorias se vaga por entre los árboles del Retiro, encendidos en oro vivo, con un libro sereno bajo del brazo, conviene resolver cuestiones así, a fin de aquietar el espíritu, angustiado a veces por la locura de los hombres y por la insensatez de la guerra civil (el mayor de los males, como la llamó Pascal).

Mas he aquí que ha salido de los puntos de la pluma este otro nombre prestigioso, que nos recuerda a un segundo enemigo de los poetas.

Platón y Pascal, en efecto, los despreciaron igualmente.

En el *Ion*, el filósofo por excelencia, el divino griego, sediento de perfección, considera al poeta como a algo absolutamente pasivo, que está inspirado por los dioses, que experimenta o «sufre» su inspiración, sin tener nada de espontáneo o de personal; como a un ser *imantado* por lo invisible, que imanta a su vez al rapsoda, el cual imanta a la multitud (1). En suma, y dejando a un lado metáforas, como a una especie de loco bastante diver-

(1) «*Pour qu'on lise Platon.*»—Emile Faguet.

tido, a quien hasta conviene, si ustedes quieren, respetar, porque *es ligero*, *alado* y *sagrado*, y hay en él el demoniaco (en el sentido griego de la palabra: «Sócrates tenía su demonio familiar»).

A pesar de lo alado y sagrado, no debe darse al poeta importancia alguna en la ciudad. En resumidas cuentas, no es más que un niño amable, gracioso... e insignificante.

Justamente, el papel de intermediario e instrumento de los dioses, que parece enaltecer al poeta, le quita, en concepto de Platón, toda su importancia.

Yo, glosando en mi libro *Serenidad* el clásico *Antrum adjuvat vatem*, recuerdo haber dicho (y no pretendo, por cierto, expresar nada nuevo):

Si mis rimas fuesen bellas,
enorgullecerme de ellas
no está bien:
pues nunca mías han sido
en realidad: al oído
me las dicta... no sé quién!

Yo no soy más que el acento
del arpa que mueve el viento
veloz;
no soy más que el eco débil,
ya jubiloso, ya flébil
de una voz.

Quizás a través de mí
van departiendo entre sí
dos almas llenas de amor
en un misterioso estilo,
y yo no soy más que el hilo
conductor...

Qué importancia—diría Platón sonriendo con su aristocrática, irónica y elegante sonrisa, de ateniense, qué importancia vamos a concederle a este *hilo conductor*...

Por lo demás, gran número de altos poetas y artistas han confesado el carácter medium-mímico de su inspiración. Alfredo de Musset, dijo: *On ne travaille pas; on écoute: c'est comme un inconnu qui vous parle à l'oreille.* Y Lamartine: *Ce n'est pas moi qui pense, ce sont mes idées qui pensent pour moi.*

Sully Prudhomme nos dice en *El extranjero* (admirable traducción de Balbino Dávalos, *Musas de Francia).*

Me pregunto a menudo: ¿De qué raza has venido?
Tu corazón nada halla que lo encante o cautive,
nada que tus sentidos ni pensamiento avive,
cual si un bien infinito se te fuera debido!

Mas dí, ¿qué paraíso para siempre has perdido?
¿Cuál es la augusta causa que por tu esfuerzo vive?
¿Cuál, tu propia grandeza, la virtud que motive
que en el mundo lo mires todo vil, corrompido?

Un origen requieren este anhelo divino,
estas vagas nostalgias de un edén que adivino,
mas en vano lo busco dentro mi corazón;

y atónito yo mismo del dolor que me oprime,
llorar escucho en mí un ser raro y sublime
que me ha ocultado siempre su nombre y su nación.

El exquisito Gutiérrez Nájera expresó con delicado acierto:

Yo no escribo mis versos, no los creo;
viven dentro de mí; vienen de fuera;
a ése travieso, lo formó el deseo;
a aquél, lleno de luz, la primavera...

Beethoven pretendía escuchar sus sinfonías en el aire... Señal de que era un instrumento armonioso que manejaban manos invisíbles...

No concedamos, empero, a ese instrumento mayor estimación que a un teléfono. Napoleón, para quien la música era el menos desagradable de los ruidos, no le hubiera concedido ninguna... y ninguna le conceden tampoco ciertos médicos, los cuales pretenden que el genio sólo es una de las formas del artritismo.

Pero, volviendo a nuestro Platón, éste, en Phedra, afirma que la poesía es un delirio, y el poeta un alma como fuera de sí misma. Establece además en otra parte una jerarquía que viene desde los dioses hasta el más bajo nivel de las almas humanas, y en tal jerarquía, el primer sitio después de los dioses se atribuye a los filósofos... y el noveno a los poetas.

Estos últimos son seres incapaces de pensar por cuenta propia. Los dioses o númenes les administran el cerebro.

La verdad es, que cuando vemos a algunos poetas tan retóricos, tan atiborrados de erudición nimia, tan inflados de vanidad, le damos la razón al gran discípulo de Sócrates.

Justamente haciendo hablar a Sócrates en la *Apología*, Platón nos dice por su boca:

«Fuí a buscar a los poetas, tanto a los que hacen tragedias como a los poetas ditirámbicos y a los otros, y no dudaba, por cierto, que tuviese yo que humillarme, encontrándome mucho más ignorante que ellos. Tomé ciertas obras suyas que me parecieron más trabajadas, y les pregunté lo que habían querido expresar en ellas y cuál era su designio, a fin de instruirme yo mismo... Me da vergüenza, atenienses, deciros la verdad; pero es fuerza que os la diga, a pesar de todo; no había uno solo de los hombres allí presentes que no fuese capaz de hablar y de razonar acerca de los poemas, mejor que los mismos que los habían escrito. Conocí en seguida que los poetas no están guiados por la sabiduría, sino por ciertos movimientos de la naturaleza, y por un entusiasmo semejante al de los profetas y adivinos, que dicen cosas muy bellas sin comprender nada de lo que dicen... Los poetas me pareció que se hallaban en el mismo caso, y al propio tiempo me dí cuenta de que, a causa de su facultad poética, se creían los más sabios de los hombres en todas las demás cosas, aun cuando no entendiesen nada de ellas.»

✠

Platón, hasta en sus desprecios era elevado, y la verdad es que vale la pena de que se nos humille a los poetas, llamándonos simples instrumentos, si se ha de añadir que lo somos de los dioses.

Pascal, grande quizá como Platón, pero no como

él sereno, sino más bien inquieto y torturado, tuvo para los poetas desdenes no menos duros.

Hablando de la belleza poética: «Así como se dice «belleza poética»—afirma—, debiera decirse «belleza geométrica» y «belleza medicinal»; pero no se dice; y la razón es que sabemos bicn el objeto de la geometría, el cual consiste en pruebas, y sabemos el objeto de la medicina, que es curar (Pascal creía ingenuamente que la medicina cura...); pero no sabemos en qué consiste la amenidad, que es el objeto de la Poesía, y, a falta de saberlo, se han inventado ciertos términos peregrinos... Mas quien se imagine a una mujer conforme al modelo que consiste en decir cosas pequeñas con grandes palabras, verá a una linda señorita llena de abalorios y cadenas, de la cual reirá; porque se sabe mejor en lo que consiste el encanto que proporciona una mujer que el que proporcionan los versos.

Pero los que no entienden nada del asunto, la admirarán con tales atavíos; y en muchas aldeas se la tomaría por reina. De aquí que a los sonetos hechos sobre ese modelo les llamemos las Reinas de Aldea (1).

Dentro de la relativa ambigüedad de estas palabras, cuyas alusiones inmediatas no son muy claras, late el gran desprecio que siente un hombre todo pensamiento por la rima espejeante y ostentosa. Pero así como «burlarse de la filosofía es

(1) Blaise Pascal, *Pensées-Section I, n. 33.*

verdaderamente filosofar» (según el mismo Pascal), así también, burlarse de la poesía, no es, en suma, sino poetizar... a menos que sea algo más triste: ¡impotencia!

Por lo demás, Platón, en sus teorías de perfeccionamiento, que le valieron el nombre de divino, y Pascal, en su noble inquietud, en su continuo pensar, y ambos en su aquilino vuelo hacia el ideal, fueron sobre todo poetas, dos grandes poetas que con su poesía augusta elevaron el espíritu humano.

LA LITERATURA MARAVILLOSA

JAMÁS hubiera presumido nadie que en este siglo, enemigo por excelencía de la imaginación y de la maravilla, la literatura maravillosa, o lo maravilloso en la literatura, si a ustedes les place mejor la designación, tuviese acogida tan amplia y éxito tan lisonjero.

No hay mes sin su libro maravilloso, y si contamos todos los autores y todas las publicaciones, especialmente en Inglaterra y en Estados Unidos, no hay semana sin uno de estos libros. El público se los arrebata y los devora, y no es extraño ni mucho menos, que el banquero ventri y auripotente, que ha pasado todo el día en Wall Street haciendo malabarismos de bolsa, vuelva o su *home*, se plante las babuchas, y al lado de la luminosa ventana que da a la quinta Avenida, se engolfe en la lectura de la última producción de Conan-Doyle, de Wels o de Mario Corelli.

Cierto que en esas páginas, lo maravilloso no se llama ya ni talismán, ni conjuro, ni varita de virtud, ni lámpara de Aladino, ni «sésamo, ábrete». Se llama Sherlok-Holmes, Cavor, el doctor Moreau, etc.; el juguete se nos ha vuelto científico, pero sigue siendo juguete predilecto. El buquecito ya no anda con ruedas, sino con vapor; el cañoncito no es ya de resorte, sino de retrocarga, de acero rayado... como los grandes. El molino ya no se mueve con aspas de cartón, a las cuales se les da cuerda, sino con motor eléctrico...

Pero el amor y el interés con que jugamos es el mismo, y el afán de lo milagroso más grande que nunca.

Wells alcanza ediciones fabulosas; es traducido a todas las lenguas; su último libro, que nos habla de combates aéreos de los Estados Unidos y Alemania contra Inglaterra y el Japón, es uno más de estos juguetes científicos. Las deducciones y las posibilidades que hay en él, son perfactamente lógicas. Lo que anticipa, de seguro, que puede suceder; pero, hoy por hoy, nos resulta todavía novelesco, y allí está justamente el secreto de su éxito.

Nosotros, hombres serios de este orto del siglo XX; nosotros, hombres desdeñosos del prodigio, atiborrados de filosofía positiva, orgullosos de la linternita temblorosa con que alumbramos un pie cuadrado de terreno, en medio de este océano sin límites de lo desconocido...; nosotros nos parecemos por el milagro, por los cuentos de nodriza, exactamente como nuestros antepasados. Sólo

que, temerosos de que padezca nuestra infantil reputación de hombres de seso, de personas formales, en el día hacemos la comedia de la seriedad, y en la noche sacamos de debajo de la almohada el libro que nos transporta a mundos desconocidos.

¿Veis a esos señores que durante las diez horas hábiles del día llenan columnas de números, plantean los negocios más audaces y, convencidos de su excepcional importancia, no se atreven ni a sonreir? Pues muchos de ellos, llegados a su casa después del cierre de la Bolsa, se pondrán con dos o tres personas de su familia, alrededor de una mesita, a evocar a los espíritus, y soportarán toda la guasa de los muertos chocarreros, que les darán las respuestas más peregrinas de lo tierra. Otros, abrirán un mueble, y del cajón más escondido y discreto sacarán una novela de Julio Verne, o, si están más al corriente de la literatura maravillosa, una de Wells.

Otros se quedarán boquiabiertos leyendo las *Extraordinarias aventuras de Arsenio Lupin* y *El misterio de la alcoba amarilla*, y no sería extraño que el señor ateo que en la mañana nos dió una conferencia sobre la evolución de la Materia, en la noche llame desconsolado a su mujer y encienda la luz, porque oyó el traquido de un mueble o le pareció que le oía...

Hemos querido matar al misterio, pero el misterio cada día nos envuelve, nos satura, nos penetra más...

Creímos que la ciencia lo destruiría, y lo trae de la mano y nos lo pone delante.

La lucecita pálida de los conocimientos humanos, nos hace adivinar cada día arquitecturas más vastas, masas enormes de cosas sin nombre, cuyas aristas apenas ilumina muros, pirámides, cordilleras de enigma, que nos abruman con su pesadumbre...

⊠

Antes, todo lo que ignorábamos tenía una designación, y se sustantiva en seres sobrenaturales. Hoy no sabemos cómo llamarlo; pero nos impone su majestad y su silencio; está ya no sólo fuera, sino dentro de nosotros.

Trajimos para medirlo el cálculo, y vimos que no tenía medida. Trajimos, para aproximarlo, el telescopio, y cuanta mayor claridad había en la lente, más vertiginosa era la sombra que la rodeaba. Nos asomamos curiosos al microscopio, pensando que veríamos los elementos constitutivos de las cosas, y no hemos hecho más que presentir otro universo aplastante dentro de su imponderabilidad: el universo de lo infinitamente pequeño, más arcano aún e indescifrable que todos los otros.

Pedimos a la química, para orientarnos, su ayuda en este océano de la substancia, y ella nos desconcierta cada día con nuevos cuerpos, con nuevos agentes, con nuevas propiedades y fenómenos,

con nuevos relámpagos, a cuya vislumbre nuestro azoramiento ve hoscos horizontes lívidos, en los que se amontonan negros nubarrones preñados de secretos...

Y ansiosos, inquietos, presintiendo que nos vamos, que desaparecemos de un momento a otro, sin darnos cuenta ni siquiera de la envoltura, de la fisonomía, del embozo, de eso desconocido que nos rodea; y llenos también de una curiosidad que nos pica a todas horas el alma, apoyamos nuestra frente en el regazo de la buena nodriza que se llama la Novela maravillosa, y le decimos:

—«Nana», cuéntame un cuento... Resuélveme lo que yo no puedo resolver. Dime lo que sucederá mañana. Descríbeme los sortilegios del siglo futuro... Explícame cómo se despejarán todas estas enredadas ecuaciones que me rodean...

Y la «nana», esa «nana» de todos los siglos, la que nos ha hablado por boca de un Luciano de Samosato, de un Ariosto, de un Rabelais, de un Kepler, de un Godwin, de un Wilkins, de un Cyrano de Bergerac, de un Kirchen, de un Holberg, de un Voltaire, de un Swedenberg, de un Alqueberg, de un Edgar Poe, de un Egrand, de un Wells... nos cuenta su cuento, su eterno cuento estelar, su luminoso cuento de fantasmas, mientras gravita sobre nuestras frentes todo el silencioso arcano de la inaccesible noche, en que tiemblan los mundos desconocidos.

NUESTRO TIRANO EL ADJETIVO

CUANDO yo escribía en *El Correo de la Tarde*, de Mazatlán, primero y simpático portavoz de mis lirismos mozos, era redactor jefe del mismo periódico un vigoroso septuagenario, culto, de espíritu caballeresco, de potente cabeza, cuya calvicie hipocrática estaba enmarcada por algunos rizos nevados: don Carlos F. Galán, nacido, según creo, en España, pero venido desde muy niño a la capital de la República, en cuyo Colegio Militar había estudiado, siendo compañero nada menos que de Miramón, entonces adolescente.

El licenciado Galván, que había cultivado, según me dijo, buena amistad con mi abuelo paterno, más por esta que por otras razones, acogió mi colaboración en *El Correo de la Tarde*. Trabajaba yo en su casa, recreándome con la conversación, delicisamente salpicada de ironías, y él revisaba con cuidado mis cuartillas.

Cuando encontraba un adjetivo se ponía serio, y lo hacía pasar por la alquitara de su severo análisis.

—Yo no soy de la época de los adjetivos—me repetía con frecuencia, y con cierta desdeñosa inflexión, que no olvidaré jamás.

Naturalmente, yo, «que sí era de la época de los adjetivos», llevaba mi escarcela bien repleta de estos diamantes de... Coro.

Tal fué el único escollo, insignificante por cierto, en que dió uno que otro pequeñísimos traspiés, la buena amistad de aquel anciano hidalgo, cuyo recuerdo me acompañará siempre, y del poeta novel que cantaba inconscientemente cosas de amores y de tristezas, más de memoria que de verdad.

⊠

¿Pues qué diría el licenciado Galván si leyese los periódicos ultramodernos?

La incontinencia del adjetivo ha llegado a tal punto, que hemos agotado por completo su poder de presión, y embotado en absoluto su eficacia.

Según cierto humorista francés, un critico amigo suyo publicó en los diarios de París el siguiente anuncio:

«Un crítico dramático compraría a muy buen precio una lista escogida de calificativos laudatorios, ditirámbicos, hiperbólicos, etc., para usarlos en reseñas teatrales y bibliográficas. Dirigirse a X...»

—¡Qué quiere usted!—le decía el crítico, a manera de disculpa—, la mantequilla está carísima, pero el adjetivo ya no vale nada. Cuando escribo que un autor es talentoso, me creo un enemigo... Lo menos que puedo decirle es que Molière y Beaumarchais junto a él... ni se ven de chiquitos.

Bastaría, en efecto, leer las melifluas dedicatorias de los libros. Llamar a un hombre conocido «ilustre», es exponerse a que nos mande los padrinos.

¿Quién de vosotros se atrevería a decir que un financiero amigo vuestro es «hábil»? El «hábil financiero»... ¡Intolerable humillación!

¿Quién tendría la temeridad suficiente para llamar «inspirado» a un poeta cualquiera?

A mí, el que menos, me llama «gran». Lo de «eminente» ya me escuece un poco.

En días pasados, un señor me escribió llamándome «milagroso». Cierto es que se trataba de prepararme para un sablazo de algunos duros; pero, en fin, dada la prodigalidad actual de calificativos, confesemos que es lo menos que se me puede decir...

En España, el sonriente y cordial escepticismo de las Redacciones, no escatima a nadie los «eminente», los «insigne», los «gran».

Y aún solemos leer:

«El «portentoso» artista don Fulano, abre hoy su exposición al público.» «El «inefable poeta don Mengano, leerá mañana en el Ateneo algunas composiciones de su libro *Torre de Eter.*» «El «estu-

pendo» profesor don Perengano, se halla enfermo.»

Por supuesto, que tan inefable es Rubén Darío como Sixto Casillas, y tan estupendo Ramón y Cajal como el curandero de la esquina.

El público, al principio desorientado, hoy se encoge de hombros. Nadie se molesta por esta adjetivorrea, porque allá, para el forro de su capa, se dice: «Ya me tocará a mí, y entonces me llamarán, por lo menos, «conspicuo...»

Claro está que no me refiero al calificativo que matiza, colora, fisonomiza una cosa, un ser, una entidad, al calificativo *goncourtista*, diamante azul de los tesoros del léxico... Pero hay tan pocos *goncourts* por allí...

Visto lo cual, yo propondría que volviésemos a la limpidez, a la serenidad, al «espléndido aislamiento» del sustantivo...

De mí sé decir que más me halaga que me llamen «el poeta» o «un poeta», o mejor aún, que no me llamen de ningún modo, y no que me apelliden el «prodigioso». Paréceme que cuando me dan un calificativo así, me abofetean. Y de hecho es una bofetada la que recibo, porque no puedo menos que pensar:

—Este señor tiene de mí un concepto muy vil. Se imagina que el rastacuerismo impudente de su elogio, puede agradarme...

Digamos: «Juan es un artista», «Pedro es un poeta», «Antonio es un escritor», «José es un estadista», «Enrique es un economista», «Luis un

pastor de pueblos», y dejemos que en la copa de esos sustantivos severos y simples cada quién vaya poniendo el vino de su entusiasmo, la espuma de su aplauso... o la hiel de su envidia.

EL PÁNICO ES ANESTÉSICO

La Naturaleza tiene recursos inesperados para extinguir, adormecer o paliar los grandes dolores.

Tan sabia es y tan buena, que da generalmente el anestésico al propio tiempo que el dolor.

Las grandes contorsiones, los grandes gestos desesperados de las agonías, nos estremecen y espantan.

Y nuestra compasión está tramada con un mucho de egoísmo.

—¡Qué!—pensamos—¿así voy yo a sufrir cuando agonice?

Pero tranquilicémonos a este respecto: en realidad, el dolor que creemos medir por tales manifestaciones, no existe: se trata de simples apariencias, de convulsiones, de movimientos, de espasmos semejantes a los de la rana electrizada. En el fondo, no hay dolor. El alma serenamente se asoma al in-

finito adonde va a entrar, sin curarse del pobre polichinela del cuerpo, que se agita y gesticula de lo lindo...

⊠

Entre otros casos consoladores, yo recuerdo el de cierto amigo mío:

Atacado por una de esas enfermedades que la jerga reporteril llama «penosas y prolongadas», iba a morir.

Quejábase continuamente; afirmaba que sufría terribles dolores; tenía un miedo espantoso a la muerte, según sus propias palabras.

Decidió hacer testamento, confesó, recibió el viático, y después de algunas horas de fatiga, de agitación, cayó en el colapso. Más tarde, pasada la terrible crisis, mi amigo empezó a dar esperanzas de vida y poco después entraba en convalecencia plena.

Cuando pudo hablar y «atar cabos», recordó perfectamente todo lo que había precedido a su enfermedad, y los primeros dolores y molestias de ésta. Después... nada. No se acordaba de nada. No había sufrido nada.

Vagamente rememoraba, por el contrario, tales y cuales imaginaciones agradables. Había tenido alas y volado, volado, a través de vías lácteas de ensueño...

⊠

En las grandes catástrofes, el anestésico que la santa madre Naturaleza da a las víctimas, llega con el pánico mismo.

A este propósito, no puedo menos que traduciros los siguientes párrafos de un admirable trabajo de Lombroso, que se refiere al estado físico producido por los terremotos de Italia:

«Los heridos más graves—escribe el sabio—no daban señales de dolor físico. El pánico horrible había ejercido su influencia en el campo de la sensibilidad general, aboliendo toda sensación dolorosa.

Individuos con los brazos quebrados y mutilados, corrían kilómetros sin experimentar el más mínimo dolor. Una mujer con un ojo tumefacto y casi fuera de la órbita, dijo que no sentía nada.

Muchas personas descalzas y heridas de los pies, corrían sobre los escombros como si pisasen un suelo liso. Otras, en camisa, o completamente desnudas, afirmaban no tener frío.

El primer impulso de los que se habían salvado era una necesidad irresistible de correr, de huir, sin plan alguno, en cualquiera dirección, venciendo toda clase de obstáculos. Entre las manifestaciones de perturbación mental muy frecuentes, predominó la locura furiosa, con grandes exaltaciones y desórdenes motores, perdiéndose la conciencia de los momentos terribles de la catástrofe.

Registróse un curioso caso de mutismo colectivo: trescientos operarios de una fábrica que se disponían a penetrar en el edificio en el momento en

que éste se derrumbaba. Salváronse, pero permanecieron durante mucho tiempo mudos y como petrificados por el terror, no pudiendo ninguno de ellos responder cuando, pasadas algunas horas, el director de la fábrica les llamó e interrogó para certificar que habían escapado todos. Parecía estatuas humanas.

Cree el profesor Lombroso que la mayor parte de los casos de enajenación es curable. Esto supuesto, la locura no ha podido ser más misericordiosa, pues que impidió a las víctimas darse cuenta de toda la espantosa extensión de la catástrofe.

Cuando vuelvan a su acuerdo, se acordarán de los minutos terribles como de una angustiosa pero breve pesadilla lejana...

Un antemural de la inconsciencia y de insensibilidad física los ha separado del infierno...

DE LO INCONSCIENTE EN LA CREACION LITERARIA (1)

En qué medida—se pregunta H. Beaunis, el autor de *El mecanismo cerebral de la versificación*—, hasta qué límites somos dueños de nuestra actividad cerebral? ¿Cuál es la parte que toma la voluntad en nuestras ideas, nuestros juicios y razonamientos; en una palabra, en todas las operaciones del espíritu?»

He aquí una cuestión en extremo curiosa y muy de actualidad ahora que tan de moda están las investigaciones sobre lo subconsciente. Yo la he tratado diversas veces y, como nota a una composición mía, intitulada *Antrum adjuvat vatem,* que se publica en el libro *Serenidad* (en prensa), digo:

«Gran número de altos poetas han confesado el carácter impersonal de su inspiración. Alfredo de

(1) Véase, en este mismo volumen, *Dos grandes enemigos de los poetas.* N. del E.

Musset, dice: *On ne travaille pas: on écoute; c'est comme un inconnu qui vous parle a l'oreille.* Y Lamartine: *Ce n'est pas moi qui pense, ce sont mes idées qui pensent pour moi.*

»Y nuestro exquisito Gutiérrez Nájera expresó con delicado acierto:

Yo no escribo mis versos, no los creo:
viven dentro de mí; vienen de fuera;
a ése, travieso, lo formó el deseo;
a aquél lleno de luz, la Primavera.

Herbert Spencer afirmaba que «una parte de nuestros estados ideales de conciencia nace sin volición, y, frecuentemente, a pesar de nuestra volición». Así como hay movimientos voluntarios y movimientos involuntarios y automáticos, así también hay pensamientos voluntarios y pensamientos involuntarios y automáticos.

¿Qué otra cosa son esas ideas fijas que torturan a tantas gentes; esas imaginaciones desabridas o dolorosas que nos persiguen como nube de cínifes y que acaban por determinar la terrible enfermedad que se llama PASIÓN DE ÁNIMO?

La «masa mental», según el mismo Spencer, comentada por Baunis, es decir, el conjunto de las manifestaciones mentales, se compone de dos partes: una que se revela directamente y de pronto a la conciencia, y es la que constituye el dominio de la psicología ordinaria, «oficial», y otra de la que

no tenemos sino conciencia indirecta, y que no se nos revela más que por instantes y en ciertas condiciones. Esta segunda parte, que casi no ha sido estudiada antes de los últimos años, aun cuando fué presentida por algunos filósofos, como Leibniz, es lo que se ha dado en llamar cerebración inconsciente, subconciencia, subliminal, etc., etc., etc.

Como dice Ribot, «todo estado de conciencia, sea cual fuere (percepción, imagen, idea, sentimiento, pasión, volición) tiene su parte escondida, su DESSOUS, y E. Boutroux considera como de mostrada la existencia de una actividad consciente, como de los simples reflejos fisiológicos.

«Tal noción de lo inconsciente, por largo tiempo desconocida, es ahora aceptada por la generalidad de los psicólogos, y, a medida que se estudia, adquiere importancia mayor.

»¿Qué es, pues, en suma, esa fracción misteriosa de nuestro yo?—se pregunta el autor citado—. ¿En qué consiste? ¿Qué papel representa? ¿Como sorprender, estudiar, comprender una cosa de la cual no tenemos conciencia?»

Ya desde los más remotos tiempos, los grandes filósofos, los fundadores de religiones, intentaron responder a preguntas semejantes:

«Llevas en ti mismo un amigo sublime a quien no conoces»—dijo Krishna, y Marco Aurelio nos habla del «dios escondido» que habita en cada uno de nosotros.

Jesús, refiriéndose a esa entidad misteriosa y oculta, dice que es como el viento, que sopla don-

de quiere, sin que sepamos de dónde viene, ni adónde va... *(Spiritus flat ibi vult...)*

En cuanto a Platón, ya sabemos que pretende que las ideas son innatas, y que aprender es recordar. «Cuando enseñáis algo a un niño, no se lo enseñáis: hacéis que él lo encuentre. Él lo encuentra por sí mismo, colocado en circunstancias favorables para su descubrimiento, puesto en el camino. El niño os dirá que la suma de los ángulos de un triángulo es igual a dos ángulos rectos, sin que vosotros se lo enseñéis, con tal de que llevéis su atención hacia las propiedades del triángulo, su estructura y su manera de ser. ¿Qué quiere decir esto sino que lo que acaba de encontrar lo sabía ya? Ahora bien, si lo sabía es que se acuerda.» (FAGUET, *Pour qu'on lise Platon*, pág. 122.)

Innumerables autores han comprobado el poder de lo inconsciente en sus obras: Julio Lemaitre dice: «La operación intelectual que produce en mi pensamientos, y que los traduce en seguida con palabras, ME PARECE QUE SE HACE SIN MÍ, Y QUE NI TOMO NI PUEDO TOMAR EN ELLA PARTE ALGUNA.»

Beethoven pretendía escuchar sus sinfonías en el aire, y Lamartine improvisaba a veces tan maravillosamente, que dejaba estupefacto a todo el mundo. En cierta ocasión, improvisó en el álbum de una señorita esta estrofa deliciosa:

Le livre de la vie est le livre supréme
qu'on ne peut ni fermer ni rouvrir á son choix;
on voudrai revenir a la page ou l'on aime
et la page ou l'on meurt est deja sous nos dolgts!

Su hermana, al leer tales alejandrinos, compuestos en unos cuantos segundos, exclamó: «¡Perdónalo, Señor, porque no sabe lo que hace!»

Como ejemplo clásico del dominio de lo inconsciente en los versos, se puede citar el tan conocido de Ovidio:

At mihi jam puero caelestia sacra placebant,
Inque suum furtim Musa trahebat opus.
Saepe pater dixit: «Studium quid inutile tentas?
Maeonides nullas ipse reliquit opes».
Motus eram dictis totoque Helicone relicto,
Scribere conabar verba soluta modis:
Sponte sua carmen numeros veniebat ad aptos,
Et, quod tentabam dicere, versus erat.

(OVIDIO, *Tristes*, lv. 10, 19-26.)

«Desde mi niñez, los sagrados misterios estaban para mí llenos de encanto, y las Musas, en secreto, me atraían a su culto. Mi padre solía decirme: «¡Por qué emprender ese estéril estudio! El propio Meónida (Homero) murió en la pobreza!» Conmovíanme tales conceptos, y abandodando el Helicón entero, intentaba escribir palabras sin ritmo..., pero los vocablos venían por sí mismos a ajustarse a

la medida, y cuanto quería decir resultaba un verso!»

Claro es que la parte inconsciente varía en cada escritor; pero eu los poetas está en proporción directa del numen.

Los grandes poetas son conductores admirables de Divinidad. Por su boca habla el Arcano. En sus estrofas adquiere voz Aquel o Aquello a quien dijo Renan: «¡Oh, Abismo, eres el Dios único!» Sus versos son fórmulas, ecuaciones eternas del Enigma que palpita detrás del universo visible.

LA CIUDAD IDEAL

La ciudad ideal, que fundará muy pronto un nutrido grupo de artistas, pintores, arquitectos, escritores y poetas parisienses, se erguirá en uno de los puntos más deliciosos de la costa azul, a la orilla del mar sonoro que enseñó su canción a las sirenas y que lamió las proras de las galeras líricas.

La ciudad ideal no tendrá luz eléctrica, ni teléfonos, ni telégrafos. Por sus calles asoleadas y llenas de silencio, no pasará la fealdad resonante de los tranvías o de los ómnibus. Los automóviles no apestarán el aire ni harán crepitar las casas con su estruendo febril.

Estarán prohibidos los *snobs*.

El *snobismo*, que hace del hombre una especie de mujer y de la mujer algo lamentablemente símico, encontrará en la ciudad ideal un muro inexpugnable.

Claro que no se jugará al *bridge*...

Por las sombrosas avenidas, en trajes talares, discurrirán los sabios, los filósofos, los poetas, los artistas.

La actividad por excelencia será la actividad mental.

De las amplias ventanas, llenas de claridad, se desgranarán sobre las avenidas, sones armoniosos: el del escoplo que martiriza al mármol blanco, para hacerlo carne inmortal; el del piano, que dice la divinidad mansa y simbólica del *Claro de Luna*...

Por lo demás, se trabajará poco, en el sentido positivo que se da a esta palabra.

La ciudad ideal, la ciudad futura, será un remanso de pensamiento, un lugar de retiro y de serenidad, adonde irán, especialmente en el otoño de la vida, aquellas almas de elección que están fatigadas del trajín del siglo.

Un Consejo incorruptible admitirá o rechazará a los solicitantes.

No tendrá cabida en aquel amable recinto más que una aristocracia espiritual.

Sólo el mérito entrará allí: el mérito acrisolado en firmes crisoles.

Quienes en la vida no han hecho otra hazaña ni tienen otra cualidad que la de «haber heredado», llamarán en vano a las puertas de bronce de la ciudad futura.

¿En qué sitio preciso se levantará la ciudad ideal? Ya he dicho que será sobre la costa mediterránea: a la orilla del mar «que arrulló los bellos

ensueños de juventud de nuestra raza; en un sitio magnífico que posea las líneas harmoniosas de la Grecia y la pródiga vegetación de un Oriente lleno de molicie; en un golfo abrigado, cuya playa tenga la curva graciosa de una hoja de acanto... en un lugar casi desierto de la tierra francesa, lejos de las comarcas frecuentadas por la moda, frente de las islas Hyéres».

¿Cómo se llamará la ciudad futura?

Se llamará Heráclea, en memoria de Hércules y de una ciudad que existió en la antigüedad, en el mismo sitio elegido. Hércules dará con su gigantesca sombra a la urbe ideal, una paz robusta, propicia a la contemplación fértil, a la ensoñación fecunda.

Además, Heráclea es un nombre que suena bien y tiene cierto prestigio clásico que cuadra a la sosegada majestad de la ciudad soñada.

Los críticos de este recinto ideal, le reprochan que no albergará casi más que viejos.

A pedirle un asilo irán los hombres ilustres cargados de años y de gloria.

Yo creo que el reproche capital que puede hacerse a Heráclea es que... ¡no existirá jamás!

En primer lugar, una ciudad tan peregrina y excepcional atraería a los turistas de todo el mundo. ¡Pronto la Agencia Thos Cook and Son se encargaría de inundarla de esta trivial bandada de extranjeros que forzarían, con el Baedeker en la mano, sus puertas!

¡Adiós, paz!... ¡Adiós, ensueño!

Y en segundo lugar, como decía un hombre de *esprit* a quien le hablaban del proyecto: «Una ciudad de artistas, y probablemente de viejos artistas, es imposible. ¡Los artistas son gentes que apenas pueden soportarse durante la duración de una comida!»

ESPEJISMO DEL ORGULLO

Lo primero que hace una raza cuando tiene éxito—lo mismo que un hombre mediocre—es creerse raza superior.

Los filósofos, los literatos, los periodistas, los poetas sonoros y estentóreos, se dedican a probarlo al mundo.

Con un espíritu de pardenu, la raza sigue exaltándose; su megalomanía crece como en los estados de parálisis progresiva, y acaba por caer en un mesianismo ridículo. Piensa sinceramente que la causa de las causas la eligió a ella para salvar al mundo.

Asusta pensar lo que fuera la humanidad si la vida, tan avara de ciertos dones, se los diese a manos llenas. Se hincharía de orgullo y suficiencia de tal modo, que el planeta reventaría como una granada llena de gases.

Dios ha hecho muy bien en escatimarnos la felicidad, por ahora cuando menos.

No sabríamos ser felices de una manera permanente. Enloqueceríamos.

A los césares romanos, durante la apoteosis, había que murmurarles al oído por boca de un esclavo: «Acuérdate de que eres mortal...» Y la Iglesia Catófica, muy sabiamente dice a sus fieles una vez por año: «Acuérdate de que eres polvo y en polvo te convertirás.»

El hombre no es polvo ni se convierte en polvo, pero conviene decírselo para rebajarle un poquitín la vanidad.

✠

Ha habido muchos filósofos, entre ellos padres de la Iglesia, que sostienen que los «Angeles caídos» somos nosotros.

Casi dan ganas de creerlo, por el orgullo que nos domina.

Un hombre—exceptuamos algunos superiores, o los inconscientes—no está contento ni satisfecho si no puede despreciar a alguien. Y lo propio acontece, como es natural, con las naciones, que no son más que conquistas de pobres hombres, ya deprimidos por la adversidad, ya infatuados por el éxito.

✠

¿En qué consiste la superioridad de los anglosajones?—se preguntaba hace veinte años, poco

más o menos, un conocido escritor, y se respondió él mismo en un volumen de cincuenta páginas, con una serie de razonamientos capciosos.

Los anglo-sajones eran superiores a nosotros los latinos por esto y por aquello y por lo de más allá (características notas antitéticas a las nuestras).

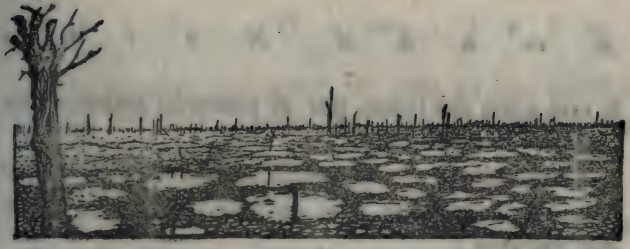
Daban ganas de preguntar: Y cuando los latinos encerraron a Europa y fueron superiores en todo a los anglo sajones, ¿por qué lo fueron? Pues justamente por tener esas características contrarias a los anglo-sajones, esos defectos, si a ustedes les place, que los anglo sajones nos echan hoy en cara...

Basta esta simple reflexión para comprender lo pueril de la pregunta y del libro y, sobre todo, de la vanidad narraresca de un pueblo que ha tenido éxito.

En el planeta no hay razas superiores ni razas inferiores. La naluraleza va empleando a unas y otras en sus misteriosos menesteres cuando es oportuno.

El éxito de una raza sólo depende de su adecuación al momento histórico, de la coincidencia de sus características con los problemas y necesidades de ese momento.

Todas las razas han sido, son o serán «superiores», o mejor dicho, ninguna lo es.



EL SER NEUTRO

CONVERSANDO con mi amigo en tardes de apacible divagar, solía yo expresarle este deseo: Debiera haber en el mundo un ser humano neutro, que no siendo ni hombre ni mujer, que no teniendo sexo ninguno, poseyese, sin embargo, todas las delicadezas, todas las ternuras femeninas, todo eso que vamos buscando en la mujer, sin lograr encontrarlo sino por excepción.

Si yo fuese pintor, pintaría el aspecto de este ser neutro. Sería algo así como ciertas representaciones de ángeles, sin androginismo. Vestiría una sencilla túnica.

Iríamos a buscar a esos seres para apoyar en su hombro nuestra cabeza en momentos de pena, para

ir con ellos del brazo por el plateado ambiente de las noches de luna...

Serían almas con la suficiente cantidad de carne para sentir su calor, para oir latir su corazón cerca del nuestro.

Serían juveniles, graciosos, ondulantes, pero sin nada que recordase el sexo, fuente del deseo y de la inquietud.

La mujer es demasiado vulgar. En su juventud tiene la frescura excitante sin idealidad ninguna y se convierte pronto en ánfora de hastío, donde apenas sobrenada una gota de miel.

En la madurez, llega a una fealdad a veces misteriosa, sin ganar, en cambio, *alma*.

Cuando piensa un poco, resulta por lo general de una pedantería insoportable. Felizmente, casi no piensa nunca.

Desear a un ser así, adorarlo, hacer de él la finalidad de nuestros años mozos y aun de nuestros años maduros, es, sin duda, una de las humillaciones más grandes que nos ha infligido el Genio de la Especie, brutal e imperioso.

Ese ser neutro nos compensaría de la vanidad de nuestra compañera... Mientras ella piensa en los trapos, comadrea, murmura, riñe con los criados, nosotros podríamos pasear al lado del «Angel».

Cada uno tendría, además de su mujer, un ser así. Sería éste el más casto y delicioso *mariaje a trovi*..., aunque sospecho que la mujer acabara por odiarle.

Con un ser así, realizaríamos el divino privilegio

de la amistad, del *amor sin alas* de que habló el poeta, ese bien supremo que tantos desean y que tan pocos encuentran...

Del trato con él dimanaría una gran paz.

Su alma selecta sería sabia, sencilla y serena. Tendría al nacer aptitudes especiales para aprenderlo todo, y un corazón en que floreciesen fácilmente, como en su natural terreno, la magnanimidad, la condescendencia.

Ser paciente, amablemente grave o gravemente amable, tendría en sus ojos no sé qué claridad crepuscular..., no sé qué hondura diáfana de manantiales escondidos...

Leeríamos y comentaríamos con él los libros cuya sola vista abre los labios de nuestra compañera en un bostezo bestial...

Este ser amaría y comprendería intensamente el Arte, la poesía, la suave o trágica filosofía de las cosas.

La dulzura y la fuerza se nos revelarían en todos sus actos.

Junto a él nos sentiríamos apaciguados...

El y el tedio serían antípodas. El y la ecuanimidad serían gemelos.

¡Oh esfinge que trabajas en tu obra arcana, ¿por ventura reservas al mundo un ser así en el otoño de la especie?

Entonces la mujer servirá sólo para concebir y dar a luz, y ese ser maravilloso será el colaborador natural de todos los genios, de todos los santos...

FILOSOFÍAS INOCENTES

Se queja un ilustre publicista francés del aumento de la frecuencia escandalosa, mejor dicho, de la estafa, en los últimos cinco años.

Todo el mundo está dispuesto a ganar dinero *honestly if he can*.., pero a ganar dinero.

Hay jóvenes de veinte años que se nos ríen en las barbas cuando les hablamos de moral, como se reían hace poco, cuando acertaban a descubrir en nosotros una miaja de sentimentalismo. (Léase *Mi ahijado*, de Lavedan.)

La única moral para muchos es no hacer tonterías...

Y tontería se llama, por ejemplo, dejarse sorprender con las manos en la masa.

Ir a la cárcel es una tontería de las más gordas.

Lo malo es que se comete a cada paso y habla muy poco en favor de la astucia y de la viveza de nuestros contemporáneos.

A lo que parece, antes había más crímenes impunes que ahora, no porque las leyes fuesen menos rigurosas, sino porque los crímenes mismos eran más obscuros, más indescifrables, más herméticos.

Con los estafadores pasaba otro tanto: se les pillaba difícilmente.

En primer lugar, porque eran más astutos, y en segundo lugar, porque no había prensa de gran circulación, que, dígase lo que se quiera, constituye uno formidable policía.

Ahora, en la niñez del siglo XX, los pícaros parecen palomos cándidos.

Se dejan pillar con una facilidad ridícula. Se están organizando una estafa dos años; la llevan a cabo con un maquiavelismo estupendo, y una vez realizada, se van a gastar el dinero a los sitios de placer más concurridos de París, y gritan su delito por todos los poros, hasta que la policía se ve obligada a intervenir.

De suerte que, sintetizando: jamás se ha visto en el mundo mayor cantidad de pícaros y mayor astucia en el empleo de todos los procedimientos ilícitos; pero jamás tampoco mayor necedad y torpeza para dejarse pillar.

Y yo me digo: ya que asistimos al desastre del maquiavelismo y de la astucia en asunto de picardía, ¿por qué a este joven siglo tan práctico no se le ocurre desconceptuar la estafa, no ya sólo en

nombre de la moral, sino en nombre del utilitarismo? ¿Por qué no se le ocurre, asimismo, predicar la decencia como un medio *expeditivo* para labrarse un porvenir?

Si analizamos un poco, veremos que las ideas de moral social que andan por allí son poco alentadoras.

Se le habla a la generación actual de deberes... hasta de sacrificios. Casi se le dice:

—Si no haces lo que ves hacer en rededor tuyo a tantos centenares de pillos, acaso vivirás pobremente, pero en cambio lograrás el aprecio de tus semejantes.

Y la juventud sonríe al oir estas palabras. Sonríe porque sabe que, desgraciadamente, el aprecio de nuestros semejantes se siente atraído por el imán del éxito y no por las espinas de la honradez. Sonríe porque a veces mira al que ha logrado enriquecerse de «cualquier modo», ceñida la frente por la aureola de todos los prestigios. Sonríe porque sabe que la sociedad no pregunta jamás a los Cresos de dónde vienen, sino adónde quieren ir.

Sería quizá más práctico, por tanto, predicar la honradez — esta honradez caserita y modesta con que, a falta de otra cosa, estamos dispuestos a contentarnos — como un medio de llegar a alguna parte.

En efecto, la honradez es práctica.

Aunque os parezca cuento de las *Mil y una noches*, yo conozco gente que ha llegado a todas las eminencias, por honrada, únicamente por honrada.

Aunque con la más despreciativa de vuestras sonrisas me llaméis iluso, yo he visto a mucha gente decente ganar dinero y vivir satisfecha.

Comprendo, dentro del desastre de todos los ideales, dentro de este torbellino de utilitarismo que ha barrido toda la bruma azul de ensueño, de ingenuidad y de entusiasmo que envolvía al mundo, comprendo, digo, que un escepticismo suspicaz se ría de mis afirmaciones.

Pero hay que advertir que la juventud tiene tales generosidades espirituales, que es muy posible que me crea.

¡Por algo ha de ser juventud!

Pues si me cree a mí, cómo no ha de creer a los hombres prácticos que un día se resuelvan a decirles:

—Ganar dinero es ciertamente una cosa muy conveniente; pero se puede uno hacer estimar y querer, aunque no gane mucho dinero.

Hay todavía un considerable lote de cosas bellas que no se compran en el mundo. El oro compra muchísimo; pero la simpatía, la discreción, la amabilidad digna, obtienen por privilegio exclusivo cosas que «aún» no se le dan al oro.

Os aseguramos que hasta en las más descomunales urbes, como Londres, como París, hay mujeres que aman de amor...

Os aseguramos que en esas mismas urbes des-

comunales hay hombres eminentes que han llegado a las más serenas cimas sin enlodar la pechera de su camisa...

Ciertamente el negocio es el negocio... pero os aseguramos que también la honradez y la decencia son todavía un negocio.

Suponed después de dicho lo anterior, señores pastores de espíritus, que la juventud, con ese divino ímpetu de fe, que aún le es consubstancial, a pesar de todo lo que hemos hecho por metalizarla, os cree. ¡Suponedlo!

¿Qué sucederá entonces? Pues sucederá que todas las naciones se pondrán camisa limpia. Y os aseguro que la camisa limpia proporciona mucho bienestar.

FILOSOFANDO

SEGÚN sapientísimos investigadores, Goethe, al morir, no dijo: «¡Luz, más luz!»

Está averiguado hasta la evidencia, que dijo, dirigiéndose a una niña amiga suya, allí presente: «Muchacha, daca la patita...» como si se tratara de un loro.

Los eruditos son así, incapaces de crear (la erudición, dijo alquien, no es más que una de las formas de la pereza), destruyen.

En México, por ejemplo, se ha comprobado que Cuauhtemoc, el último Emperador azteca, no dijo en el tormento: «¿Estoy yo acaso en un lecho de rosas?»

Hoy aún, al designar la flor, de importación postcortesiana, se dice: «rosas de Castilla».

Cuauhtemoc exclamó más bien: «¿Estoy yo acaso en un baño?»

Claro que esta frase no tiene el encanto ni la

majestad de la otra, pero, en cambio, la ultrajada verdad histórica gana...

—¿Gana qué?—me pregunto yo.

Tampoco es cierto que Pedro de Alvarado diese el famoso salto aquél, hincando la potente lanza en el fondo de uno de los canales, cuando la famosa retirada que terminó con la noche triste.

Y por último, es igualmente inexacto que Cortés haya llorado debajo del árbol centenario de Popotla.

En Francia hay un señor erudito por el estílo de quien ya me he ocupado: Monsieur Paul Girard.

Este doctísimo señor demostró recientemente que Frinea no se desnudó delante de sus jueces.

No es cierto tampoco que Helena haya vuelto bella al domicilio conyugal. Cuando tornó de Troya era una vieja de sesenta y dos años, de carácter agrio. M. Girard lo sabe bien. No es cierto que Ulises haya encontrado a Penélope hermosa y joven, después de veinte años de ausencia. Era una jamona pasadita de tueste.

Además, añadiré completando las maravillosas deducciones de Mr. Girard, como se desvelaba todas las noches para destejer la famosa tela trabajada en el día, la infeliz tendría unas orejas y una marchitez afeadoras por excelencia.

¡Pobre Monsieur Girard!

Pero vuelvo a la supuesta frase de Goethe.

El gran poeta alemán no dijo: «¡Luz, más luz!»

(*¡Dessmehr Licht, hereinkomme Licht... mehr Licht!*), pero debió decir esas supremas palabras

En cambio—y es a lo que quería yo venir a través de estas desmadejadas reflexiones—las mujeres elegantes de hoy tienen por lema lo contrario de Goethe: ¡menos luz, siempre menos luz!

La electricidad causa horror a nuestras *snobs*, y cuando no la proscriben francamente, la atenúan con pantallas del más puro estilo Luis XVI o de la mejor forma londinense.

¿Y por qué nuestras elegantes tienen ese horror de la luz?

No cabe duda de que las almas sutiles, los temperamentos delicados tienen que ser por fuerza crepusculares.

La penumbra es el medio natural de las almas aristocráticas. Cuanta menos luz, hay más suavidades, sobre todo más misterio, y de antaño sabemos, que (copiando la reciente y hermosa expresión del cronista Antonio Zozaya), la vida no vale la pena de vivirse, sino por la cúpula de misterio que nos envuelve y rodea...

Sería aventurado (y de mal gusto) suponer que los habitantes de Mercurio, por ejemplo, poseen sentidos afinados. La llamarada de su sol, disco enorme que no deja en el planeta un solo recodo de enigma, les hará nacer y crecer toscos, con un alma zafia y positiva.

Habrá muchos banqueros por allá, muchos comerciantes (por lo demás, el nombre del planeta lo hace suponer), muchos prestamistas. Las mujeres

tendrán todas almacenes, y serán furibundas partidarias del sufragio.

En cambio, en Saturno, que recibe muchísima menos luz solar que la Tierra, y cuyos días son mucho más cortos que los nuestros, los sentidos deben ser de una afinación casi insuperable. En ese mundo crepuscular, en que apenas si hay más luces que las tenues de los satélites y el vago resplandor fosforescente de los anillos, debe vivir un verdadero patriciado de almas.

¡Líbreme Dios, por tanto, de censurar la costumbre de los *abats-jours* o pantallas!

Pero...

Yo, en mi impenitente idealismo, quisiera que la razón de esta penumbra tan buscada, fuese verdaderamente noble.

Yo quisiera que se amortiguase la luz, para dar a las fisonomías (y a las conversaciones) un blando matiz de misterio.

Yo pregunto: Si todas las mujeres fuesen jóvenes y bonitas... ¿habría tanta pantalla en las mesas?

Y pregunto también: ¿por qué este horror a la madurez?

¿No sería por ventura más delicado hacer de ella una segunda belleza, grave, otoñal, un poquito melancólica, discreta, que contrastara con la atolondrada hermosura de los veinte años?

¡Veinte años los tiene cualquiera, Duquesa! En cambio es muy difícil tener cuarenta. Cuando se tienen resueltamente, sin hipocresías, cuando se rodean del medio tono, del ambiente que les con-

viene, los cuarenta y aun los cuarenta y cinco años son adorables, porque el hombre ya no va a buscar en ellos esa apariencia de encanto mozo que reina hasta las dos de la mañana y muere todos los medios dias, sino algo como un remanso de hermosura tenue, octubreña, llena de pericias; manos que al acariciar tienen *l'abandon paisible de la soeur*, grato a Verlaine; ojos en que hay medias luces de ternura y de sabiduría; bocas que sólo saben de sonrisas, de esas sonrisas que son la aristocracia de la alegría y de la expresión...

—¿No es verdad, Duquesa?

EL «MONO-HOMBRE»

Si leyeron ustedes *Le Journal* de París, de 12 de octubre, seguramente atrajo su atención, en la primera plana la pseudo-fotografía de un cuadrumano muy especial y estos títulos en extremo visibles: «Un *hombre-mono.*» —«Se llama *Zizi-Bamboula.*» «Se dice que nació en Borneo de los amores de una negra y de un *gorila.*»

Como ven ustedes, según la moderna costumbre periodística, los títulos lo dicen todo, al grado de que uno se pregunta si no será inútil leer el artículo. Como estamos tan ocupados, los diarios se encargan de evitarnos la tarea de leerlos. Nos condensan el asunto de una plana en tres o cuatro títulos a grandes letras. Podemos contentarnos con leer los títulos, que nos pondrán al tanto de lo que pasa en el mundo; y día llegará en que un diario de gran circulación sólo imprima títulos.

En este caso, sin embargo, el artículo decía algo

más que las llamativas cabezas. Decía que en el mes de julio último, un buque italiano, la *Pieuvre*, mandado por el capitán Vieheli, se vió obligado, para proveerse de carbón, a detenerse en Samarinda, posesión holandesa.

El capitán, acompañado de algunos marineros, se entró un poco al interior de las tierras. Después de muchas horas de marcha, el pequeño grupo encontró una negra de Borneo, que tenía en sus brazos, dándole de mamar, a un ser del más estupendo aspecto. La cabeza era de una apariencia simiesca, modificada solamente por orejas humanas; pero el cuerpo todo carecía de pelo y no mostraba traza alguna de rabo... En cuanto a los pies y las manos, estaban conformados exactamente como miembros humanos. El cráneo deprimido se cubría de un ligero vello rizado, muy semejante a los cabellos de un negro.

La reunión en un solo individuo de signos tan contradictorios, chocó vivamente a los marinos, que hicieron preguntas a la negra con respecto al ser híbrido a quien daba de mamar. Ella les declaró que habiéndose extraviado una noche en la selva, fué sorprendida por un *gorila*... De este fortuito encuentro, nació el niño que tenía en los brazos.

Tal relato inflamó la curiosidad del capitán, quien se arregló de tal manera que la negra se decidió a venderle aquel ser fantástico, el cual fué desembarcado en Amberes, a principios de octubre.

Zizi-Bamboula muestra íntimas sensaciones humanas: obedece a la voz de su *barnum*, ríe, llora y

danza *cake-walk*, tan bien como los negros de los *music-halls*... Pero, sin olvidar que es *gorila*, cuando lo molestan, de una manotada derriba a su domador.

Siento quitarles a ustedes una ilusión; pero todo lo anterior es mentira. El tal *hombre-mono* se reduce, según ha podido observarse después, a un *gorila* sin pelo, merced a una enfermedad de la piel. Todo lo demás es fantasía parisiense.

Pero, supongamos que fuese cierto... Este caso de hibridismo repetido, ¿no vendría, por ventura, a resolver la cuestión social tan erizada hoy de espinas?

Imaginemos que acabase por existir en el mundo una nueva especie: la de los *monos-hombres* (la de los *hombres-monos* siempre ha existido).

Resultaría que estos seres, dotados de una inteligencia en ciernes y de una fuerza brutal, serían admirables para los trabajos rudos.

Ellos desempeñarían las más pesadas faenas. Serían fogoneros en los buques, arrancarían el carbón y los minerales a las entrañas de la tierra, clavarían los rieles en los caminos, cargarían los bultos más pesados e irían a la guerra por nosotros, a servir de carne de cañón.

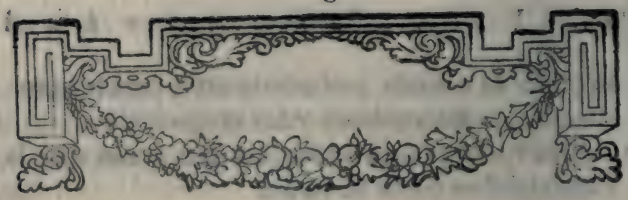
Su inteligencia rudimentaria, les impediría rebelarse. No comprenderían el valor del dinero y, por lo tanto, no ganarían salario alguno. Trabajarían

sólo por la comida, y el salario sería para los proletarios que los vigilasen y los dirigiesen...

¡Qué hallazgo para todos los que creen que la humanidad es bestia de carga!

... Sólo que si un día uno de aquellos antripoides resultaba un poquito más inteligente que los otros, la rebelión era segura. El sabría conducir al dócil rebaño de *monos-hombres*, decididos, irresistibles, colosales y contundentes... y ¡ay de los amos! Volveríamos a la eterna canción de las revoluciones. Los de abajo se entronizarían... y ¡vuelta a empezar! Decididamente, pues, la *nueva especie* no nos resuelve el problema... ¡Dejémosla dormir en el seno de las posibilidades, en los bosques tibios y vírgenes de Borneo! y resignémonos, por ahora, a no tener más que *hombres-monos*.

Noviembre de 1908.



MURIÓ DE AMOR

En un rinconcito de *Le Matin*, en la útima columna de la tercera plana, codeándose con el boletín meteorológico, avergonzado de mostrarse, había la otra mañana el siguiente suelto que traduzco:

«Un drama conmovedor se produjo ayer en el cementerio parisiense de Saint Ouen. A eso del medio día, uno de los guardianes, M. Diart, oyó una detonación que provenía de una de las secciones en que se hallan los sepulcros recientes.

»Púsose a buscar y no tardó en descubrir, yacente sobre la piedra de una de dichas sepulturas, a una joven vestida de luto riguroso, que mantenía aún en su mano crispada el revólver con que acababa de dispararse un tiro en el pecho.

»Después de haber hecho transportar al hospital Bichat a la herida, que estaba ya en el coma, M. Léger, comisario de policía de Saint Ouen, se

ocupó en buscar las causas del drama y he aquí la desoladora historia que le refirieron:

»La heroína, Luisa Pujol, una honrada y laboriosa modista de veintidós años, había conocido, en 1907, a un buen muchacho, Enrique Aufray, de quien se enamoró perdidamente: los dos se habían entregado a su idilio, que debía terminar en el matrimonio. Pero la muerte lo interrumpió. En unos cuantos días, Enrique Aufray enfermó y murió de congestión pulmonar.

»Luisa Pujol no era de aquellas que olvidan o se dejan consolar. Desde entonces la pobrecilla pasaba todos sus instantes libres en la tumba de su amigo, no viviendo ya más que para el muerto.

»Ayer, impaciente por unirse a él, compró un revólver con sus modestas economías, de costurera y...»

Pasan en torbellino feroz los automóviles; los autobús estremecen las calles; el metropolitano se desliza con estruendo en las entrañas de París, y en unos y otros, en aquéllos y en éste inmensa muchedumbre atareada, va, viene, se agita en pos de una sola cosa: el dinero.

Se come de prisa, se saluda con un signo rápido a los amigos; se duerme un sueño breve y agitado. No hay tiempo más que para una sola cosa: para buscar dinero. Todo se ha traducido a oro: el matrimonio, el arte, la poesía, la ciencia, la industria.

El mundo entero, presa de vértigo, danza en rededor del becerro bíblico. Por él matan sin piedad los apaches, se pierden las mujeres, los hombres hábiles hacen saltar fortunas... y de pronto, en medio de esta balumba, de este afán, de este griterío, suena un tiro...

Un tiro... ¡qué más da! Centenares de individuos se suicidan a diario en el mundo, por neurastenia, por fatiga, por pérdidas de dinero... que más da!

¡Ah, no! es que este tiro, una pobre modistilla se lo ha disparado en el pecho... sobre la tumba recién cerrada de su amigo... ¡Se lo ha disparado por amor!

—¡Por amor!

El financiero, el *snob*, la mujer de mundo, el sabio, el artista, el profesional, todos, absolutamente todos, sonríen con inmenso, pero a la vez furtivo desdén.

—¡Por amor!—y cada cual sigue su camino.

Yo, pobre Luisa, yo, el último cursi, el último abencerraje de estas cosas idas, desvanecidas irremisiblemente, yo soy el único que me detengo al eco de esa detonación. Ansiaría recoger la bala que te partió el pecho; sacarla de tu corazón sangriento, engastarla en oro y colgarla de mi cuello como un amuleto. ¿Cuánto queréis por esa bala, señores médicos del hospital Bichat? Os la pagaré bien.

Es un plomo que, más feliz que el de la Edad Media, para mí se trasmuta en oro...

⊠

Ser amado así..., haber sido amad o así en París y en el siglo XX... ¡Pobre muerto! y tú no lo sabes quizá. Tú estás allí estúpidamente tendido entre cuatro tablas, en el cementerio de Saint-Ouen, y no has oído acaso el ruido seco de la detonación y no has visto caer sobre la losa que te cubre el cuerpo joven, palpitante, sacudido aún de espasmos, de esa mujer que se ha matado por ti..., que te ha amado hasta matarse por ti!

Si ahora, cuando manos piadosas (de esas que nunca faltan en París, a pesar de todo), la entierren a tu lado, no abres para estrecharla contra tu corazón los brazos descarnados, es que verdaderamente debes haber caído en un pozo muy hondo... muy hondo... tan hondo que no se escucha en él ni el estruendo de la bala que parte el corazón de una mujer loca de amor!

⊠

¿Y qué hiciste, en suma, para ser amado así? ¿Qué méritos tenías para ser llorado de esta suerte? ¿Comprendiste siquiera tal amor?

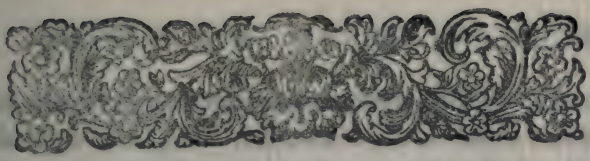
¿No eras por ventura un pobre hombre inconsciente, metódico, tranquilo, que comías y amabas a horas fijas?

¡En ese caso, mejor para ti, buen burgués, si no oiste la detonación!

La bala me corresponde a mí, viejo cazador de quimeras, a mí, el último cursi y uno de los últimos poetas.

Señores médicos del hospital Bichat: ¿cuánto queréis por esa bala?

Diciembre de 1908.



UNA SEMANA SANTA EN PARIS

Se cuenta que cuando Clovis, recién convertido, oía el relato de la pasión de Cristo, al llegar el predicador a uno de los momentos más dolorosos del martirio del Justo, el rey de los francos, sin poderse contener, exclamó:

—¡Ah! si yo hubiese estado ahí con mis barones...

Pero desde entonces han llovido siglos y yo me imaginaba que la vieja piedad de Clovis, ingenua aún o refinada si se quiere, reinara en París.

¡Una Semana Santa en París!—me dije cuando vi acercarse las postrimerías de la Cuaresma—. Voyme a España, a Italia, a cualquier rincón del mundo en donde aún florezca la vieja devoción, ostentosa y ardiente: donde haya olor de romero, calvarios de pino, pájaros sobre los altares, mantillas sobre las cabezas, camándulas entre los dedos, lágrimas de compunción en los ojos: una Semana

Santa, en fin, pintoresca y decorativa, como de pintor español, como de cuadro de género lleno de color y de luz.

Pero en París, en esta «Metrópoli de los siete pecados», en esta Salomé voluptuosa, capaz de danzar por la obtención de la cabeza del Bautista, ¿qué piedad va a haber? ¿Quién va a pensar aquí en Cristo? ¿Qué tiene que hacer el varón de Dolores aquí donde la «joie» fluye vivaz, loca, potente, desenfrenada; aquí donde la vida hace un mohín de burla a todos los problemas y se va por el bulevar del brazo con el deleite; aquí donde es de buen tono reir; donde la melancolía es ridícula; donde un *mot d'esprit* vale más que todos los poemas... Donde la mujer es tan bella y el espectáculo exterior tan amable y solícito...?

Y aquella Semana Santa no la pasé en París. E hice mal. Porque—después lo supe asar—París es la ciudad maravillosa por excelencia, donde se codean todas las antítesis, donde se rozan todos los contrastes, donde se dan la mano todas las contradicciones.

¡Cuántas veces, en ondulante y prolongada «rue» de Sevres, por ejemplo, a diez metros de un fraile que desde una ventana de su convento vetusto, con un libro de teología sobre las rodillas, miraba al sol derrumbarse, *sicut gloria hujus mundi*, pasaba una mundana, toda envuelta en perfumes, en suspiros de seda y en caricias de marta y cibelina, negligentemente echada en el cojín de su victorial...

¡Cuántas veces en la aristocrática Magdalena,

junto a la marquesa vieja y gorda que rezongaba *paters* y «aves» flanqueada por un ostentoso lacayo que le había llevado un cojín riquísimo y que inmóvil aguardaba sus órdenes, vi a la pobre hermanita, a la hermanita azul y blanca, a la buena hermanita de la caridad en éxtasis ante un altar!...

¡Oh, sí! en París la luz y la sombra se tutean a cada instante: el mal y el bien pasan rozándose.

Por la misma acera van la cocota y la santa, el genio y el idiota, MM. Buvard y Pécuchet, y monsieur Durtal, M. de la Palice y M. Anatole France.

Vino otra Semana Santa y en ésta no me escapé de París, e hice bien. Estaba entonces en la «Capital de las capitales» don Justo Sierra y me tocó pasarla con él, sólo con él, dentro de ese belicoso anonimato de la gran ciudad.

Empezamos por ir al teatro des Capucins (una miniatura de teatro, especie de estuche de seda crema, engastado en el bulevar y al cual concurre lo más *élite*, *smart* y *vieux regime* de París) a escuchar los sermones de Bossuet, predicados... por Mounet Soully.

Os aseguro que aquello era *drole* y que valía la pena de oírse. El viejo autor, teatral hasta los tuétanos, el enfático intérprete del *Edipo Rey*, daba a las inmortales oraciones de Bossuet tal prestigio de tonos, tal prodigalidad de matices, tal unción buscada, y encontraba tan bien el «efecto», que

cerrando los ojos y con esa dosis de imaginación acomodaticia de que el maestro Sierra y yo íbamos bien provistos, «veíamos» al águila de Maux tronando sus apóstrofes... sobre un concurso de reyes...

Después de Bossuet venía Massillon, con la solemnidad melancólica y altiva de sus discursos, con su *¡Dieu seul est grand!* desgranado austeramente sobre el cadáver cubierto de Lises, del rey Sol; y salíamos de aquel teatrito mundano, perfumado y lleno del crujir de las sedas, con cierta emoción «antigua» en el alma, con cierto perfume de devoción surannée... de muy buen tono.

Y luego emprendimos una peregrinación a todos los templos, la cual duró Jueves y Viernes Santo.

En la Madeleine, donde está el Dios de Moda, pensamos en Luis Quince; en Saint German L'Auxerrois, pensamos en Catalina de Médicis y en Carlos nono; en Santa Genoveva, pensamos en Clovis; en la Santa Capilla—esa gigantesca piedra preciosa—en San Luis; en Nôtre Dame... en Nôtre Dame, casi un milenario maravilloso desfiló ante nuestros ojos, y después de haber pensado en Felipe Augusto... pensamos en Víctor Hugo.

Escuchamos ahí los sermones del padre dominico Letourneau, primer orador rapado de Francia ante S. E. el cardenal Richard (ochenta años envueltos en púrpura cardenalicia). Y por último, ahí

mismo, a la misteriosa luz de los vitrales pálidos, que parecen pensativas rosas místicas, el Viernes Santo, a las tres de la tarde, besamos la corona de espinas del Salvador.

—¿La misma?

—¡Ah! no me lo preguntéis. No tuve ahí, bajo aquellas naves, milagros del arte gótico, el mal gusto de dudar. Cuando el sacerdote me presentó la reliquia, envuelta en cristal de roca y plata, beséla—besé, mejor dicho, el cristal—con el temblor en los labios, como si los hubiese posado sobre una llaga del Justo. Después nos dieron a besar un clavo: el que posee la catedral. (De los otros dos uno fué puesto en el freno del caballo de Constantino y otro arrojado al mar en una tormenta... Esto cuentan; yo no sé).

El maestro besó la corona, besó el clavo, y al salir del templo besó aún un Cristo donde se posaban centenares de labios, diciéndome: «Yo beso todo lo que besa el pueblo».

Dando por terminada nuestra Semana Santa, nos dirigimos a comer a un restaurant cercano, que por cierto acababa de abrirse al público.

El *maître d'Hotel* se acercó con esa solicitud parisiense y organizamos con él el menú.

—¡Ah!—nos dijo—lo mejor que tenemos es *faisan sur canapé*... ¡está delicioso!

—Sírvalo usted.

Cuando el maestro lo hubo gustado, me dijo:

—Tengo para mí que este faisán... es pollo...

—No sería difícil—le respondí—; pero para bien

terminar nuestra Semana Santa, no discutamos autenticidad ninguna: ni la de las reliquias, ni la de los faisanes...

—Tiene usted razón—me respondió el maestro—. Este faisán es exquisito: comámoslo.

Y partió el pan conmigo y comimos, mientras la tarde de oro se apagaba lentamente y el milagro de *Nôtre Dame* erguía, allá en el fondo de la gran plaza del *parvis*, sus obscuras blondas de piedra, bajo la caricia trémula de las primeras estrellas.

CIENTO CINCO AÑOS

La otra tarde tomó un tranvía de los más frecuentados de Madrid, al propio tiempo que yo, una anciana del pueblo.

Debía ser de edad muy avanzada, esto se advertía desde luego; pero aunque subió al estribo con cierta dificultad, no se mostró ni con mucho tan torpe como su carga de años hubiera hecho suponer. Había en sus movimientos vacilantes cierto resabio de agilidad nerviosa, y su estatura, más que mediana, se enderezaba aún en actitud no exenta de garbo.

Los pasajeros la contemplaban con la curiosidad que despiertan los que han acertado a escamotear al soplo de la muerte, durante mucho tiempo, esta llamita temblorosa, inconsistente y sutil de nuestra vida.

Iban asimismo en el tren: una hermana de la caridad, que miraba a la vieja con mirada dulce y

piadosa; un setentón asmático, malhumorado, que la miraba con envidia y despecho, y una polla, que acaso imaginaba con cierto horror la inevitable perspectiva de ese camino que lleva a la vejez y que nos desexúa por completo. ¡Así, pues, un día, ella, tan rosada y apetitosa, llegaría a ser como aquélla, armazón enjuta de huesos y pellejo!...

Y ya nadie apetecería sus labios ni encendería el alma en sus ojos!...

La anciana, entretanto, indiferente a todos, pensaba en no sé qué, con las vidriadas pupilas fijas en un punto hipotético, y moviendo sin cesar, con un movimiento maquinal y blando, sus mandíbulas desdentadas y sus grandes labios flácidos.

Debió ser bella... hace más, mucho más de medio siglo, y en las líneas de su acusado perfil, en las prominencias de su rostro, arado profundamente, en la suave curva de sus cejas ahora nevadas, había aún un sello tenue de gracia y de nobleza.

—¿Cuántos años tiene usted, abuela?—le preguntó el conductor, que ya no pudo contener su novelería.

—Unos pocos—respondió ella con graciosa malicia—, unos pocos, y agitaba sentenciosamente la cabeza y la diestra descarnadas. Para la fiesta de San Antón, esa en que bendicen los borreguitos y los cerdos—añadió—, cumpliré ciento cinco años.

Un «¡ah!» saturado de admiraciones, hizo coro a estas palabras.

¡Ciento cinco años! Y en efecto, aquel rostro

llevaba escrito en sus arrugas la leyenda de más de un siglo.

—Ciento cinco años—siguió diciendo la anciana—, y yo soy la última de una familia de trece hijos. ¡Todos han caído!—y al decir esto, su mano temblorosa hacía un expresivo movimiento horizontal, como el de una hoz que corta espigas—. Todos han caído. Sólo yo estoy aquí.

—Y estará usted aun por mucho tiempo—replicó el conductor, por decir algo—, porque vaya si tiene usted agarraderas...

La abuela se encogió desdeñosamente de hombros y siguió con sus vidriados ojos fijos en un punto invisible y apretando los labios con ese movimiento elástico que tienen las bocas decrépitas.

¡Ciento cinco años!—pensaba yo entretanto.

¿Os imaginás lo que esta anciana ha visto, ha podido ver?...

Cuando nació, Napoleón llenaba el mundo con el estruendo de su nombre: el sol de Austerlitz estaba muy cerca y muy lejos la noche de Waterloo.

Cuando esta mujer tenía un año, en 1805, España libraba contra Inglaterra aquella tremenda lucha que acabó en Trafalgar. Cuando esta mujer era una niña de cuatro años, los franceses invadían a España. Carlos IV abdicaba, Fernando VII renunciaba a sus derechos al trono en favor de Napo-

león, José Bonaparte venía con su hermano, el semidiós, a Madrid, y, por último, España entera se levantaba contra el invasor.

Y la niña vió pasar a Napoleón, «el único», y mientras jugaba en el arroyo o iba a la escuela, o ayudaba a su madre en las tareas domésticas, de los cuatro a los diez años, en la atormentada España se efectuaba la guerra de la Independencia, y la Historia escribía en sus páginas las batallas de La Coruña, de Salamanca y de Talavera, los sitios de Zaragoza, de Gerona, de Valencia y de Ciudad Rodrigo; se proclamaba la Constitución de Cádiz y caía con estruendo, después de cerca de cuatro siglos de horrores, el Santo Tribunal de la Inquisición.

Cuando esta vieja tenia seis años, Hidalgo lanzaba en México su grito de redención; cuando contaba diez y siete, y acaso era ya esposa y madre, dada la temprana edad a que se casaban nuestras abuelas, México consumaba apenas su independencia, y los Estados Unidos adquirían la Florida, donde Juan Ponce de León creyó encontrar la juventud eterna.

Esta abuela vió en sus mocedades la Corte de Fernando VII.

Su marido o su amo llevaba trenza, calzón corto, media blanca y casaca bordada.

Cuando tenía ya veintiséis años, nacía apenas Isabel II y se abolía la ley sálica. Ella vió la regencia de Cristina, la primer guerra carlista y la regencia de Espartero. Ella vió subir al trono a Isabel II;

su marido estuvo acaso en la guerra de Africa, y cuando Isabel II era expulsada de España, los nietos de esta vieja ya jugaban también en el arroyo...

Ella vió, por último, el Gobierno provisional de Serrano, el efímero reinado de Don Amadeo, su abdicación, la República y el Gobierno platónico de Castelar... Ella...

Pero el tranvía ha llegado a su destino. Yo desciendo, y al dirigir una postrer mirada a la centenaria, veo aún sus ojos vidriados, fijos en un punto invisible, sus labios apretándose sobre sus encías con movimiento incesante y su mano escuálida describiendo, para subrayar el «¡todos han caído!», una línea imaginaria, como la de la hoz que abate las espigas...

Julio de 1909.

PHEBUS

En la época de la guerra franco-prusiana, había en Wáshington un embajador francés, personaje muy distinguido, cuyo nombre no es del caso apuntar, el cual, vista la anormalidad de la situación y el exceso de trabajo de cancillería consiguiente, había permanecido en la capital americana en lo más fuerte del estío.

El calor era excesivo: temperatura de Wáshington.

Una tarde, el embajador dictaba a sus secretarios importantes comunicaciones. El termómetro andaba cerca de los 40 grados centígrados.

La atmósfera era quieta, pesada, asfixiante, no hubiera sostenido la barba de una pluma, ni extremecido la hoja de una sensitiva.

Temperatura de Wáshington.

El embajador se hallaba en mangas de camisa y dictaba, paseándose por la pieza, que era vasta.

Frecuentemente enjugaba su rostro empapado

en sudor, y a veces dejaba ver ligeros signos de impaciencia.

Temperatura de Wáshington.

De pronto salió de la pieza, fué hacia un mueble donde guardaba un revólver; lo tomó, lo apoyó en su sien y disparó, desplomándose «pesadamente», como dlcen los folletines.

El calor había enloquecido a «Son Excellence»...

Temperatura de Wáshington.

En aquella sazón, y a pesar de lo conmovida que estaba Europa, merced al tremendo conflicto continental, el hecho causó hondísima sorpresa y fué muy comentado.

Ahora, estudios, comparaciones, estadísticas, muestran un terrible aumento, no sólo de suicidios, sino de riñas y asesinatos, durante el trimestre de junto a septiembre.

Basta coger, al azar, cualquier número de cualquier periódico.

Véamos, por ejemplo; un popular diario parisiense, que tengo a la mano.

En una de sus páginas habla de lo excesivo de la temperatura; en otra, con el título de «Epidemia de suicidios», dice:

«Continúa la serie de suicidios; he aquí la lista de los registrados ayer: «Juan Bautista Desort, treinta años, empleado de contribuciones en Evian. Ahorcado en su pieza».

«Melania Boussigot, cuarenta y cinco años, envenenada en su casa. «Quai» Montebello núm. 15».

«Carlos Regnier, veinticuatro años. Soldado en

goce de licencia. Muerto de un balazo en la casa de sus padres, en Vanves».

«Armando Bonay, sesenta años, rentista, asfixiado en su pieza, calle de Vincennes, en Montreuil».

«Máximo Truffault, treinta y un años, mecánico; muerto de un balazo, en su domicilio, boulevard Sadi Carnot en Ivry».

«Eugenio Duval, veinte años; colgado de un árbol en el bosque de San Germán».

«Luis Marín, cuarenta años, propietario de Saint Cyr l'Ecole; balazos en la cabeza».

Además de este plato del día, el diario en cuestión, en el mismo número, nos habla de otras diez tragedias diversas, sin contar las congestiones producidas por la temperatura.

Así, pues, en una gran capital, cada día de calor excesivo produce, cuando menos, fuera dè las congestiones, unas quince tragedias.

Naturalmente que si contáramos las catástrofes de género chico; los maridos que se vuelven reos de sevicia para con sus mujeres; los hermanos que riñen, los amigos que discuten y de cuya discusión nace la luz, porque se hacen ver mutuamente «las estrellas», esto ya no sería artículo, sino inventario.

Algunos astrónomos suponen que si en Mercurio hay habitantes, dada la espantosa vecindad del sol y supuesto que las condiciones especiales de la atmósfera no moderan la horrible temperatura que debe sentirse, tales habitantes estarán locos...

Esto, que a primera vista parece ofrecer sus inconvenientes, en realidad no tiene ninguno.

Los locos suelen ser más razonables que los cuerdos, y por otra parte, como todos se hallan en el mismo caso, ¡quién va a establecer la diferencia!

Bien pudiera ser que por allá, los raros cerebros normales que escapasen a la acción del sol, estuviesen encerrados en un manicomio. Porque, en suma, esto de la locura, sabemos bien que es de lo más relativo que hay en el mundo.

En Venus, los habitantes resultan mejor librados que en Mercurio... ¡pero están peor que en Wáshington! Sólo que Venus tiene una atmósfera más densa que la nuestra, y cubierta casi siempre de de nubes (a las cuales, por cierto, debe ese mundo hermano, buena parte de su excepcional brillo) y las lluvias deben ser copiosas.

En la luna, la cosa anda peor. Ahí se pasa del frío del espacio a la temperatura del metal hirviente, casi sin transición...

Moraleja: ¡no nos quejemos, pues, del calor! No nos quejemos del calor, que es la caricia del sol a sus mundos. No nos quejemos del calor que todo lo fecunda.

Dicen que en el infierno mismo, los primeros quince días son los penosos. Después uno se acostumbra y aun hay condenado que pide cobija, como aquél de San Juan Bautista de Tabasco...

No nos quejemos, pues, del calor.

Pensemos, por el contrario, que si el frío es padre de la blancura y a veces de la civilización, el calor es el padre del deseo, de la gracia, de la belleza y del amor.

Él pone en las calderas de las hembras del medio día, todas las cadencias, todos los ritmos y todas las molicies del mar.

El es el creador de las palmeras y de las esbelteces criollas. El es el autor de los ojos negros y de las ardientes bocas húmedas.

El ha rayado los flancos de los tigres y de las zebras; él ha manchado la piel de las panteras y ensortijado la melena de los leones. El ha dado al gato el secreto de ese ritmo ondulante que es la elegancia suprema.

Él ha compuesto los danzones voluptuosos de nuestras costas; él ha cuajado de frutos el árbol de mamey; a él le debemos la carne blanca de la chirimoya y el estuche de carmín del café, estimulador del ingenio.

El pinta las fastuosas puestas del sol de los trópicos, y pone el más suave rosa en las mejillas de la aurora...

Él es imán de la golondrina ligera y de la lenta cigüeña pensativa.

Él compuso «el cantar de los cantares».

El afinó las arquitecturas de ensueño de la Alhambra.

Los griegos, con justicia, hicieron de la fuente de donde mana, el dios más amable de sus mitos eternos; el dios «Phebus» auriga del sol; el dios de la poesía, de la medicina, de la música y de las artes; el musageta, rico dispensador de todas las armonías.

1910

EL OJO MARAVILLOSO

En septiembre de 1908, los Directores del Observatorio solar de Mount Wilson en Pasadena (California), recibieron una caja enorme, sobre la cual se leía el famoso «tres fragile», que es como una súplica suprema y casi siempre vana a la brutalidad de los que cargan y descargan los fardos en los vapores y ferrocarriles.

Abierta la caja con sumo cuidado, se vió que la paja y el algodón que resguardaba aquéllo, sin duda precioso, que se hallaba en el fondo, tenia muchos pies de espesor.

Por fin apareció el objeto de tantos cuidados. Los sabios, con manos temblorosas, arrancaron los últimos centímetros de envoltura, y la cosa estupenda, maravillosa, única absolutamente en el mundo, se mostró a sus ojos: ¡Era un lente de cien pulgadas de diámetro!

Para que os imaginéis lo que es un lente de cien

pulgadas de diámetro, deberéis saber que los mayores que existen (la asombrosa del Observatorio de Yerkes, en Williams Bay, Wisconsi, Estados Unidos, por ejemplo), tienen sólo cuarenta pulgadas de diámetro.

Con ellas, la luna se ve a «doscientas millas de distancia».

Un lente de cien pulgadas de diámetro, era pues, el milagro de óptica más sorprendente de este siglo de los milagros...

El ojo inmenso que iba a verlo todo, que iba a penetrar la esencia de los cometas, a escudriñar como si estuviesen a un paso de nosotros las enigmáticas reconditeces de la luna, a contemplar la «verdad» de Marte, a hundir su escrutinio vencedor en los más lejanos y rebeldes abismos de la noche... el ojo inmenso estaba allí, radiando dulcemente a la luz del sol.

¿Os explicáis, pues, el temblor de las manos de los sabios?

✠

—¡Tiene una grieta!—dijo de pronto la voz ahora angustiada, desesperanzada, velada por inflexión de despecho, de uno de los directores.

—¡Tiene una grieta, una gran grieta!—repitió la voz...

Así, pues, aquel cristal fundido y pulido con infinitas precauciones, con infinitos trabajos, con una incesante y tenaz paciencia, era inútil. Había

que arrojarlo al jardín, para que quedase ahí, hincado en la tierra, brillando tristemente... Sin objeto, como recuerdo de un fracaso. Fué aquél, día de luto en el Observatorio Solar de Munt Wilson.

Pero un espíritu yanqui no se mantiene por largo tiempo en las zonas del desaliento.

El disco había sido moldeado en Goblain (Francia) y costó cincuenta mil dólares.

Todo se reducía, por tanto, a cincuenta mil dólares más y uno o dos años de paciencia.

Al día siguiente, la fundición de cristal de Goblain, recibía un cable: «Construya nuevo lente de cien pulgadas.»

Y muy pronto la nueva lente estará en Mount Wilson.

Con la misma, con emoción quizá mayor, los sabios harán abrir la caja.

El disco intacto—hay que esperarlo, hay que creerlo—, aparecerá dentro de una espesa envoltura.

Se procederá en seguida a construir un gran reflector de ocho pies.

Un tubo, mayor que todos los cañones existentes, sostendrá la lente y apuntará con ella al infinito.

Gracias a un complicado mecanismo eléctrico, la mano de un niño podrá mover el interminable tubo, de cuyas proporciones podéis daros cuenta

sabiendo que el aparato ecuatorial de Yerkes, ya citado, tiene «sesenta y dos pies de largo».

La cúpula colosal que abrigue al precioso instrumento, girará asimismo con facilidad pasmosa, abriendo su gajo de acero para que el «ojo», el «ojo» mirífico se asome al abismo.

Marte, que ahora está inmergido en la radiación solar, en octubre del año entrante se hallará «apenas» a 38.800.000 de millas de distancia de la Tierra.

No es ésta una de las propias oposiciones, ya que suele aproximarse (cada setenta y nueve años) algo más.

Pero para el ojo, para el ojo estupendo de cien pulgadas de diámetro, el planeta amarillento estará más cerca de lo que la luna se nos muestra actualmente en las máximas lunetas que existen.

En cuanto el mundo, lleno de misterio, el mundo que mantiene en perenne extremecimiento la honda interrogación de los sabios, esté en condiciones favorables para ser observado, allá por agosto de 1911, majestuosamente, lentamente, el obscuro tubo de metal se moverá hacia él y le clavará su ojo fantástico... su ojo avizor...

Entonces, un astrónomo se acercará temblando al ocular... moverá lentamente la cremallera... El disco enorme y borroso llenará y desbordará el campo del lente... la cremallera irá enfocándolo poco a poco. La mano del astrónomo temblará más y más...

Por fin, un segmento del esferoide, que se mece cada dos años en la negrura de nuestras noches, se mostrará preciso, claro, con la infinidad de sus

detalles, con la variedad inimaginable de sus coloraciones, con sus mediterráneos azules, con sus desiertos amarillos, con sus purísimas nieves boreales... y el sabio «verá, verá» definitivamente para la ciencia la verdad por tantos siglos escondida.

Si existen los canales de Marte, su agua apacible proveniente del deshielo de los polos, correrá reflejando el cielo, por los amplísimos cauces. Si la vegetación brota como se cree en las márgenes de estas portentosas cavidades, verá el sabio el verde y el rojo de los árboles; si, por último, la mano de una humanidad inteligente ha creado obras duraderas, tales obras se revelarán ante los ojos atónitos del observador.

Éste contemplará al hombre de Marte, probablemente gigantesco, dada la gravedad del planeta, menor que la mitad de la Tierra.

Las grandes agrupaciones marcianas, las ciudades de esa ideal «Venecia celeste», se mostrarán a través de la lente en toda su magnificencia.

Y una civilización vieja, de millones de años, se codeará con la nuestra. Y una revelación prodiglosa bajará y se posará sobre las cabezas pensativas de los hombres.

Y una palingenesia divina se efectuará en la Tierra.

Y no habrá más mitos ni imaginaciones vanas. El mundo dará un salto de centenares de siglos.

Y lo que es ya no será, y empezará a ser lo que sólo cabía en las adivinaciones de los sociólogos, de los artistas, de los apóstoles y de los poetas.

DE BIARRITZ A SAN SEBASTIÁN

Se oye la crepitación seca de un motor en el aire, y todo el mundo, con un solo movimiento deja las cómodas sillas en que reposaba en la playa y echa a correr fuera de los toldos, en busca del cielo azul donde un biplano farmán evoluciona con majestad incomparable:

Es el aeroplano de Tabuteau, de Tabuteau, que ha venido de Biarritz a San Sebastián en treinta y cinco minutos, y hasta ha tenido tiempo durante ellos, de perderse y volver a encontrar el camino.

Tabuteau vino a los Pirineos con motivo del concurso de aviación de la Nive, y se ha quedado por estas playas explotando admirablemente su aparato.

Todas las tardes, «si el tiempo lo permite», vuela en el aerodromo, que es un valle delicioso en cuyo seno de césped se enroscan los cristales de la Nive.

Hay, naturalmente, muchos ricos ociosos que van a presenciar estos vuelos. Tabuteau los convida a volar.

Cada vuelo vale doscientos francos.

¿Pero volar no vale un mundo?

Se acepta, pues, por la general, la invitación; pero cuando vais a subir a la barquilla de lona, al lado de Tabuteau, el mecánico de éste se acerca a vosotros con la más insinuante sonrisa y os presenta un papel para que lo firméis.

Este papel, escrito a máquina, y del cual el mecánico tiene varios ejemplares, dice poco más o menos:

«Renuncio, en caso de accidente, a toda reclamación contra el señor Tabuteau»; es decir, que casi escribís:

«A nadie se culpe de mi muerte»...

Pero he de apresurarme a decir que se trata de una precaución de Tabuteau muy justa, muy legítima, y hasta ahora inútil.

Tabuteau maneja su aparato con una maestría, una precisión y una firmesa extraordinaria.

Viéndole volar se tiene la sensacicn de una seguridad perfecta.

El biplano se levanta del suelo con gracia indecible y desciende (señores académicos, ¿cómo podríamos traducir el verbo aterrir?), desciende con suavidad tal como si lo posaran blandamente sobre la hierba.

Durante el vuelo, un simple y leve movimiento de hamaca...

No es raro en las bellas tardes doradas de este otoño, que Tabuteau trasponga, con algún pasajero privilegiado, los límites del aerodromo.

Entonces son los maravillosos vuelos sobre el margen, los cuales hay virages emocionantes, vuelos planés (señores académicos ya me daréis una traducción conveniente para esta otra palabrita), vuelos planés durante los cuales el aeroplano se cierne con gracia inmensa... ¡Ya va a caer en el mar!

¡Ya va a tocar la cresta de las olas!

Pero a una distancia mínima la hélice sumisa vuelve a girar y el biplano asciende, seguido por un ¡ah! de alivio de todos los pechos, asciende en un ángulo de pocos grados, se remonta gallardísimamente y se aleja entre las bocanadas de fuego del crepúsculo.

La otra tarde, el gran pájaro pasó sobre el jardín de Amaga, en Cambo, donde el poeta de Cyrano vive días de paz, y Rostand le escribió el siguiente soneto:

PREMIER PASSAGE SUR MON JARDIN

27 septembre 1910.

J'avais sur la montagne un grand jardin secret.
Mais, ce soir, se levant du fond de la campagne.
Le long biplan que l'oeil desbergers accompagne
Vint á ma solitude inhiger un soufflet.

Car, dourblant mon toit basque oú, presque, il s'éraflait
Le monstre pour lequel il n'est plus de montagne
Passa sur mon jardin comme le vent d'Espagne,
Et mon sable eut son ombre, et mon lac son reflet!
J'aurais dú t'en vouloir, ó beau monstre de toile.
Moi qui n'ayant cherché que l'aigle et que l'étoile
Suis venu sur ce mont, loin du plaisir humain
Pour avoir á moi seul un ciel qui se deploie!
—Mais j'ai crié d'orgueil et j'ai pleuré de joie
Lorsque j'ai vu mon ciel devenir un chemin!

Edmond Rostand.

Tabuteau es el hombre de la aureola. El rey de España le ha ofrecido la cruz de Carlos III. Las copas llueven sobre él.

Las mujeres le sonríen y en cada mirada le mandan dos besos por lo menos.

Tabuteau fuma indiferentemente su cigarrillo.

Tiene la edad en que, como dice Hugues le Roux, *on donne sa vie comme on jette une fleur...* pero esta flor de la vida no la arrojará al viento.

Tabuteau no es un *caseur de bois*; no morirá como tantos ícaros lamentables. Es frío, prudente, conoce como pocos la máquina en que vuela y ama la vida: la Vida que para él es gloria, dinero, amor... y alas ¡sobre todo alas!

«PERRAS GRANDES Y PERRAS CHICAS»

En Francia la propina, esa «obligación voluntaria» a la que nadie se sustrae, es algo personal. Dais a éste o a aquél, a ésta o a aquélla, más o menos, según que os han servido mejor o peor (pero dais siempre). En España la propina es algo impersonal y colectivo, muy digno de atención.

Vosotros sabéis, sin duda, que en Francia hay innumerables *garzons* y *filles* de café que sirven únicamente por la propina. Esto pasa no sólo en París, sino en provincias. Ser *garzons* de un café bien frecuentado, es una verdadera lotería. Hay mozos de café o de restaurant, que a los cincuenta años «se retiran de los negocios» con cien o doscientos mil francos de economías. Esos cien o doscientos mil francos han sido amasados *sou* a *sou*.

En ciertos cafés parisienses no sólo no se paga a los *garzons*, sino que ellos pagan por servir, además de otras formalidades que se les exigen, como

«físico del empleo», correcta manera de expresarse, etc., efc.

En cambio ¡qué buenas propinas se llevan!

Imaginemos a un *garzon* del «café de Paris», pongo por caso, en una de esas alegres cenas en que la llave de oro del champaña desata las lenguas, el amor y los bolsillos. Sus oficiosidades, sobre todo si es simpático, buenos luises de oro suelen valerle. Ahí el cliente que menos se respeta, deja en el plato la moneda blanca, que le traen de vuelta y guarda sólo el oro o los billetes azulados y finos.

Claro que en España las cosas pasan menos en grande; pero la propina, de todas maneras desempeña un papel importantísimo.

En la bella Vasconia, por ejemplo, las muchachas—casi todas hermosas, porque la raza es muy bella—que sirven en los hoteles, trabajan sólo por la propina. Pero por una propina colectiva, impersonal, como decía yo antes.

En Francia el mozo o la camarera guardan lo que reciben sin dar cuenta de ello a nadie. El *garzon* de un café paga como en México en el *comptoir*, lo que pide y se embolsa tranquilamente su *pour boire*.

En España, en Vasconia, repetiremos para más concretarnos, la propina va a dar a un depósito común.

A veces, las más, este depósito es una gran hucha, que no se abre sino en circunstancías solemnes, delante de todo el personal del hotel.

Esta apertura se efectúa al terminar el verano. Cuando la *galerna* arroja un hálito helado sobre la gentil *Donoatiya*, cuando las primeras amarilleces de octubre ponen tonos de cobre en las ramas, antes lujosas y satinadas, se lleva a cabo la que pudiéramos llamar ceremonia. La patrona abre el arca delante de cien ojos curiosos, y aparece entonces un enorme montón de «perras chicas» y «perras grandes». Se diría que han puesto allí todo el cobre que anda rodando por estos fundos (el de los cerebros y el de las conciencias inclusive). Entre el informe rimero hay algunas monedas de a dos reales, o sea de a cincuenta céntimos; no muchas, pero bastantes. Pertenecen a los «desprendidos», a los qne no miran a un cuarto de más o de menos... ¡aún hay prodigalidades, sí, señor! Cada una de esas monedas blancas significa por lo menos «diez sonrisas», diez inocentes sonrisas de estas pobres muchachas cándidas, tranquilas, robustas, que trabajan como bestias, que no se quejan nunca, y que son por naturaleza afables, cordiales, alegres. Diez sonrisas, sí, ¡a perra chica cada una!

En el primero hay también pesetas, algunas, menos, naturalmente, que las monedas de a dos reales; pero las hay. Pertenecieron, sea a una de esas familias burguesas que comen los domingos en la fonda, que llevan tres o cuatro niños y las correspondientes niñeras, que encuentran todo malo, discuten la cuenta partida por partida y por fin dejan una peseta para la camarera... sea a un joven parroquiano que dice piropos a las muchachas.

Pero aún no hemos acabado de ver lo que hay en la hucha.

En la hucha hay también... unas cuantas monedas de a cinco pesetas.

¡Ya sé que vais a decirme que los solterones!

Sí, señor, son los solterones, que, a la sopa, miran dulcemente a la guapa camarera, a la hora de la chuleta se insinúan y a los postres, suelen hacer proposiciones... hasta de matrimonío...

¡Todo eso produce un duro! siempre que la buena muchacha no se enoje, contentándose con seguir amablemente «la guasa».

La patrona, asesorada por dos o tres ayudantes, cuenta aquel dineral, operación nimia, y va enfilando en el mostrador columnas de a diez o veinte perras.

Por fin, cuando ya hay dos o tres metros cuadrados de estas pilas, se procede al recuento. Aparte, porque la gente decente no no se mezcla con la plebeya, están las monedas de plata.

Aquel recuento arroja una suma de «dos mil pesetas» poco más o menos, si la estación ha sido buena.

¡Dos mil pesetas!

Son cincuenta camareras, contando con las que sirven arriba en el hotel, que unen sus propinas a las que sirven abajo en el restaurant.

¡Dos mil pesetas y cincuenta muchachas!

Tocan a cada muchacha cuarenta pesetas.

Cuarenta pesetas, ocho duros, por tres meses de labor rudísima, durante los cuales ha trabajado

hasta las doce de la noche, para levantarse a las seis de la mañana.

Sin embargo, la camarera está contenta. Estas mozas, robustas y tranquilas, que piensan poco, lo estrictamente necesario, no conocen la rebelión... casi no conocen el deseo.

Sin embargo, yo he oído a algunas de ellas una exclamación; un «¡quién tuviera!» al ver pasar tal o cual polla (quizá menos fresca, quizá menos sonrosada, quizá menos bonita que ella, pero más bien vestida, como un fantasma blanco en un automóvil.)

¡Porque es fuerza que una niña nazca en un palacio, sobre sábanas de lino, donde hay bordadas coronas ducales y nazca otra en un jergón, allá en la montaña!

«¡Quién tuviera!...»

«¡Quién fuera!»

G. L. Gracidas... Mayo 31...

Pero ya pasó el automóvil, furtivo como una visión,

Como una visión, furtivo pasó también el deseo...

Las buenas muchachas tienen cuarenta pesetas y, sobre todo, va a volver a casa, a «su casa».

Qué risueña es para ella esta invasora desolación del invierno que en nosotros, los que vamos a trotar a la corte, proyecta tantas melancolías!

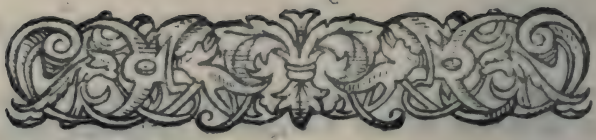
¡Ella vuelve a su casa!

Irá con las compañeras de su mismo pueblo.

«Tolosa», «Villafranca», «Zumárraga», «Villabona», «Alsasua»... Irá cantando.

Cantando, a medida que la locomotora se arrastra al borde de las húmedas y apacibles colinas, en la calma vesperal de este paisaje pirenáico.

Y mientras llueve en la llanura y la montaña, ella hará calceta mirando desde la ventana humilde las perspectivas borrosas, pensando vagos pensamientos; en tanto que en la retorcida callejuela, en la taberna obscura y en el ocio dominical, el padre, el hermano, el novio, beben un vaso de sidra, escuchando las ingenuas réplicas de esos rapsodas vascos que se llaman los *versolaria*...



LA ALCANCIA

Cuando vine por primera vez a París, recuerdo que un amigo, muy inteligente, me decía:

—Todo lo que usted ve, todo lo que le maravilla, está hecho con *sous*, con montones de *sous*, con pirámides de *sous*: Los Campos Elíseos, el Arco del Triunfo, la Torre Eiffel, los dos palacios que la Exposición de 1900 dejará como precioso recuerdo; el puente Alejandro... todo, todo está hecho con *sous*.

Y en efecto, esta belleza, esta potencia, este asombro de París, han brotado, en inmensa parte, del pequeño ahorro, de la prodigiosa *epargne* francesa, de la «media de lana».

Si algo debiéramos venir a estudiar aquí, los manirrotos e imprevisores mexicanos, es esa institución fundamental del ahorro, que ha hecho de Francia el país más rico del mundo.

Y este estudio es fácil, enormemente fácil para

un mexicano medianamente observador, que no venga exclusivamente a bailar al *Tabarin*, o pernoctar en *Pigalle* y en la *Abbaye Thelemé.*

Casi bastaría con depositar en cualquier sucursal de correos, en la sección correspondiente, «un franco».

Merced a este franco se os abre una cuenta y «se» os da una libreta. La libreta, si la solicitáis, se os da sin que depositéis el franco, pero si lo depositáis, tenéis derecho a dos francos cincuenta de interés anual; tipo bastante considerable para un país donde el oro corre en fecundo y luminoso caudal por todas partes.

La libreta os enseña el secreto de este poder financiero que riega industrias, erige alcázares estupendos, crea centros de cultura modelos.

Meced a unas cuantas hojas de ese cuadernillo' sabéis que el ahorro francés tiende sobre todo a crear el pequeño capital.

No se admite, en efecto, en la cuenta abierta a cada depositante, una suma superior a 1,50 francos, a menos que se trate de instituciones y sociedades.

En cambio, a fin de estimular el amor al ahorro, se ha previsto el caso del niño o del pobre que no posee un franco, y que, por lo tanto, no puede abrir una cuenta en la Caja Nacional del Ahorro, y esta previsión es conmovedora: basta con comprar sellos de correo.

Un niño tiene 10 céntimos y quiere gastarlos.

La maestra lo sabe y le dice:

—¿Por qué no gastas cinco céntimos y guardas cinco? Toma, aquí tenéis un sello de correo de a cinco céntimos: vamos a pegarlo en este marquito que hay aquí (trátase de un rayado especial que tienen todos los *bulletins d'epargne).*

El niño, curioso y divertido, pega allí su sello de a cinco céntimos.

Al día siguiente... compra otro sello. Ha nacido en él cierto vago amor a la posesión. Además, le distrae eso de llenar los cuadradillos de papel.

¡Al fin, el niño posee un franco! Entonces le abren una cuenta en cualquier *bureau des postes,* y cátalo un capitalista!

¡Qué desgraciado tiene que ser el ciudadano francés, niño o adulto, que no posee una pequeña suma en la Caja de Ahorros!

El que remienda los paraguas o las sillas; el que en el arroyo recoge el estiércol de los caballos; la pobre chica de la vida alegre, que en un barrio apartado lucra con su triste sexo macilento... todos tienen un *livret national.*

¡Y ese *livret national,* esa *petite epargne,* son los que cubren en instante hasta excederles en mucho, los empréstitos de la *Ville de Paris;* son los que prestan centenares de millones para todas las empresas del mundo; son los que abrieron el Canal

de Suez, los que regaron de oro estéril los légamos de Panamá, los que con suprema elegancia arrojaron a Bismarck los 5.000 millones de indemnización, cubiertos con exceso de un modo instantáneo!

«Francia es la banquera del mundo», se dice, y se dice también: «Francia tiene una potencia agrícola cuatro veces superior» (proporcionalmente) a la de los Estados Unidos.

¿En donde está el secreto de estas dos supremas verdades?

En el carácter francés, constituído por dos grandes amores preponderantes: el amor al ahorro y el amor a la tierra.

Es en vano que los agricultores de las extremas izquierdas quieran anarquizar esta gran nación. Francia irá lo más lejos posible en adelantos sociales y políticos, pero al borde de toda paradoja peligrosa la detendrán su amor a la tierra y su amor al ahorro.

¡Ah, si nosotros tuviésemos estos dos amores que saben crear rápidamente las pequeñas prosperidades, derramándolas entre muchos en admirable división de fortunas, no habría ahora combates de hermanos en el Norte de la República; porque no existe freno más seguro para las sublevaciones, que la parcela adquirida a la libreta de la Caja de Ahorros!

EL DESCANSO DE LA MARQUESA

Y adónde va usted este verano, mi querida marquesa?

—A descansar al campo, amigo mío. ¡Estoy muerta de fatiga! Piense usted en lo que he hecho este invierno... En primer lugar, el trabajo que me han dado los dos asilos de que soy presidenta. Faltaba todo: camas, ropa blanca, mantas... He escrito más de mil cartas; he organizado tres funciones teatrales, dos gardenpartys y dos cotillones de sociedad... ¡Y luego mi vida social! Llevo la estadística: doscientos bridges, ochenta tés, ciento veinte comidas, setenta y cinco almuerzos (fuera de los de casa), y las semanas de guardia en Palacio... Estoy muerta, amigo mío, y me voy a Biarritz a una villa solitaria, a reposar siquiera tres meses. Ya tengo mi programa.

—¿Quiere usted decírmelo, marquesa?

—Es muy sencillo: Me levantaré a las diez...; ¡ni un minuto antes! A las once habré acabado mi

toilette, ¡y a caballo!, al bosque, con «Auto». (Auto es el perro de la marquesa.)

—¿Y después?

—Volveré a la villa a la una e inmediatamente, en la playa cercana, por prescripción médica, tomaré un baño de mar... Necesito tónicos, amigo mío. De otra suerte, me voy a poner neurasténica. Piense usted: «200 bridges, 80 tés, 120 comidas, 75 almuerzos...» Un baño de mar me hará mucho bien...

—¿Sabe usted nadar, marquesa?

—Como un delfín...

—Diga usted más bien como una sirena.

—¿Usted cree que las sirenas nadaban bien?

—Cuando menos nadaban elegantemente... Además, debían estar muy «entrenadas», para poder sacar el pecho fuera (el maravilloso pecho, que latía con el mismo ritmo de la veleidosa ola eterna...) y tener las manos libres...

—Las manas libres, ¿para qué?

—¡Para tocar la lira, marquesa! ¿No ve usted que se acompañaban con la lira sus canciones?

—¿Qué canciones?

—¡Ah!, mi querida marquesa; he aquí justamente lo que no ha podido averiguarse nunca. Ya Edgard Poe se lo pregunta en un epígraje: «¿qué canción cantaban las sirenas?» Misterio... Pero divago, amiga mía, y me olvido de su programa. Después del baño almorzará usted, naturalmente.

—Almorzaré, sí; a la una y media.

—¿En la villa?

—Alguna vez, claro, en la villa; pero en la mayor parte de la semana, fuera. ¡Qué quiere usted!, hay tantos amigos que la invitan a una...

—De dos y media a cuatro, ya sabe usted: el café en el hall, los «potins» del balneario. Hay que murmurar un potiquín, ¿verdad? Eso no es pecado. Eso es la salsa de la vida... Hablo de murmuraciones «blancas»: crítica de trajes, por ejemplo... ¿Verdad que eso es inocente?

—Es la inocencia misma, marquesa, y ayuda a refinar el gusto.

—A las cuatro, me voy al golf, un día sí y otro no.

—Sé que es usted habilísima...

—No lo hago mal. Y tengo mucha resistencia. A veces corro dos horas sin descansar... Pero por lo regular juego hasta las cinco, el «día sí».

—¿Y el «día no»?

—El «día no», a las cuatro hago una excursión en automóvil. Voy a San Sebastián; a veces a Pau; otras, a mererendar a Rentería; otras, a Cambó, etcétera., etc. Tengo ahora un Peugeot espléndido.

—¿Cuántos a la hora?...

—Hasta cien, amigo mío, cuando se puede. ¡No hay nada que me entone tanto como cien a la hora!

—¿Y la merienda?

—El «día sí» (esto es, cuando juego golf) la tomo en Biarritz, al volver, en casa de Miremont.. Se charla un poco, se ríe.

—Se critican trajes...

—Sí, murmuración «blanca»; ¡ya sabe usted!

—Y un poco de flirt...

—Claro, un poco de flirt...

—¿Y después, marquesa?

—Después, hay que vestirse para la comida...

—Comerá usted en la villa...

—¡Quia! Si no me dejan... Es decir, cómo alguna vez; cuando invito yo, por cumplir.

—Y el *après diner*, ¿en qué lo emplea usted, marquesa?

—Pues mire usted, muchas veces me quedo con amigos en el hall del Palais hasta la media noche. Se juega el bridge, se charla... o se bailan el tango... la danza del oso... ¡qué sé yo!

—¿Y pasada la media noche?

—Al casino. ¡A los caballitos!...

—¿Gana usted?

—Pierdo, porque busco el desquite. A veces me quedo hasta las dos de la mañana esperando la «chance...»

—Conque ya sabe usted, mi querido amigo, cuál será mi programa. Le aseguro a usted que necesito una vida así, «de reposo»; siquiera dos meses. Estoy muerta de fatiga con este Madrid... ¡Compadézcame usted, amigo mío, compadézcame usted!

—Felizmente, con el programa «tan descansado» que me detalla usted, para el otoño se encontrará como nueva...

—Lo necesito, amigo mío, porque en octubre estoy invitada a un castillo de la Loire, a varias cacerías... y eso fatiga un poco.

—Beso a usted los pies, marquesa.

—*Au revoir*, amigo mío, y venga alguna vez a verme en Biarritz. Necesita usted también reposar un poco.

—Iré, marquesa, y recitaremos en el jardín, a coro, «Qué descansada vida», de Fray Luis...

—¡Eso es! ¡Eso es!

POR LOS DÉBILES

FRANCIA, que proclamó los derechos del hombre, proclama ahora los derechos de «nuestros hermanos inferiores».

Las bestias, en la libre y culta República, van a ser protegidas por las leyes.

El ministro de Justicia, M. Barthou, ha presentado un proyecto de ley que tiene por objeto reemplazar la de 2 de julio de 1850, llamada ley Grammont, para la protección de los animales domésticos.

Merced a este proyecto, se puede aplicar la pena de prisión, una vez cometida la infracción primera.

La ley Grammont era algo platónico que solía no servir para nada.

Si algún miembro de la Sociedad Protectora de los Animales intervenía en la calle en favor de cualquier mísero caballero atormentado, generalmente lo único que se granjeaban eran insultos de esos sonoros que son del uso exclusivo de los co-

cheros y carreteros. Se necesitaba la indignación de muchos transeuntes, para que la policía interviniera, porque, según dice Jean d'Orsay en uno de los más importantes diarios de París, «la policla parisiense tenía por consigna ignorar la ley Grammont, y no estimular las intervenciones espontáneas, a fin de evitar a las comisarías y a los jueces de paz un suplemento de trabajo».

El prefecto de policía, M. Lepine, por su parte, estimaba, según el mismo autor, que la crueldad con los caballos, punible y todo, no interesaba a la seguridad pública. Pero como M. Lepine es un hombre inteligente, y sólo los hombres inteligentes cambian de opinión (los tontos ya sabemos que siempre opinan del mismo modo: son seres de convicciones inquebrantables), ahora piensa todo lo contrario, y echando mano de la autoridad moral que tiene sobre sus agentes, les ha demostrado que la crueldad con los animales *si compromete el orden público.*

¿Por qué?

Pues porque se empieza por martirizar a una bestia, y se acaba invariablemente por martirizar a un hombre.

El niño que hoy arranca los ojos a un pájaro, más tarde adquiere su «diploma» de apache sin piedad y sin cuartel en las «universidades» de Menilmontant, de la Vilette y del boulevard Sebastopol.

Así, pues, en adelante en París nadie podrá maltratar impunemente a una bestia. Justo es que la nación a quien debe el mundo los derechos del

hombre, extienda su justicia y su piedad sobre nuestros hermanos más débiles, los que silenciosa y mansamente nos facilitan desde hace miles de años nuestra dura peregrinación por la tierra.

«En las naciones vecinas de la nuestra, dice el mismo Jean D'Orsay, la crueldad con los animales es castigada muy duramente. En Suiza, un carretero que martiriza a sus caballos, incurre en multa y suele pagar muchas centenas de francos. Se le aprohibe, además, ejercer su oficio en el cantón durante varios años. En Inglaterra, un tribunal de policía condenó últimamente a tres meses de *hard labour* a un hombre que le reventó los ojos a un pinzón (que no es animal doméstico) para excitarlo a cantar, como se hace impunemente en los concursos oficiales, con millares de pájaros, así en el Norte de Francia como en Bélgica.»

«Y es que los ingleses, los suizos y otros pueblos no consideran el hecho en sí, que se someta al juez y la importancia del dolor producido a una bestia determinada: consideran más bien el peligro que hace correr a todo el cuerpo social la impunidad o la indulgencia de que gozan los hombres brutales y sanguinarios que gustan de hacer sufrir. El verdugo de un caballo es fatalmente un verdugo para su mujer y para sus hijos.»

«El hombre se encuentra sin cesar en la necesidad de matar, pero jamás se encuentra en la necesidad de atormentar.»

Yo añado que si se quiere saber hasta dónde llega la cultura de un pueblo, hay que estudiar su legislación pratectora de los animales y de los árboles.

Nosotros, los mexicanos, que en tantas cosas imitamos, con razón, a los franceses, ¿por qué no nos resolvemos a imitarlos en esta nueva cruzada civilizadora?

Pronto vamos a celebrar el centenario de los albores de nuestra Independencia y nos aprestamos con mil obras de cultura: escuelas modernas, hospitales, teatros, paseos, publicaciones interesantes, a dar a esta gran fiesta un brillo digno del lugar de honor que comenzamos a ocupar en el mundo.

¿Por qué no añadir a todas estas bellas fundaciones, inauguraciones y publicaciones, una ley que nos eleve más alto aún en la estimación de los pueblos civilizados; una ley que proteja a las bestias y a los árboles de una manera eficaz y práctica?

Mientras haya en el haz de la República niños y adultos que destruyan los árboles por el solo placer de destruirlos, y que impunemente martiricen a los animales domésticos, estaremos muy lejos de ser cultos, porque el hombre más culto es el hombre más humano.

Es preciso, por otra parte, que desde el kindergarten los niños sepan que el árbol y la bestia son casi tan respetables como el hombre, y que si el árbol *merece* que se le proteja por los inmensos bienes que produce, saneando el aire, regularizando las lluvias y la humedad de la atmósfera, defen-

diendo a la montaña del derrumbe perpetuo, la bestia *tiene derecho* a la protección de las leyes.

En nombre del indio redimido, que hoy se sienta al lado del blanco en la asamblea de los pueblos libres; en nombre del indio, que alguna vez ha compartido con la bestia los rigores del destino, hagamos que la bestia doméstica, la bestia amiga, comparta con nosotros la misericordia de la civilización.

1910

EL JARDIN DE JENNY

París, abril 24, 1911.

AYER se efectuó en París una ceremonia «verdaderamente conmovedora», como dicen los cronistas.

Chorreaba el sol matinal, un verdadero sol de abril, todo su oro, y en un barrio lejano y pobre, junto a una negra y venerable iglesia gótica, San Medardo, apiñado gentío aguardaba ansiosamente algo.

Este algo tardó un poco en venir, como es conveniente que suceda cuando se trata de una expectación solemne, y vino, por fin, en la forma de un enorme camión lleno de plantas floridas.

Se trataba, en efecto, de distribuir flores a las mujeres del barrio.

Hace poco tiempo se fundó en París una institución deliciosa: «El Jardín de Jenny», con un fin adorablemente caritativo: alegrar con plantas los desvanes y bubardas de esa legión de pobres mu-

jeres, casadas o no, que trabajan doce horas diarias para ganar dos o tres francos.

Por la mañana, cuando la míseras se levantan a hacer el café (avena tostada, por otro nombre) que sustentará sus fuerzas durante el día trabajoso, tendrían siquiera la caricia de sus flores. Por la noche, al volver de la hosca faena, las regarían con amor.

Si cayesen enfermas, las flores alegrarían las lentas horas monótonas.

En mayo, los geranios, los pensamientos, las rosas y los claveles, contribuirían a florecer diariamente el humilde corpiño de la *midinette.*

¿No es esto poético?

¿No es culto? ¿No es honda y refinadamente caritativo?

Una limosna de flores para la gentil obrera parisiense, que las ama sobre todas las cosas.

¡Alegrar con flores los pobres *logements* de 200 y 300 francos al año!

¡Hacer subir la primavera a las buhardillas!

¡Eso no pueden pensarlo sino los países tan cultos como Francia, donde no sólo de pan vive el hombre, sino de pensamiento, de amor y de ensueño!

«El Jardín de Jenny»; hasta el nombre es un chorro de poesía.

Pobre Jenny, que te matas doce horas diarias trabajando con tus manos de hada todos esos primores que en forma mil París envía al mundo. Ya tiene jardín. Las flores, en asunción milagrosa, como almas visibles que vuelan, han subido hasta

tu quinto piso a llevarte su policromía delicada y su perfume discreto.

Cuando salgas de tu desván, ellas habrán de esperarte para que las riegues. Cuando en él trabajes, su enigmático espíritu silencioso te hará compañía. Cuando sufras, es decir, casi siempre, ellas te dirán:

Paciencia, ten paciencia como nosotras:

> Las flores realizamos en la vida sañuda
> un misterioso intento por misterioso modo:
> no ansiar nunca nada... mas soportarlo todo...
> Absorbernos en una enigmática y muda
> inconsciencia... Este es el ensueño de Budha,
> no ansiar nunca nada, mas soportarlo todo (1).

Cose, Jenny, cose silenciosa junto a tus rosas imperiales, junto a tus claveles generosos y persistentes, junto a tus pensamientos, que te miran maravillosamente con su mirada violeta!

1911.

---

(1) Véase el vol. III, pág 28.

UNA CRUZADA EN FAVOR DE LOS PÁJAROS

Como se discutiese en días pasados en Berlín el presupuesto de Agricultura, un diputado, lleno de parlamentaria, pero santa indignación, se puso en pie, y en elocuente discurso, subrayado por expresivos gestos, habló de la desaparición lamentable... de muchos pajarillos útiles, y pidió que se estudiasen y adoptasen medidas serias de protección.

El ministro de Agricultura, después de escuchar atentamente al diputado, le respondió que Prusia se consideraba obligada a defender concienzudamente a los pajarillos.

¿Oís esto, vosotros, los hombres ultraprácticos? Prusia, la resplandeciente y acorazada Prusia, la de los ejércitos sin par, la primer potencia militar del mundo, se siente obligada a defender a los pajarillos...

Añadió el ministro que la ley se mostraría exce-

sivamente severa con los destructores de nidos y con los cazadores de pájaros.

Mas aún, con cierto tonillo despectivo, el ministro añadió que había países en Europa que no protegían debidamente a los pájaros, no obstante su adhesión plena a la convención internacional destinada a estudiar los medios mejores para ejercer esta protección.

He allí, pues, a un ministro prusiano que se ocupa seriamente de los pajarillos del bosque.

¿Poesía? ¡No! Necesidad urgentísima.

Los pájaros capturados anualmente en Europa llegan a cifras espantosas.

He aquí un poquillo de estadistica:

Hace diez años, se quiso saber en Francia cuántos pajarillos se habían exportado de la Gironda, y documentos irrefutables dieron la cifra de veinticinco mil kilos, que representaban una masa de 750.000 pájaros muertos en unos cuantos meses.

Ahora bien, los entomólogos hacen ascender a doscientos el número de bichos, de larvas, de pulgones, de orugas, de moscardones, etc., que diariamente devora un pájaro insectívoro.

Multipliquen, pues, ustedes 200 por 750.000 y sabrán así la cantidad de insectos nocivos que han dejado de aniquilar a diario los pájaros matados en la Gironda.

Naturalmente, después vienen los viñedos des-

truídos, las cosechas perdidas, los parásitos implacables, a pesar de todas las químicas, las lamentaciones de las comarcas, la rebelión, los motines, las balas...

Todo porque la estupidez de los hombres y de las mujeres destruyó (aquéllos en su necio afán de lucro, y éstas en su símico afán de modas ridículas) las bandadas de pájaros, gloria, música, utilidad y alegría de la creación!

Véase este hecho tan tristemente significativo:

Las admirables selvas de los Vosgos están desapareciendo más que de prisa. Sepamos por qué:

Los abetos, los deliciosos abetos, tienen un enemigo todopoderoso: la carcoma, cuya larva abre surcos en la corteza y hace languidecer y morir en breve al árbol. La ciencia no ha podido hasta hoy descubrir el procedimiento para matar este animáculo, cuyas colonias pululan y se extienden año por año, destruyendo bosques enteros.

Se ha acabado por recurrir a un medio heroico; se derriba y se quema todo árbol enfermo, con la esperanza de que el fuego purificador extinga la causa del mal.

¡Vano esfuerzo! Crece el desastre; regiones enteras desensilvecidas, bostezan desolación y tedio.

Ríe el parásito de la vía impotente de los hombres. Algunos insectos escapados de las llamas, bastan para fundar, un poco más lejos, nuevas

colonias que perpetúan la abominable especie y propagan el azote.

Ahora bien, la multiplicación de la carcoma ha coincidido con la desaparición de los paros (nombre genérico de diversos pájaros con pico recto y fuerte, alas redondeadas, cola larga y tarsos fuertes, como el alionín, el herrerillo y el pájaro moscón), cuyas innumerables bandadas enjoyaban las ramas y derramaban en el ambiente florestal la mágica música de su piar.

A centenares caen a diario los pájaros, que van después a adornar los sombreros de insustanciales «midinetas» o a vestir de plumas a los personajes más insustanciales aún, de cualquier «Chantecler».

Los insectos y las larvas pululan en tanto, y los bosques de los Vosgos desaparecen.

El poeta que hace amar la tierra, madre de toda verdadera riqueza, defendió siempre a los pájaros con versos cálidos y caritativos. ¡No se le oyó!

La estadística ahora los defiende con cifras pavorosas. ¡Oigámosla!

Que nuestra oración de todas las mañanas sea análoga al juramento que pronuncia a diario en las escuelas americanas el alumno anglo-sajón:

«Juro no maltratar a las bestias; juro no destruir los árboles; juro defender a los pájaros...»

Junio de 1911.

LA LEYENDA

HAY un señor Pablo Girard, investigador nimio y truculento para con los mitos, que se ha propuesto destruir algunas de las más hermosas leyendas griegas.

Por ejemplo, no es cierto que Frinea se haya desnudado delante de sus jueces. Los ablandó a fuerza de súplicas y no merced al maravilloso prestigio de su hermosura.

No es cierto que Helena haya vuelto bella al domicilio conyugal. Cuando volvió de Troya era una vieja de sesenta y dos años, de carácter agrio...

No es cierto que Ulises haya encontrado a Penélope hermosa y joven después de veinte años de ausencia. ¿Pues no tenía ya un hijo mozo? Era una jamona pasadita de tueste.

Homero fué un guasón, que nos contó muchas mentiras... Los poetas épicos se han burlado un poco de nosotros. Hay que ajustarles cuentas y traer sus invenciones a la luz de la realidad...

Muy bien, y cuando Mr. Girard haya arrancado todo su polvo de oro a esa mirífica ave de la leyenda, ¡se frotará las manos satisfecha!

¡Pobre Mr. Girard!

La humanidad le arrojará desdeñosamente a la cara sus comprobaciones históricas y continuará abrazada con más fuerza a la Leyenda, ¡a la Leyenda, sagrada, indestructible, eterna!

Quid es veritas?—preguntó Pilato a Cristo—, y como si supiese de antemano que esta pregunta no tenía respuesta, se levantó de su asiento y se alejó del pretorio.

¿Dónde está la verdad? ¿qué es la verdad?

¿Habeis olvidado, por ventura, la ira de aquel historiador inglés, que después de haber presenciado una riña desde la torre de Londres, oyó cómo todos la narraban de distinta manera?

—Si tal acontece—exclamó—con aquello que presenciamos, ¡qué crédito podemos dar a lo que nos refieren los historiadores!

¡No escribiré una página más de historia!

La realidad no es una, es múltiple: ¡Cada hombre tiene su realidad, cada hombre tiene su verdad!

No hay dos pares de ojos que vean la misma cosa de la misma manera.

Las cosas, por su parte, no son como las vemos.

El ser humano, cuya retina sólo fuese sensible a los rayos X, tendría que poner maderas en su casa en lugar de vidrios, para ver la luz a través de ellas.

El ser cuya retina sólo fuese sensible a la luz

ultravioleta, no vería las sombras de los objetos. ¡En las fotografías logradas con esta luz, los objetos no proyectan sombra, como el hombre que perdió la suya en el cuento de Chamiso!

¿Dónde está, pues, la verdad? La verdad de la hormiga no es la verdad de la abeja; la verdad de la rosa no es la verdad del clavel.

La leyenda narra los hechos tales cual debieron ser.

¡El pueblo, que nunca se equivoca, los ha pasado por el tamiz de su ensueño y los conserva idealizados para la eternidad!

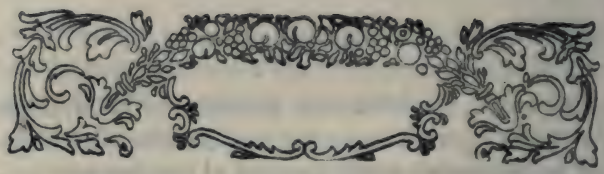
Respetad la leyenda, no sólo en nombre del Arte, no sólo en nombre de la Belleza, sino en nombre de la Humanidad.

La leyenda es el pan de los héroes, de los espíritus generosos que son honra de la especie. Es el vino de las almas grandes, es la estimuladora de los grandes hechos.

No quitéis a los pueblos su leyenda. ¡Dejadles ese irisado penacho de ensueño para que lo sigan a través de las batallas de la vida!

No nos vengáis a decir un día, señores eruditos, que no hubo un águila real que devoraba una serpiente en la roca lacustre donde nació nuestra nacionalidad. ¡Los mexicanos necesitamos creer en las águilas, necesitamos que las águilas devoren a las serpientes! ¡Paso a las águilas!

1911



EL TRIUNFO DE NUESTRO IDIOMA EN EL MUNDO

Yo no sé el efecto que producirá mi afirmación a algunos compatriotas míos (pocos, por fortuna), cuyo único anhelo sería hablar el inglés sin acento y hablar el castellano con acento inglés o francés; pero es un hecho que nuestra lengua se va imponiendo en Europa de una manera formidable e inesperada.

Es muy peligroso hacer una observación en español, para que no lo entiendan a uno los vecinos.

Generalmente los vecinos entienden, y si se trata de tal o cual alfilerazo de esos en que tan duchas son las mujeres, responden con otro en castellano neto.

¿Quién no recuerda el chiste aquel de *Francfort,* el viejo sainete de Vital Aza? Ciertos españoles que viajaban por Alemania, al ver la enormidad de bocks de cerveza que consume un teutón rubio y

barbudo, comentan el caso; y uno de ellos le dice al otro:

—Mira tú si bebe ese tío.

El hombre rubio se levanta airado y en correcto, aunque iracundo español, responde:

—¡Este tío bebe lo que se le da la gana!

Casos análogos han ocurrido a muchos mexicanos en Francia, Alemania e Inglaterra.

Una dama muy conocida en la alta sociedad de México me refería recientemente cómo les amenizó el viaje a ella y a su marido una familia hispano-americana, que cerca de ellos hacía observaciones en voz alta.

Por delicadeza no quisieron mis amigos hablar una sola palabra de español, evitando así la confusión consiguiente a la poco discreta familia aquélla, que hacía comentos más o menos epigramáticos:

—¡Pero esta señora se ha echado todas sus pieles encima!

—¿Si irá al polo?

—Y el que va con ella, ¿será su marido?

—Probablemente.

Etc., etc.

Sería, pues, muy ingenuo el que pretendiera poner a sus pensamientos un disfraz español. El español se ha popularizado de tal suerte en todas partes, que lucha ventajosamente con el inglés.

En los «halls» de los principales hoteles—y aun de los que no son principales—nuestro idioma se escucha incesantemente, y es muy común que cuando volvemos la cara, cada día con menos curiosidad, nos encontramos con mujeres deliciosas, de una esbeltez y de una gracia que ya no son privilegio de la rue de la Paix. Mujeres argentinas, chilenas o mexicanas, que imponen su «chic» a este París, cuyo supremo encanto, en suma, no consiste sino en saber congregar, caracterizar y afinar todo lo que hay de delicado y bello en el universo.

✠

¿Quiénes son las elegantes de París?

Muchas parisienses, muchas hispano-americanas, algunas españolas, algunas inglesas, algunas rusas.

París es el crisol en que se depura todo ese refinamiento venido de los diez rincones del planeta.

Oímos, pues, la dulzura de nuestro idioma de los labios de las más bellas y elegantes mujeres de Madrid, de Buenos Aires, de México o de Santiago.

Lo oímos en todas partes, a todas horas.

Picadilly, los grandes bulevares, Unterder Lisden o el Corso, están invadidos por las andariegas gentes de nuestra raza.

En todas las tiendas de lujo «se habla español»

En todos los hoteles la obsequiosidad del perso-

nal se afana porque lo comprendamos en nuestra lengua.

En Londres, el *valet* y el *waiter* que me servían, para serme gratos, aprendíanse por la noche y me recitaban de corrido al día siguiente las frases españolas:

—«Está preparado el baño».

O bien:

—«Hoy no lloverá.»

Convengamos en que no hay chelines suficientes para pagar tanta fineza...

Así, pues, amigos míos, augures de infortunios, que os llenáis la boca con aquel estribillo de la inferioridad de todo lo nuestro y de la decadencia de la raza, fuerza es deciros que todavía somos alguien en el mundo y que la sangre de la vieja España aún deja ver su noble infa escarlata en las arterias de la Humanidad.

Yo no sé si los sajones acabarán por comernos crudos... En suma, no estoy obligado a creerlo. Pero lo que sí sé es que nuestra lengua, y hasta nuestras costumbres, se imponen en todas partes; lo que sí sé es que cuando hay dos pueblos vecinos, de los cuales uno es español, éste se insinúa y penetra en el otro de una manera sutil y firme.

Es un hecho, por ejemplo, que desde Burdeos hasta Irún se advierte de un modo palpable la influencia española. La influencia francesa se detie-

ne, en cambio, en San Sebastián. Ya Teophile Gautier hacía notar la primera parte de esta proposición.

Los mismos *snobs* de Madrid que mezclan a su idioma, por vanidad, tanta palabra francesa (haciendo de dos cosas buenas una mala, como decía el Isidro que veía mezclar agua al vino), traen al intenso medio de París su endeble pero aún eficaz nota española.

La raza no quiere morir.

¡La raza no se da cuenta de que hay profetas avinagrados que la condenan a un segundo término, y a pesar de ellos, impone por dondequiera su lengua, su modulación, su gracia, su entusiasmo, su claridad y su sonrisa!

Esto no lo ve sólo el que no quiere verlo.

¡Qué más! Aun en el estudiado desprecio de ciertos sajones cuadrados y rígidos, se advierte lo que llaman deliciosamente los franceses *un regret,* el «regret» de no ser latinos, no de otra suerte que en el desdén de los burgueses prácticos por los hombres de imaginación, de arte, de ensueño, se nota la tristeza de no poder igualarlos jamás.

1911

EL HIMNO NACIONAL VUELTO PLEGARIA

SALÍAMOS Rafael Alcalde y yo de la Legación, y aprovechando la esplendidez de la tarde, nos dirigíamos a la Castellana por la silenciosa y apacible avenida de Zurbano, sombreada aún en este principio del otoño por la misericordia de las hojas, no mustias y amarillecidas, sino todavía joyantes y flexibles a la caricia del viento.

De pronto, en una de las calles transversales, urbanizada a medias y abierta hacia el poniente, nos detuvo la maravilla de un crepúsculo.

Era un crepúsculo de los que comúnmente se dice: «Si lo pintara un artista tal cual es, a todos les parecería mentira.»

La verdad es muchas veces así: «parece mentira», quizá para equilibrar en la balanza de la vida a tantas mentiras que parecen verdades.

«*Le vrai*—dicen los franceses—*est souvent invraisemblable.*»

Había en el límite del horizonte un verde inde-

cible parecido a ese «ultramar» de los tinteros, pero solamente parecido; un verde misterioso que aún no acababa de ser azul; un verde que se le metía a uno hasta el alma, serenándola, apaciguándola, como dilatándola hasta el infinito; un verde que ponia en la imaginación deseos locos de navegar, de sumergirse en él, y sobre ese verde se extendía, a modo de plumaje de colosal pájaro de luz, una maravillosa escala de oro pálido, que iba encendiéndose a través de todos los matices del salmón, del fresa, del rosa viejo, del cereza, del rojo, del guinda, del «hez de vino...»

Arrobados en nuestro delicioso asombro, nos quedamos allí en medio de la calle solitaria, sintiendo no tener una placa de colores para fotografiar aquello, antes de que se desvaneciera, y llevárnoslo amorosamente, a fin de estrecharlo después—como hubiera querido Flaubert con ciertos paisajes—«contra nuestro corazón.»

✠

El más conspicuo edificio de la calle, iluminado fantásticamente por aquel crepúsculo, era un vasto convento de ladrillo, de gótica arquitectura, circundado por gran jardín.

No hubiéramos posado en él los ojos absortos como estábamos por las opulencias cromáticas, semitonadas, del cielo, si no hubiese surgido en tal instante (o más bien si no hubiésemos advertido que surgía) un himno cantado por voces infantiles.

La música de aquel himno acabó por paralizarnos de asombro, por lo imprevisto, dados la ciudad, el sitio y la hora.

Era la música de nuestro divino himno nacional, que solo un émulo conoce en el mundo: La Marsellesa.

También aquello parecía mentira, como el crepúsculo... pero no cabía la menor duda; terminado el brioso coro, capaz de encender la sangre menos rica en generosidad de glóbulos rojos, siguió la melodía solemne de la primera estrofa: «Ciña, oh Patria, tus sienes de oliva...» y en seguida, la otra más grave, casi religiosa, llena de no sé qué sonora profundidad: «Mas si osare un extraño enemigo...»

¡Cómo! ¿por qué de un convento, a la hora de la plegaria vespertina, en medio del recogimiento extático de la naturaleza, surgía nuestro himno, de bocas hechas sólo a los rezos?

Fuese cual fuese la razón del conjuro, la música por excelencia para nuestros corazones mexicanos, la que se unió siempre a las alegrías y a las emociones más nítidas de nuestra vida, la que apoteotizó aquellas distribuciones de premios en que altivamente nos ganábamos una medalla de oro o de plata («premio a la aplicación»), la que acompañó o glosó nuestros fogosos discursos y poesías septembrinos; la que resonó con pompa o con tristeza en nuestras entrañas, según que celebrásemos glorias o llorásemos derrotas; la música que es alma melodiosa de nuestra nacionalidad, en estos mo-

mentos en que la adorada nave de la Patria atraviesa por mares nuevos, entre escollos desconocidos (Dios quiera que para llegar a gloriosos destinos); aquella música ejercía en nosotros un influjo casi sobrenatural.

⊠

No, no eran los versos de González Bocanegra los que cantaban las voces conventuales, sino sólo la música de Nunó, con letra religiosa, según pudimos descubrir después de lenta y prolija atención y acercándonos cuanto era posible a la barda.

Natural era suponer que alguna madre, enamorada de esa música, que encontró por casualidad en un cuaderno, le adaptó una letra ingenua, entre la cual pudimos discernir un «bendigamos, hermanas, a Dios», como remate de una estrofa...

Tal era seguramente la razón más aceptable... pero el poeta escondido que hay en mi espíritu púsose a recordar algo que daba al hecho extraño cierta bella explicación, llena de suave melancolía:

Recordó que hará unos tres años, se presentaron en la Legación dos hermanas de la Caridad, para pedir algunos informes recientes relativos a México. Contaron que tenían su casa por allí cerca y una de ellas, alta, blanca, distinguida, de largas manos pálidas, me dijo:

—Yo soy mexicana. Mi padre fué don Francisco González Bocanegra, a quien sin duda habrá oído usted mentar.

—¿Qué mexicano—le respondí—no ha oído mentar al autor del Himno Nacional?

Y conversamos largo rato, de cosas de la patria, y después volvió una vez aún para completar sus datos y ya no volvió más, y en los comienzos del pasado año, supe que había muerto.

Y ahora me digo: ¿No sería esa hermana la que les enseñó el himno, «su himno», a las otras? ¿No sería ella quien no pudiendo cantar en el convento las estrofas de su padre, quiso a lo menos convertírlas en oración, para unirlas asi a la música amada, que era toda la patria que le quedaba?

¿Verdad que la explicación tiene ya un motivo de ser: la de su poesía?

De todas suertes, al alejarnos mi amigo y yo, silenciosos y con el corazón sacudido por emociones tan intensas, pensábamos que el Himno Nacional, convirtiéndose en oración, en estos momentos de prueba, en que acaso de un crisol convulso va a nacer el México futuro, era todo un símbolo.

Y con unción verdadera, tan honda como la que el inglés pone en la austeridad de su acento al pronunciar el «*god save the King*», murmuramos: «¡Dios guarde a la Patria!»

Madrid, octubre de 1911.

PIEDRAS PRECIOSAS

MIENTRAS sabemos definitivamente si Lemoine fabrica o no diamantes, los químicos europeos están fabricando desde hace tiempo, para el comercio, rubíes, zafiros y esmeraldas.

Estas piedras, en realidad, son preciosas, pues que tienen, no sólo el mismo aspecto, sino la misma composición química de las naturales.

Según nos cuentan quienes lo han visto en la *usina* de Beauval, justamente donde se creía que Lemoine, el famosísimo procesado, iba a instalar sus hornos, existe una instalación destinada a la fabricación de piedras preciosas.

Uno de los ingenieros de esta *usina*, M. Picard, mostró a cierto cronista francés las diferentes fases de la fabricación.

—Se trata—le dijo—del aluminio puro, del aluminio en polvo, coloreado por óxidos diversos, según la coloración de las piedras que queremos ob-

tener y del cual nos servimos para la fabricación de los corindones. El aluminio en polvo, proyectado por un tiro de oxígeno, cae en un crisol calentado a temperaturas que varían entre 1.700 y 2.000 grados, por medio de una cañuela de gas de alumbrado y de oxígeno. Sobre el depósito de aluminio, en la base del crisol, comienza, a partir de cierto momento, a formarse una bola regular de corindón artificial. Este corindón será rojo si el aluminio está coloreado por el óxido de cromo; esto es, será un rubí. El aluminio coloreado por un óxido de cobalto dará un zafiro. El cromo dará también el verde esmeralda. Pero si el aluminio es incoloro, se obtendrá un corindón incoloro, ligeramente azulado y que tendrá el aspecto de un diamante. Estos son los *brillantes de aluminio*, muy solicitados a causa de su gran refracción.

Los rubíes fabricados por primera vez por el profesor Verneuil y su colaborador Paquier, tuvieron al principio mucho éxito.

Se vendían casi al precio de los rubíes naturales. Pero pronto se les distinguió. El precio actual de esos rubíes artificiales es extremadamente bajo.

El quilate de rubí artificial se vende *de doce a quince céntimos*. Tallado, su precio se eleva, según las dimensiones, de un franco cincuenta a seis o siete francos. En cuanto a los zafiros, el quilate bruto es un poco más caro: 60 a 80 céntimos, y el quilate de piedra trabajada, vale, igualmente, de 7 a 9 francos.

Las esmeraldas, cuya fabricación es más difícil,

alcanzan precios más elevados: el quilate vale diez francos.

Esta industria es harto próspera. Existen, sólo en París, *más de treinta casas* que fabrican piedras preciosas y puede valuarse el mínimum en 500.000 quilates de 200 miligramos por año.

El comercio de rubíes, zafiros y esmeraldas artificiales se encuentra, sobre todo, en Estados Unidos y en las Indias.

Según M. Picard, la fabricación de piedras preciosas no enriquece a sus inventores. Todos aquellos sueños de la Edad Media, que buscó tan ahincadamente la piedra filosofal, son vanos por razones análogas a las que han abaratado el rubí que se cristaliza en el laboratorio de los sabios.

El fabricante de oro determinaría simplemente el de mérito del metal.

Hoy por hoy, es más práctico fabricar acero, sobre todo acero que no se rompa, que fabricar piedras preciosas.

Más aún, en la actualidad, es fácil todavía distinguir un rubí natural de un rubí artificial; pero cuando, merced a la práctica y a la finura del procedimiento, tal distinción no sea ya posible, todos los rubíes valdrán poquísimo: los naturales y los artificiales; lo mismo que las esmeraldas y los zafiros.

¿Adónde irá a refugiarse entonces la vanidad de los ricos?

¡Qué sabemos nosotros y qué nos importa!

A mí me alegran sabremanera estas cosas, porque vienen a realizar un ensueño muy grande, a saber: que la belleza sea para todos, esté al alcance de todos.

¡Oh vosotras, mujeres pobres, mujeres que soléis tener cuellos más blancos que las duquesas, manos más largas y finas que las reinas, en adelante no estaréis condenadas a ensuciaros las carnes marfileñas con *oralinas de bisutería* y *dobletes* policromos. La esmeralda, de un verde enigmático; el rubí, de un rojo generosa; el zafiro, de un matiz celeste; brillarán magníficamente sobre vuestro pecho.

¡Oh dulces mujeres de la clase media, vosotras que sois lo mejor de la vida, la sal y el azúcar del amor, ya no os perderéis por un collar o por una sortija!

Vuestro novio, el estudiante, podrá daros piedras preciosas, todas las piedras preciosas que queráis.

Ya no más veremos los joyeles radiar sólo sobre los pechos apergaminados y blancos de cerusa de las viejas millonarias.

Estas inventarán alguna vanidad nueva, pero el milagro de la piedra preciosa será de todos. La piedra preciosa se democratizará. Ella que amargó las vidas de los hombres, que hizo brotar tantas lágrimas, que fué regando por el mundo tanta hiel, tanta inquina, tanta sangre, se ha vuelto al cabo misericordiosa, ha abdicado. Es una luciérnaga celeste que consiente por fin en dejarse aprisionar por las pobres manos que mueven la aguja, que hilan

el lino y bordan la seda; y en posarse sobre todos los pechos jóvenes, aunque latan allá, en las buhardas, y no estén destinados a exhibirse nunca en los palcos de la Opera.

Merced a esta justicia que os hace la ciencia, ¡oh humildes obreras, oh atareadas modistas, oh niñas de tercero, cuarto y quinto piso, ya sólo una piedra preciosa valdrá en el mundo: la de vuestros veinte años floridos, tan valiosos como los de las princesas, y esta piedra preciosa podréis tranquilizaros ningún sabio la fabricará jamás en sus crisoles!

FRIVOLIDADES...

El largo luto de la Corte (tres meses de riguroso y tres de alivio) cerró las puertas de muchos salones madrileños.

Ahora empiezan a abrirse de nuevo. Se suceden las comidas y los bailes, y besamanos, no sin cierto placer, cuya familiaridad nos hacía falta, las manos de tantas amigas gentiles.

Pero, ¿qué hay en estas gentiles amigas que, por un momento, nos desconcierta, aun cuando nuestra mundana y frívola sonrisa no deje de traslucir tal desconcierto repentino?

Pues hay que, en los pocos meses que no hemos frecuentado los salones, todas estas adorables amigas, o casi todas, han tenido tiempo de volverse rubias...

Sus cabellos, antes castaños o negros (o grises), ahora se enredan en ondulaciones de oro, de un oro quizá monótono, sin matices, pero oro al fin.

Entre este oro y el tono sombrío de las cejas, hay quizá cierto desacuerdo.

Bajo la transfiguración de los cabellos, las cejas obscuras contrastan con una brusquedad peregrina.

Y más contrastan aún en ciertas cabezas los ojos de un negro empecatado y dominador, con la aurora idílica de los rizos...

Pero ¿no hay acaso muchas rubias de ojos obscuros, como hay muchas morenas de ojos claros, tal aquella a quien preguntaba de Musset:

Si je vous le disais pourtant que je vous alme,
qui sait, brune aux yeux claires ce que vous en diriez?

Con lo que a mí me gustan las rubias, claro está que a cada nuevo reconocimiento, a cada nueva identificación, cierto deleite interior me embarga.

—¡He aquí que tengo una amiga rubia más!—me digo.

—¡Bonita adquisición—pensará el lector—: una rubia que mañana puede volverse morena!

No, lector mal pensado, las rubias que yo conozco persistirán, estoy seguro, en su loable propósito.

Cada día, si cabe, serán más rubias.

En París y en Londres no se piensa, por ahora, en restaurar el color moreno. Se llevará el color claro: *the ligth complexion*, muchos años.

Pero supongamos que su imperio fuese efímero, que volviese al público favor esa tez de gitana, con esos cabellos que renegrean y que antaño enloquecieron a los poetas románticos, ¿no hay, por ventura, en la incertidumbre, en la posibilidad misma de este cambio, cierto temblor agradable, cierta suave ansiedad encantadora?

Imaginad que estáis invitados a tomar té por una amiga deliciosa.

Severamente metidos dentro de vuestra jaquette, bajo los *ocho reflejos* de vuestro impecable sombrero de copa, sobre el lustre casi heráldico de vuestras botas de charol, os dirigís, cavilando, hacia el *hotel* hospitalario donde ella os espera.

—¿La encontraré aún rubia? — pensáis, con no sé qué miedo, con no sé qué indecisión sabrosa.

—¿Se habrá vuelto morena?—seguís pensando.

Y en tanto que el lacayo, rígido y sonriente, os despoja de vuestro gabán, aventuráis, desde el vestíbulo, a través de los salones, ya hormigueantes, una mirada avizora...

¿Rubia?... ¿Morena?...

Y avanzáis, hasta que os sale al paso la sonrisa de vuestra amiga, y cesa todo desconcierto. ¡Vuestra amiga es todavía rubia!

Sobre los pétalos de sus orejas ondula, sedeña, joyante, la guedeja habitual.

Su tez tiene aún la aporcelanada inocencia de las rosas.

Ninguna insinuación morena turba la serenidad de vuestra esperanza...

✠

Pero mañana, o un impensado día, o una impensada noche, vuestra amiga se habrá vuelto trigueña.

La inapelable ley emanada del misterioso poder que reside en esa gris y patricia rue de la Paix, lo habrá querido así.

Y entonces —¡oh éxtasis!— tendréis dos amigas fundidas en una: la morena *actual* y la rubia *anterior*, que se le parece como una hermana.

El fantasma de la rubia y la deliciosa realidad de la morena, se estremecerán en el mismo rostro y os mirarán con los mismos ojos obscuros, madrileños o levantinos...

Y no vengáis a confesarme como a don Juan, *que aquel blanco y carmín de doña Elvira...*, etc.

Yo no anhelo que me confeséis nada de colores o de matices; pero sí sé *que es mucha la verdad de su mentira...*, y sé también que, como dijo Faguet, en el universo hay sólo una criatura capaz de realizar el milagro de pasarse la mitad de su vida de morena y la otra mitad de rubia, como si tal cosa y esa criatura es la mujer...

Madrid, abril de 1913.

PATRIA

PERO usted—dije a mi amigo—, ¿usted no se conduele de las desventuras de la Patria?

—Yo—contestó él sentenciosamente y ahuecando la voz—no creo «en eso de la Patria»; es una idea vieja que hay que destruir. Soy más moderno... Vivo en un ambiente más avanzado.

—¡Pero en qué ambiente vive usted! ¿En el inglés?, donde un Rudyard Kipling, con cálidos discursos, despierta al pueblo y calienta su amor a la tierra, haciéndole ver el fantasma de una invasión alemana. ¿O en el alemán, donde un Gerardo Hauptmann, altísima mentalidad de ultra Rhin, define su patriotismo de una manera tan bella? ¿O en el francés, donde los más grandes pensadores no desdeñarían tomar el fusil para defender la *terre douce et triste* de que habló el abuelo Hugo?... ¡Ah! pero ya caigo: ¡se ha vuelto usted superhombre en París! Cuando yo vine a París la primera vez, allá hace muchos años, también era superhombre, y re-

cuerdo haber escrito en alguna crónica que el sentimiento de la Patria era un sentimiento atrasado. En honor de la verdad, quería yo decir que el pensamiento futuro iría desparticularizándose para humanizarse. Deseaba yo que no hubiese patrias, para que hubiese una sola, como lo habían deseado mis maestros los reyes del pensamiento en el siglo XIX... Anhelaba yo que «esa extensión del sentimiento agrario» que se llama amor patrio se conviertiese en un panteísmo sin límites... ¡Qué poco adelantan las ideas!... Encontrarme en París a un amigo que repite lo que hace tantos años creíamos nosotros que era nuevo, y era tan viejo ya...

Pero este es el inconveniente del «cerebro mundo» para muchos intelectos subalternos. Así como se ha dicho que poca ciencia aleja de Dios y mucha acerca, puede afirmarse que cierto estado de cultura, indigesta y congestiona a los espíritus que no están preparados. Vendrá un joven «intelectual» de México a París y no se dará cuenta de que aquí hay un Bergson o un Boutroux; pero en cambio leerá en cualquier periodicucho tal o cual comentario favorable a los guisos antipatrióticos de Hervé y se nos volverá anarquista de a cincuenta céntimos, al estilo de los que con tanta gracia ha caricaturizado Rirette Maitre-Jean...

En Arte, padecerá todas las influencias, sin que veamos ni un instante aparecer su individualidad, ahogada en la marea de las otras; en ideales sociales, se dejará conquistar por cualquier declamador

de plazuela; se vestirá estrafalariamente; afirmará que nació en México por una casualidad, y acaso a aplaudan cuatro chicos en cualquier café... ¡Pobre Patria que tiene hijos así!... ¿Qué va a hacer con tanto superhombre y con tan pocos hombres conscientes de sus derechos y de sus deberes?

¡Y ese es el ambiente que diz que venimos a buscar a París! En verdad no vale la pena de navegar miles y miles de kilómetros para encontrarse al final del camino con Marinetti...

Para sacudir la tristeza que me causan estas cosas me refugio en los antiguos, tan grandes, tan serenos, tan estoicos, que sabían morir tan bien por sus derechos y sus leyes. Abro el divino volumen de Platón y leo:

«Creo que un pueblo que deja de ser «un pueblo» pierde algo hasta de sus cualidades no políticas; creo que los atenienses tendrán menos ingenio y harán menos estatuas bellas y menos bellas tragedias si se convierten en provincia de «algún vasto imperio...» La automía nacional es una altivez que sostiene hasta el particular, hasta al artista, hasta al poeta, hasta al filósofo, y que les da o les conserva toda su energía y toda su virtud productora y creadora. Hay, pues, una pérdida para la Humanidad entera, *cuando un pueblo que no es un simple agregado de imbéciles se deja absorber por un pueblo más poderoso.*»

«Los que sueñan una Humanidad entera regida por un solo Gobierno, el del pueblo más fuerte, sueñan algo muy seductor y hasta, diría yo, muy

honorable, desde el punto de vista de la paz humana; pero no piensan lo bastante que, quieran o no quieran, lo que hacen es trabajar por una especie de congestión cerebral de la Humanidad, con afluencia de sangre a la cabeza y parálisis de todos los miembros... *Es bueno que la Humanidad tenga muchos focos de civilización, y cuando uno de esos focos se extingue, o está en peligro de extinguirse, se produce verdaderamente una pérdida para toda la especie.»*

¿Ve usted, pues, mi querido superhombre, que sus ideas antipatrióticas no son del todo nuevas?... Ya las refutaba Platón...

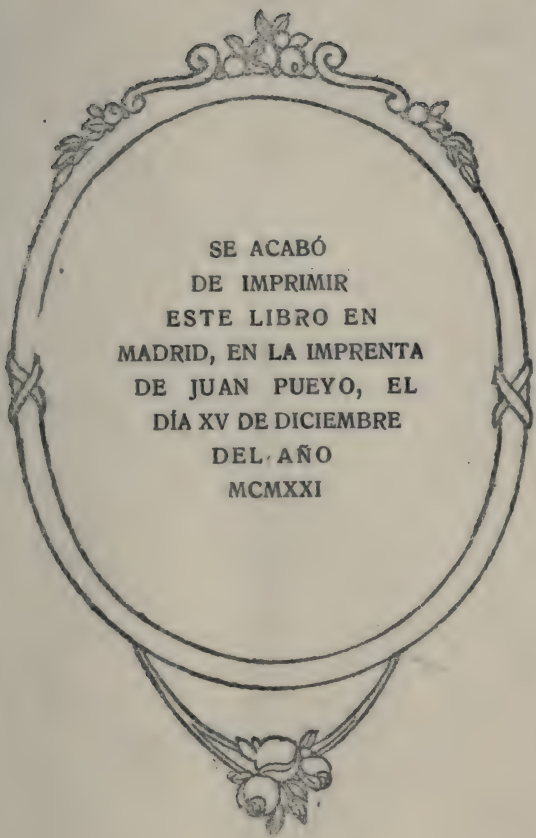
INDICE

	Páginas.
Divaga divagando	9
Crónicas de la semana	14
La cuestión catalanista	37
La evolución de la risa	43
Terrazas de quita y pon	47
Don Jaime de Borbón	51
El tiro de pichón	56
Nuestros hermanos los pobres	61
El Rey está enamorado	66
El que viene	73
La expiación del centauro	79
Del encanto de los viajes	83
La sombra de un gran Rey	88
Supremo abrazo	93
El modernismo	96
Yago	101

I n d i c e

Páginas.

Una fiesta de caballeros mexicanos..... 104
El enlutado que reza..... 112
Elogio de la vejez..... 116
La careta..... 121
Tres meses de ilusión..... 126
Un trino, soplo de brisa y un rayo de sol..... 131
Dos grandes enemigos de los poetas..... 134
La literatura maravillosa..... 142
Nuestro tirano el adjetivo..... 147
El pánico es anestésico..... 152
De lo inconsciente en la creación literaria..... 156
La ciudad ideal..... 162
Espejismo del orgullo..... 166
El ser neutro..... 169
Filosofías inocentes..... 172
Filosofando..... 177
El «mono-hombre»..... 182
Murió de amor..... 186
Una Semana Santa en París..... 191
Ciento cinco años..... 197
Phebus..... 202
El ojo maravilloso..... 207
De Biarritz a San Sebastián..... 212
«Perras grandes y perras chicas»..... 216
La alcancía..... 222
El descanso de la marquesa..... 226
Por los débiles..... 231
El jardín de Jenny..... 236
Una cruzada en favor de los pájaros..... 239
La leyenda..... 243
El triunfo de nuestro idioma en el mundo..... 246
El himno nacional vuelto plegaria..... 251
Piedras preciosas..... 256
Frivolidades..... 261
Patria..... 265



SE ACABÓ
DE IMPRIMIR
ESTE LIBRO EN
MADRID, EN LA IMPRENTA
DE JUAN PUEYO, EL
DÍA XV DE DICIEMBRE
DEL AÑO
MCMXXI

271

0

BINDING LIST JAN 1 1939

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY

PQ 7297 N5A1325 1920 v.25
Nervo, Amado
Obras completas de Amado Nervo